

CURIAN

Adrian Blake



CURIAN

Adrian Blake



El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del titular del copyright. Así mismo, queda prohibida su incorporación a cualquier sistema informático, ya sea por copia, transcripción o donación. Todos los derechos reservados.

Primera edición: Noviembre 2018

Título original: Urian

Adrian Blake© 2018

Diseño de Portada: Gema Millanes

Maquetación: Gema Millanes

Imágenes de portada: Shutterstock

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Epílogo

Prólogo

Me encuentro en uno de los barrios más peligrosos de Nueva York, como cada noche, y a pesar de ir solo nadie se atreve a acercarse. Todos apartan la mirada cuando pasan por mi lado y la verdad es que eso me divierte. Saben que deben mantener las distancias porque soy tan peligroso como aparento. No me importan la noche o el peligro. Mi vida me importa una mierda... porque soy inmortal.

Soy un ángel caído por no acatar las normas que ha impuesto un imbécil que no sabe nada sobre los humanos. Él nos creó a todos, es cierto, pero jamás se ha molestado en bajar a La Tierra para ver de primera mano cómo viven sus discípulos. Se limita a mandarnos a nosotros, que vagamos con nuestro estúpido disfraz intentando no ser descubiertos, y Él espera que no sintamos empatía o que jamás lleguemos a enamorarnos de un humano. Tampoco podemos practicar sexo por diversión, ni entre nosotros ni mucho menos con ellos. ¿Por qué algo tan hermoso que hace tan felices a las personas tiene que estar prohibido para mi especie?

Cometí un error, un error imperdonable que me llevó a perder a mi mejor amiga. Lailah y yo estábamos en una misión en La Tierra, nos pudo la curiosidad y terminamos en la cama una noche de luna llena. Fue maravilloso, excitante, divertido... y antes de que saliese el sol estábamos siendo castigados por Dios por haber cometido un delito. Lailah fue ejecutada

en el acto delante de mis ojos. Yo tuve la suerte de ser hijo de Gabriel, y mi castigo fue más benévolo a los ojos de Dios... aunque os aseguro que es una auténtica condena.

He perdido mis alas, y con ellas todos mis privilegios. Fui condenado a ser adicto al sexo y cada cierto tiempo mi destino es encontrar a mi alma gemela... que me odiará en cuanto la lleve a mi cama y se alejará de mí para siempre. Toda una ironía cruel y descabellada para venir de un ser de luz. Después de cuatrocientos años sé que Lailah corrió mejor suerte que yo. La primera vez que encontré a la mujer de mi vida la perdí en menos de una semana, y ese hecho me dejó destrozado. La segunda vez tuve un poco más de cuidado y estuvo un año a mi lado. La tercera vez la dejé escapar por miedo a volver a sufrir.

Una vez cada cien años aparece en mi vida la mujer perfecta, una chica capaz de poner mi mundo del revés y de volverme completamente loco, y por desgracia se acerca ese día. Estoy muy cansado de todo esto, he intentado quitarme la vida sin éxito infinidad de veces pero haga lo que haga vuelvo a despertar a los pocos minutos como si nada, y no pienso pedir disculpas por mi manera de pensar.

He intentado con todas mis fuerzas no sentir nada, preocuparme únicamente de saciar mi hambre y seguir con mi vida, pero yo no soy así. No puedo evitar sentirme culpable cuando alguna de las mujeres con las que sacio mi adicción se ha vuelto tan adicta al sexo como yo, llegando incluso al suicidio. Por eso ahora me centro en locales sexuales, que es hacia donde me dirijo ahora mismo.

Empieza a llover con fuerza, así que me subo el cuello de la chaqueta de cuero para resguardarme algo del agua y aligero el paso... pero me detengo en seco en cuanto la veo. Una mujer corre a toda prisa en dirección a mí y cuando casi ha llegado hasta donde estoy, una mano muy conocida la

agarra del pelo. Ella contrae el gesto debido al dolor y al miedo y choca contra el pecho de Levy, un íncubo con el que ya me he enfrentado unas cuantas veces a lo largo de los siglos.

—¡Suéltala, Levy! —grito sin apartar los ojos de ella.

—Esta no es tu guerra, Urian, déjame en paz.

—Es mía.

Levy me mira ladeando la cabeza y aparta el pelo del cuello de la mujer para buscar mi marca. Hace siglos llegamos al acuerdo de que ni él tocaba a mis mujeres ni yo a las suyas, así que dejamos una pequeña marca debajo de la oreja de la chica para no romper el pacto.

—No tiene tu marca, Urian... no me jodas —protesta apretándola aún más contra él.

—Aún no la he marcado, estaba esperándola para hacerlo. Suéltala —amenazo con los dientes apretados.

Levy duda un momento, pero sabe que si me jode saldrá mal parado y se separa de la mujer elevando los brazos al cielo. Ella corre a refugiarse contra mi pecho y la abrazo con fuerza.

—Es tuya —contesta Levy al fin—. De todas formas yo ya he comido... ella solo era el postre.

Veo cómo se vuelve y se marcha calle abajo silbando una canción que sabe que detesto y aparto a la chica de mí para comprobar que he llegado a tiempo. Por suerte no tiene ni un solo rasguño, pero está aterrada y en shock. Vuelvo a abrazarla y susurro unas palabras en mi antigua lengua que logran calmarla por completo, un viejo truco de mi padre que me ha venido bastante bien aquí abajo.

—¿Te encuentras bien? —pregunto.

Ella asiente, pero no se aparta de mi pecho. Agarra mi camisa con tanta fuerza que creo que terminará por hacer saltar los botones, así que cojo

sus minúsculas manos con las mías y las aparto de la tela.

—¿Ha llegado a tocarte? —vuelvo a preguntar.

—No, no ha podido.

Parece que recupera la compostura, porque se aparta, se alisa el abrigo y se cruza de brazos.

—¿Qué haces andando sola por aquí a estas horas? —pregunto— Este barrio es demasiado peligroso.

—Trabajo a un par de manzanas de aquí, no creí que fuese a pasarme nada. Iba hacia mi coche para marcharme a casa y ese hombre apareció de la nada.

Típico de Levy... le encanta hacer entradas triunfales. Él y yo somos como el agua y el aceite, tal vez porque él es un demonio y yo soy un ángel... o al menos lo era. Mientras que a mí me gusta hacer disfrutar a las mujeres con las que me sacio, él se alimenta del dolor que les infringe. Lo mío es una adicción... lo suyo una necesidad.

—Vamos, te acompañaré hasta el coche —me ofrezco—. Me llamo Urian, por cierto.

—Urian... un nombre muy poco común. Yo soy Olivia.

—Encantado de conocerte, Olivia. Una vez hechas las presentaciones será mejor que nos pongamos en marcha, Levy puede volver en cualquier momento y no me apetece tener que darle una paliza.

Caminamos en silencio. Ella permanece con la cabeza gacha, pero me mira de soslayo cuando cree que no la estoy mirando. Es el efecto que causo en las mujeres... teóricamente he dejado de ser un ángel, pero hay algunas cosas que jamás van a cambiar, como la atracción que la raza humana siente hacia los de mi especie.

—¿Está tu coche muy lejos? —pregunto para romper el silencio.

—Dos calles más abajo.

—¿Y por qué aparcas tan lejos del trabajo? ¿No tenéis aparcamientos para empleados?

—Eso quisiéramos, pero mi jefe no quiere ni oír hablar del tema.

—Entonces deberías pedirle a alguien que te acompañe cuando salgas de trabajar, será mucho más seguro.

—Después de esto procuraré no volver al turno de noche, te lo aseguro.

De repente los pensamientos de la mujer me sacuden como un rayo. Deseo, excitación... y fantasías en las que me tiene desnudo en su cama. Es la oportunidad perfecta para saciarme, puedo seducirla y llevármela a casa, pero no la he salvado de un demonio para que un ángel le joda la vida.

Olivia se detiene delante de un coche rosa chicle sacándome de mis pensamientos.

—Este es —susurra.

—¿A esto le llamas tú coche? Parece sacado de una película de Disney.

—¡No te burles de mi coche! Es la mar de mono.

—Mono, lo que se dice mono...

Al menos he conseguido que sonría, no me gusta verla tan seria y preocupada.

—Gracias por todo, Urian —susurra—. De no ser por ti ahora mismo estaría muerta.

—No las merezco. Y no vuelvas a salir sola, no siempre estaré ahí para rescatarte.

—Me gustaría agradecértelo de alguna forma. ¿Te apetece tomar algo en mi casa?

No puedo evitar sonreír ante una invitación tan descarada. Sería tan fácil aceptar, tomarme con ella una copa y terminar entre sus piernas... pero

tengo que controlarme aunque las ganas de hacerlo me estén matando, así que niego con la cabeza.

—No creo que sea buena idea, Olivia —contesto—. Después del mal rato que acabas de pasar deberías descansar.

Aparto suavemente el pelo de su cuello y beso la unión de este con la clavícula. Apenas es un roce, pero lo suficiente para dejar la marca necesaria para mantenerla a salvo del íncubo. Olivia se pone la mano sobre el lugar para mitigar el leve escozor que le produce y me aparto un paso de ella para poder respirar con normalidad.

—Que te vaya bien, Olivia —digo antes de darme la vuelta.

—¿Volveré a verte?

—Quién sabe... la vida da muchas vueltas.

Capítulo 1

He vuelto a mi apartamento a darme una ducha fría para aclararme las ideas. Después de encontrarme con esta chica no tengo ganas de follar con alguna prostituta dispuesta a cumplir todos mis deseos, sino de follármela a ella. Sus curvas me han hecho babear, he de reconocerlo, y a pesar de la adrenalina por enfrentarme a Levy mi polla ha respondido como hace siempre, con desesperación y urgencia.

Mi mano la envuelve en un inútil intento de saciarme e imagino que no estoy solo en la ducha, sino que Olivia está frente a mí. Aprieto mi verga con fuerza, apoyo la frente en las losas frías de la ducha y comienzo a mover la mano arriba y abajo. Un gemido escapa de mis labios cuando la imagino suspirando de deseo mientras amaso sus preciosas y enormes tetas con cuidado. Aprieto el culo para contener mi orgasmo un poco más, porque esa imagen ha terminado con la poca cordura que me queda.

Mis dedos acarician mi glande como si fuese su lengua la que lo hace y una perla de semen lo humedece. Tengo que morderme el labio ante el latigazo de placer que me recorre la espalda, y mis rodillas flaquean cuando llega el orgasmo, vaciándome sobre la fría pared. Respiro con dificultad unos minutos y cierro los ojos para poder recobrar el aliento. Sigo hambriento de ella, sigo necesiéndola tanto como antes, pero no pienso utilizarla como si fuera un trapo viejo después de lo que Levy le ha hecho pasar.

Masturbarme jamás ha sido una opción para mí, en otras circunstancias habría sucumbido a su invitación y ahora mismo estaría follándomela como un animal, pero esta mujer me ha despertado algunos sentimientos que hacía tiempo que había olvidado.

Salgo de la ducha y me acerco desnudo a la cocina para coger una cerveza del frigorífico. A veces el alcohol logra mitigar el hambre lo suficiente para seguir con mi vida, pero tengo la sensación de que este no será el caso. La meditación también ayuda, así que cierro los ojos y procuro no pensar en nada.

Me despierto sobresaltado y me doy cuenta de que me he quedado dormido en el sofá un par de horas. He soñado que Olivia corría por una calle oscura y Levy la perseguía de nuevo. Ella no dejaba de mirar hacia atrás mientras lo hacía, y cuanto más miraba más cerca estaba el demonio de ella. La última vez que lo hizo se chocó contra un pecho duro, pero cuando levantó la vista se dio cuenta de que era Levy quien la agarraba con fuerza mientras reía a carcajadas.

Sé lo que es esto, lo sé aunque haga mucho tiempo que no me pasaba. Ese sueño no es mío, sino de ella. Desde que me cortaron las alas no he vuelto a hacerlo, ¿qué ha cambiado ahora? Sea lo que sea, no puedo obviarlo. Me pongo un pantalón de deporte y cierro los ojos con fuerza para encontrarla. Es lo único que puedo hacer de angelical, así que cojo el coche y lo aparco frente a su puerta para ver la mejor forma de entrar en su casa. Por suerte junto a su balcón hay una especie de reja de madera con una enredadera que sube por toda la fachada, así que intento subir hasta él.

Olivia está acostada en su cama cubierta apenas por un camisón, y puedo ver sus bragas transparentarse a través de la tela. Tengo que apretar los dientes para no caer y terminar follándomela, porque he venido a hacer mi trabajo como ángel aunque haga mucho que no lo sea. Olivia está agitada,

cabecea en la almohada y sostiene la sábana con fuerza entre sus puños con el ceño fruncido, balbuceando cosas sin sentido mientras el sudor perla su frente. Me tumbo junto a ella, la abrazo despacio y empiezo a hablarle en mi lengua. Mis sibilantes palabras logran calmarla al momento y se vuelve hacia mí para abrazarme.

Sentir su pierna rozar mi polla es más de lo que puedo soportar. Acercó mi boca a la suya y la beso con ansia. Sus manos me agarran de la nuca y su pelvis se pega a la mía, volviéndome loco. Su lengua traspasa mis labios y recorre mis encías, mis dientes, mi propia lengua, y tengo que reprimir un gemido cuando su mano baja por mi abdomen hasta encontrarse con el elástico del pantalón. Sé que está dormida y que no va a despertarse, pero aun así me deshago de su ropa y paso mi lengua por cada centímetro de su piel. Está suave y caliente por el sueño, y cuando entierro una mano entre sus muslos ella los abre de inmediato para dejarme maniobrar.

Su carne está hinchada, y cuando mi dedo acaricia su clítoris ella gime y se retuerce agarrándome por los hombros con fuerza. Aparto mi boca de la suya para lamer su cuello, su clavícula y sus preciosos pechos. ¡Joder! Me encanta que no me quepan en la mano, y entierro la boca en uno de ellos para torturar su pequeño pezón con los dientes. Sus caderas se ondean buscando la caricia de mi dedo y cuando lo introduzco en su húmedo canal, ella inspira con fuerza susurrando mi nombre.

Bajo por su estómago para encontrarme con su sexo y muerdo su clítoris sin dejar los movimientos de mi dedo en su interior. Ella me agarra del pelo, se arquea, grita como una posesa cuando el orgasmo la recorre, y aunque me va la vida en ello me aparto de ella. Desaparezco entre las cortinas cuando la veo sentarse de golpe en la cama, y tras mirar extrañada a su alrededor recoge el camisón del suelo y sale de la habitación.

Estoy a punto de irme cuando su voz me hace detenerme en seco.

—¿Cómo coño has entrado? —Su voz tiembla de miedo—. O te largas ahora mismo o llamo a la policía.

—Tranquila, preciosa —me llega la voz de Levy—, no puedes engañarme. Huelo tu miedo, ¿sabes? Estás tan aterrorizada que no creo que llegues demasiado lejos si intentas moverte.

—Urian...

Antes de que mi nombre haya salido de sus labios estoy a su lado abrazándola por la cintura y pegándola a mi cuerpo.

—Creí haberte dicho que ella es mía —digo de manera despreocupada—. Parece mentira que no sepas las consecuencias que tiene meterte en mi terreno.

Sonrío al ver el miedo en los ojos del demonio, que se levanta del sofá y recula hasta la puerta.

—¡No me jodas, Urian! —protesta Levy— ¡No está marcada!

Aparto con suavidad el pelo del cuello de Olivia para dejar al descubierto la marca que le hice justo antes de marcharme y la beso justo encima. Levy se acerca y sonrío al verla.

—Buen truco, Urian, he de reconocerlo. Pero la próxima vez no pienso dejar mi postre para ti si no tiene la marca cuando la encuentre. Es una buena pieza, ¿sabes? Tiene garra y coraje... te divertirás con ella.

Acerco mi boca a la de Olivia y rozo sus labios mientras le aprieto el culo haciéndola pegarse a mí.

—Molestas, Levy —ronroneo—. Estábamos a punto de... empezar a divertirnos.

En cuanto Levy sale de la casa aparto a Olivia para comprobar que está bien, pero ella me da un manotazo y me mira con los brazos en jarras.

—¿Y se puede saber de dónde coño sales tú? —pregunta.

—¿Importa? Me necesitabas y aquí estoy. Creo que un “gracias” será

suficiente.

—¡Parece que mi puerta sea de adorno! —exclama asomándose al balcón— Increíble...¿Has subido por aquí?

—Lo he hecho, sí. No has cerrado bien la puerta y Levy se ha colado. ¿Qué querías que hiciera, marcharme?

—Eso no explica qué hacías por aquí para empezar. Y con esa pinta —dice señalando mi pecho desnudo—. ¿Es que me has seguido?

—Suelo salir a correr por esta zona —miento.

—¿A estas horas?

—No podía dormir. ¿Así me agradeces que te salve? —espeto cruzándome de brazos— ¿Con un interrogatorio?

—No te conozco de nada, ¿sabes? De pronto apareces como si fueras mi caballero andante para rescatarme de ese tío en el callejón y ahora en mi casa. No estaréis compinchados, ¿verdad?

—¿Estás loca? Ese gilipollas y yo somos enemigos, jamás me compincharía con él.

—Muy bien, pues gracias por salvarme y hasta siempre —dice abriendo la puerta de la calle—. Ha sido un placer conocerte, pero ahora tienes que marcharte.

—¿No vas a invitarme ni siquiera a un café? —bromeo.

—Ni de broma, ahora mismo voy a echar todos los cerrojos y a acostarme a dormir.

Asiento y me vuelvo para marcharme, pero su mano en mi brazo me detiene.

—Espera, ¿a qué se refería el tío ese con lo de la marca?

—Para Levy, si te he follado te he marcado —miento.

—Mientes fatal. ¿Es la mancha que me ha salido en el cuello?

La miro con los ojos como platos. ¿Puede ver mi marca? ¡Es

imposible! ¡Ningún humano puede verla! Carraspeo y aparto el pelo para mirarle el cuello.

—Es un simple moretón, Olivia. Te habrás dado algún golpe.

Me marcho sin darle tiempo a pensar más en ello. Aún tengo que averiguar qué coño está pasando, pero por el momento me meto en el coche y me quedo allí esperando a que Levy regrese. No había previsto ese movimiento por su parte y eso me cabrea. Si no la hubiera marcado antes de irme ahora mismo el maldito demonio se estaría cebando con ella, y no debería importarme, pero por mucho que me joda me importa.

Olivia me gusta, y aunque debería hacerlo no puedo alejarme de ella. Todas las cosas extrañas que están pasando tienen que tener una explicación lógica, estoy seguro. Tal vez Dios está cansado de ver cómo esquivo su castigo y ha intervenido, aunque no me enteraré jamás porque ese cabrón no habla de sus planes con nadie. Lo averiguaré de alguna manera, aunque para ello tenga que exponerme de nuevo al amor.

Miro el reloj para darme cuenta de que han pasado tres horas y Levy no ha aparecido. Bien, parece que se ha creído mi historia, y si me ve llegar a casa a esta hora pensará que todo era cierto. Arranco el coche y vuelvo a mi apartamento. Las luces de la ciudad se ven a través de los grandes ventanales de mi ático frente a Central Park y me siento en el sofá con una copa a mirarlas. Es una de las pocas cosas que calman el hambre: disfrutar de un buen whisky frente a las luces de Nueva York.

Me costó mucho esfuerzo encontrar un lugar como este, un lugar que me calme y en el que pueda vivir tranquilo. Por mi trabajo de fotógrafo he viajado por todo el mundo, he buscado saciar mi adicción con infinidad de mujeres distintas, pero solo en esta ciudad soy capaz de resistirme a la tentación. Sí, trabajo, porque de otra forma no tendría manera de subsistir. Esa es otra de las cabronadas que me ha hecho el Todopoderoso. Cuando los

ángeles bajan a la tierra no tienen que preocuparse por el dinero, pero yo tenía que sentir en mi carne lo que era tener que trabajar duramente para pagar las facturas... como si no trabajase bastante siendo un ángel.

Siento una ráfaga de viento a mi espalda a pesar de tener las ventanas cerradas y sonrío.

—Estoy bien, Raciél —digo sin mirar a mi hermano.

—Nadie ha dicho lo contrario.

Veo cómo se acerca al frigorífico y coge una botella de agua con gas antes de sentarse a mi lado. Hoy su look es algo más normal que de costumbre, si se le puede llamar así. Se ha puesto una camiseta verde fosforescente con un enorme corte de manga en el centro y unos vaqueros pitillo que estoy seguro de que le cortan la circulación de los huevos.

—¿Por qué siempre vas vestido así? —pregunto con una ceja arqueada.

—¿Para qué va a ser? Para joderle. Tengo que ir de verde, ¿no? Pues voy de verde.

—Él quiere una túnica verde, no eso.

—Precisamente —contesta alzando las cejas—. Creo que ya es hora de modernizar el uniforme oficial, ¿sabes? Esas túnicas dejaron de estar de moda hace más de mil años.

—Vas a terminar aquí abajo.

—Estaría mejor aquí con mi hermano que allí escuchando cómo disfrutaban de tus fracasos.

Suspiro ante el tono amargo de mi hermano. Raciél y yo siempre hemos estado muy unidos y que me apartaran de su lado fue un duro golpe para él. Ahora se dedica a joder a Dios todo lo que puede, normalmente haciendo cosas como esta, que no son motivo de castigo... pero que tienen que repatearle las tripas.

—¿Cómo van las cosas por aquí? —pregunta Raciél sin apartar la vista de la ventana.

—Hoy ha pasado algo extraño. He vuelto a tener el sueño de otra persona, como antes.

—Tal vez estás recuperando tu poder.

—No sueñes, Ray, eso no va a pasar jamás. Además, una humana ha visto mi marca.

—¿La que haces para el íncubo?

—Esa misma. Nunca antes la habían visto y llevo haciéndola un par de siglos.

—Puedo preguntar arriba si quieres.

—Nadie va a decirte nada.

—No pierdo nada por intentarlo.

—Allá tú.

—Debo irme —dice levantándose—. Si se enteran de que he venido a verte estaremos los dos en problemas.

—Te diría que saludases a papá de mi parte, pero seguro que se lo mete a Él en el culo.

—Papá se preocupa por ti, Uriel. No seas tan duro con él.

—La próxima vez que me llames así te daré una patada en los huevos.

—Ese tu nombre aunque no te guste.

—No, ya no lo es porque no soy un ángel. Ahora me llamo Urian.

—Muy bien, señor Urian el gilipollas. Hasta otra.

Sonrío y veo cómo mi hermano se esfuma en el aire, y una de sus plumas cae con gracia sobre mi sofá. Alargo la mano para tocarla, porque echo de menos las mías, pero en cuanto mis dedos entran en contacto con ella se desintegra en una voluta de humo. Hoy es uno de esos días en los que me arrepiento de haber incumplido las normas, hoy es uno de esos días en los

que me siento realmente solo.

Capítulo 2

Estoy de nuevo en el *Bronx*, donde se encuentra el prostíbulo que frecuento para calmar mi hambre de sexo. Sarah, la dueña, es la única que sabe qué soy yo... porque cuando era joven se enamoró de uno de nosotros. En cuanto me vio aparecer por la puerta de su local años atrás me llevó a un reservado y me interrogó hasta que terminó por averiguar cuál era mi castigo en La Tierra. El de Amenadiel, el ángel de quien ella se enamoró, es tan cruel como el mío: olvidarla una y otra vez durante el resto de su vida. Sarah pasó diez años teniendo que vivir la agonía de ver al hombre al que ama enamorarse de ella cada día para olvidarla por completo a la mañana siguiente, hasta que decidió que ya era suficiente y se mudó al otro lado del país para no tener que sufrir más el dolor de la pérdida.

Es cuando me ve entrar se levanta de su escritorio con una tierna sonrisa y me besa en la mejilla.

—Me alegra verte —dice—. Me extrañó que no aparecieses anoche.

—Tuve un altercado con Levy y preferí marcharme a casa. Ya sabes que no me gusta que se acerque a las chicas.

—Hiciste bien, pero deberías haberme llamado.

—Lo siento, estaba cansado y lo olvidé.

—Muy bien. ¿Qué te apetece hoy?

—Hoy el hambre me está matando, Sarah.

—Muy bien, te traeré a Monique.

—No, Monique no... que sea pelirroja.

Sarah me mira de reajo y asiente antes de levantar el teléfono y ordenar que me lleven a una chica a mi habitación.

—¿Un nuevo amor? —pregunta de repente.

—En absoluto. ¿Por qué piensas eso?

—Nunca antes habías tenido preferencias con las chicas y no hace mucho me dijiste que se acerca el día.

—No es eso, te lo aseguro. Es solo que...

—¿Qué pasa, Urian?

—Cuando era ángel tenía el poder de entrar en los sueños de las personas y calmar sus pesadillas. Esa era mi tarea como ángel, a decir verdad. Cuando caí perdí ese poder, pero anoche... anoche logré ver el sueño de una mujer, aunque no pude intervenir en él.

—Tal vez signifique algo, tal vez sea la señal de que Dios te ha perdonado.

—Estoy maldito hasta que aprenda una lección que solo Él sabe cuál es, Sarah. No tengo ninguna posibilidad.

—Dios es un ser misericordioso y creo que lo único que quiere es que descubras por ti mismo lo que debes aprender, Urian.

—¿Misericordioso? ¿Cómo puedes pensar eso cuando por su culpa no puedes estar con el ángel a quien amas?

—Si Él puso unas normas respecto a las relaciones entre ángeles y humanos fue porque tenía un motivo. Además, lo que tú hiciste no fue tan terrible después de todo. Ambos erais ángeles.

—Pero Lailah ya no está, y todo es por mi culpa.

—Ella es tan culpable como tú.

—Pero la idea fue solo mía, Sarah. Ella solo accedió.

—Quizás ahora está en un lugar mejor, ¿lo has pensado?

—Bendita seas, Sarah, porque solo tú eres capaz de ver la esperanza donde no existe.

Tras besarla me dirijo a mi habitación. Sarah me la asignó el primer día y nadie la usa salvo yo. Es bastante espaciosa, con varios muebles con cajones donde guardo un montón de juguetitos sexuales a los que he sacado mucho partido en innumerables ocasiones. Se podría decir que este es mi infierno, el infierno de Uriel.

Poco después aparece una mujer preciosa de piel clara y cabellos rojizos cayendo en suaves ondas por su espalda. No se parece en nada a Olivia, pero va a tener que servirme. Lleva un conjunto de lencería de encaje rojo que casi no tapa nada y en cuanto cierra la puerta a su espalda se acerca un poco reprimida. Debe ser nueva porque no la he visto en mi vida, así que tras dejar el sobre con el dinero sobre la mesita de noche me acerco a ella y la pego por completo a mi cuerpo. La mujer suelta una risita complacida y levanta la cabeza para recibir el ataque desesperado de mi boca. La agarro fuerte del culo y restriego mi polla contra su estómago. Estoy hambriento, desesperado por enterrarme en una mujer, y la lanzo sobre la cama para quitarme la camiseta y ponerme de rodillas sobre ella.

De un tirón me deshago del sujetador y sus tetas botan delante de mis ojos, unas enormes tetas con dos preciosos pezones rosados y duros, y acerco mi boca a uno de ellos y lo muerdo con suavidad. La mujer grita, se retuerce y agarra mi cabeza para impedir que me mueva de donde estoy, pero me escapo de su agarre y vuelvo a incorporarme para coger las correas que hay a ambos lados de la cama y ato sus manos y sus piernas, dejándola completamente abierta para mí. Me deshago de mis pantalones y mi polla salta completamente dura y preparada. Me acerco a su cara y de una sola embestida empalo su boca caliente, húmeda, que me engulle encantada.

Me follo su boca despacio, disfrutando de la sensación que recorre mi espalda y alivia mi adicción. Por unos minutos estoy en paz, no hay hambre, ni ansia... solo yo. El orgasmo sube por mi espalda y termino corriéndome en sus labios, y apoyo la frente en la pared para poder recuperar el control. Alargo la mano hasta el cajón de la mesita y saco un vibrador de micrófono que pongo a la máxima potencia, lo acerco a su clítoris hinchado y meto mi polla en su interior. Permanezco sin moverme, disfrutando de las contracciones de su coño cada vez que llega al orgasmo, y sus gemidos y lloriqueos se adentran en mis oídos excitándome aún más.

Me agacho entre sus piernas aún duro, aún hambriento, y lamo sus labios con movimientos lentos, rítmicos, saboreando sus jugos mientras vuelvo a llevarla al orgasmo. Suelto entonces las correas y la pongo a cuatro patas para follármela de nuevo, clavándome en ella con fuerza. Sus manos aprietan la almohada y si no fuese porque la estoy agarrando por la nuca terminaría dándose cabezazos contra el cabecero de la cama.

Cuando he llegado al orgasmo por tercera vez consecutiva, salgo despacio de ella, me limpio con las sábanas y la beso en la boca una sola vez. No estoy saciado ni por asomo, pero al menos el hambre de sexo ha pasado a ser soportable y con suerte esta noche seré capaz de dormir unas pocas horas. Cuando termino de vestirme observo que la mujer se ha quedado completamente dormida. La cubro con la colcha y dejo en su mano un par de billetes extra antes de salir de la habitación.

—¿Ha ido todo bien? —pregunta Sarah al verme aparecer por la puerta de su despacho.

—Perfecto. Se ha quedado dormida, déjala que descanse un poco.

—No te preocupes por eso.

—He dejado el sobre sobre la mesita de noche como siempre. Y le he dado a ella una pequeña propina, espero que no te importe.

—¿Propina y todo? Ha debido de ir más que bien para que estés tan espléndido —bromea mi amiga.

—Yo siempre soy espléndido, dulzura. Si consintieras en acostarte conmigo lo comprobarías.

La carcajada de Sarah me hace sonreír. Aunque tiene ya sesenta años es una mujer preciosa, y es una pena que tenga que estar sola por culpa del Todopoderoso gilipollas.

—Lo haría encantada, bombón, pero creo que ya he tenido demasiadas experiencias angelicales para el resto de mi vida —contesta con tristeza.

Me despido de ella con un beso y salgo al aire fresco de la noche. Mi cuerpo está saciado lo suficiente como para relajarme y echo a andar con intención de irme a casa. Cuando levanto la cabeza me doy cuenta estoy bajo el balcón de la casa de Olivia. Las luces están apagadas, seguramente porque ella duerme, pero no puedo controlar el impulso de subir a su dormitorio para cerciorarme de que está a salvo. La puerta del balcón no está cerrada y en dos zancadas estoy parado junto a su cama, observándola. Olivia duerme tranquilamente completamente desnuda, apenas cubierta con la sábana hasta las caderas. Se vuelve hacia mí como si notase mi presencia y suspira en sueños mientras balbucea palabras sin sentido. Me arrodillo junto a ella y le rozo apenas la frente con el dorso de la mano, y ella se remueve dejando al descubierto su precioso coñito, tan suave y terso que pierdo el poco autocontrol que me queda.

Acercó la boca a su pezón, dormido a causa del descanso. La cima suave se endurece ante el primer contacto de mi lengua y Olivia gime arqueando la espalda. Abarco su pecho con la mano mientras mi lengua juega con su pezón, mientras mis dientes pellizcan suavemente su piel, y sus manos aprisionan mi cabeza para impedirme moverme. Sonrío sin poder evitarlo y

me zafo de su agarre para poder hacer lo mismo con su otro pecho, rozando mi polla dura contra su muslo.

Bajo lentamente por el estómago para detenerme en su ombligo y hundo la lengua en la cavidad provocándole un estremecimiento, y sigo bajando hasta encontrarme con sus labios húmedos y tiernos. En cuanto entierro la lengua en su clítoris ella arquea las caderas y tengo que sostenerla del estómago para que no terminemos los dos en el suelo. Me entretengo chupándola a conciencia, saboreándola, y entierro la lengua en su canal para beberme sus jugos. Es tan dulce que a punto estoy de correrme solo con saborearla.

Olivia gime, susurra mi nombre, y con un ronroneo me desnudo por completo para tumbarme sobre ella. Siseo ante el placer que me provoca el contacto de su piel con la mía y muevo la cintura en círculos para acariciar su coñito con mi verga, pero sin llegar a penetrarla. Sus jugos humedecen mi polla y acerco el glande a su delicioso canal, dejándolo entrar en él solo un par de centímetros para volver a sacarlo. Aunque está dormida Olivia acerca su boca a la mía y me besa con ardiente necesidad. Recorro con la lengua todos los rincones de su boca y Olivia levanta las caderas en un intento desesperado de hacerme entrar en ella de nuevo. Accedo a sus deseos con una risa ronca, pero tan despacio que a punto estoy de volverme completamente loco. Cuando empiezo a moverme dentro de ella siento tanto placer que termino mareándome, y tengo que parar un segundo pegando mi frente a la suya para recuperarme.

Estar dentro de Olivia me está llevando al límite, casi no puedo respirar cuando su sexo me estruja, tan caliente y suave que casi me corro antes de empezar. Acelero el ritmo arrancando de sus labios gemidos de puro placer, y cuando se contrae recorrida por el orgasmo salgo de ella para eyacular encima de su estómago.

Tras limpiarla y cubrirla con la sábana me visto y salgo a toda prisa de su casa. Estoy temblando, casi no puedo respirar, y corro hasta mi casa para llamar a mi hermano. Por suerte con él no tengo que utilizar teléfono ni él tiene que coger un coche, y en dos segundos le tengo frente a mí mirándome con una ceja arqueada.

—¿Qué pasa? —pregunta mirándome preocupado— ¿Estás bien?

—Sí... digo no... ¡Joder, Raciel! ¿Qué coño me está pasando?

—¿Cómo voy a saberlo si no me lo cuentas?

—¿Recuerdas a la mujer de ayer, la de la marca?

—La que vio tu marca, sí.

—Acabo de follármela aunque estaba dormida.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loco?

—Así le evito que termine enamorándose de mí.

—Esa no es la solución, Urian...

—¡Estoy saciado, Ray! Ahora mismo estoy completamente saciado.

Mi hermano me mira con la misma sorpresa que siento yo ahora mismo y se deja caer en la cama con la vista perdida en el vacío. Me siento a su lado con un suspiro y espero a que diga algo, porque yo no sé qué coño decir.

—Tal vez quieres creer que lo estás —dice mi hermano.

—¿Crees que no sé cuándo tengo ganas de echar un polvo? Llevo cuatrocientos años sin sentirme así, Ray, te aseguro que no estoy imaginando nada.

—Iré a hablar con papá y...

—Papá no va a ayudarme. ¡Ni siquiera movió un dedo cuando Él me condenó!

—No podía hacerlo, ya lo sabes. Ninguno podíamos hacerlo.

—Pero al menos tú no me has dado por perdido.

Me levanto y voy a la cocina a por una cerveza. Hablar de aquel día está removiendo en mí sentimientos enterrados hace mucho tiempo y no quiero volver a sentirme culpable por algo que no tiene nada de malo.

—Muy bien, investigaré por mi cuenta a ver qué encuentro —dice al fin mi hermano—, pero si no logro descubrir qué coño te está pasando hablaré con papá.

Asiento y veo cómo se marcha, y tras darme una ducha me meto en la cama con un suspiro. Por fin esta noche podré dormir de un tirón. No hay hambre, ni ansiedad... solo hay cansancio.

Capítulo 3

Me despierto a la mañana siguiente más descansado de lo que he estado jamás. Tras estirarme en mi enorme cama, me preparo un café bien cargado y me encamino al trabajo, que hoy tengo una sesión de fotos para una marca de trajes de baño muy conocida y no puedo llegar tarde. Como siempre el tráfico es horrible a estas horas, pero cojo un atajo hacia *Coney Island*, donde me esperan para las fotos. En cuanto llego mi ayudante me quita la cámara del hombro y comienza a montar todo el material.

—Vamos, Martin, no tenemos tiempo que perder —digo mientras ajusto el objetivo.

—Has llegado pronto, Urian. ¿Puedes calmarte un poco?

—Tenemos mucho trabajo y el material tiene que estar entregado la semana que viene. No tenemos tiempo de calmarnos un poco.

Martin niega con la cabeza pero se pone manos a la obra, y en menos de media hora estamos fotografiando a las modelos. Me dan un poco de pena, porque tienen que estar metidas en el agua y aunque hoy hay sol y no hace demasiado frío puedo ver cómo se les pone la piel de gallina a través de la cámara.

—Muy bien, creo que ahora podemos hacer unas fotos en las rocas —sugiero al cabo de un rato.

Las chicas me miran con agradecimiento y corren a secarse para

cambiarse de traje de baño, y Martin y yo trasladamos el equipo hacia el espigón. Unas fotos con el mar de fondo quedarán geniales para el folleto y al menos no estarán al borde de la hipotermia. Estoy ajustando la cámara cuando veo a través de ella a Olivia sentada sobre una toalla al final de las rocas leyendo un libro. El estómago me da un vuelco y un escalofrío recorre mi espalda, pero en vez de acercarme a ella para follármela, que es lo que quiero hacer, la ignoro y me centro en el trabajo. Aunque intento con todas mis fuerzas fijar mi atención en las modelos no puedo evitar ver por el rabillo del ojo que ella se acerca a mí con paso decidido. No, nena... ahora no...

—Parece que el mundo es un pañuelo —dice parándose a mi lado.

Un escalofrío recorre mi espalda debido al tono melodioso de su voz, pero intento no hacerle ni puto caso. Levanto en cambio la vista y sonrío, aunque sé que esa sonrisa no ha llegado a mis ojos.

—Mira a quién tenemos aquí... —contesto volviendo mi atención a la cámara— ¿Has dejado de salir sola por la noche?

—La verdad es que sí. Ahora comparto coche con tres compañeras más y no tengo que preocuparme de ir sola.

—Chica lista.

—Así que eres fotógrafo...

—A eso me dedico, sí.

—Ahora lo entiendo todo.

Me enderezó y me quedo mirándola con una ceja arqueada. ¿A qué coño se refiere con eso?

—Eso explica que no subieras a mi casa el otro día —continúa diciendo—. Seguro que puedes tener a cualquiera de estas chicas tan solo chasqueando los dedos, es normal que no quieras estar con alguien corriente, como yo.

Joder, nena... tú eres de todo menos corriente. No sé qué coño tienes

pero te aseguro que ni todas estas mujeres juntas pueden competir contigo.

—¿Estás celosa? —pregunto cruzándome de brazos.

—En absoluto. Solo estoy constatando un hecho.

—Tal vez no subí porque soy un caballero.

—Mentira...pareces cualquier cosa menos un caballero.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Solo hay que mirarte para ver que eres un chico malo.

Me divierte que me llame así, aunque me limito a sonreír con suficiencia en vez de desmentirla.

—Estás muy segura de eso, ¿No? —ronroneo.

—Completamente.

—Así que por mi aspecto deduces que soy un cabrón que va por ahí follándose a todas las mujeres con las que trabajo...

—A todas no, solo a las modelos.

—Sabes que no debes juzgar a las personas por las apariencias, ¿verdad?

—No te lo tomes como algo personal, Urian. Yo también lo haría si fuese tú.

—Pues para tu información, sabelotodo, jamás me he acostado con una modelo —miento.

—Eso decís todos pero no podéis resistiros a unas tetas bonitas y a un cuerpo perfecto.

—¿Perfecto? Para mi gusto están demasiado delgadas, y sus tetas normalmente son de silicona. A mí me va más lo natural, ¿sabes?

No puedo evitarlo, le miro descaradamente sus tetas y me relamo como si fuese un gatito delante de un plato de leche. Me río cuando ella cruza los brazos delante de ellas y me mira con una ceja arqueada, a lo que

respondo encogiéndome de hombros.

—Que no subiera a tu casa el otro día no significa que no tuviese ganas de hacerlo —digo al fin—. Entiendo que estés ofuscada porque no conseguiste lo que querías, Olivia.

—¿Y qué quería según tú, si puede saberse?

Me acerco a ella y cojo su mano para plantarla de lleno sobre mi polla, que está dura como una piedra y lista para entrar en su pequeño coñito una vez más.

—Esto —susurro—. Querías esto y no te lo di.

—Dios, eres un auténtico creído, ¿sabes? —protesta apretándome la polla entre sus dedos— Todos los hombres tienen esto, la tuya no es más bonita que la del resto.

—Tal vez no sea la más bonita, pero sí tiene un tamaño muy razonable.

—No te hace falta abuela, ¿eh, machote?

Me paso la mano por la mandíbula en un intento de calmarme. Ahora mismo me dan ganas de tumbarla en la arena y follármela delante de todo el mundo por haberse atrevido a apretarme de esa manera, pero en vez de hacerlo la cojo de la cintura y la atraigo de golpe contra mi pecho, dejándola sin aire justo antes de hundir mi lengua en su boca delante de todos. En cuanto noto su sabor a sandía inspiro con fuerza y pego mi polla a su estómago. Me rodea el cuello con los brazos y sus pequeños dedos se enredan en mi pelo, volviéndome loco. Estoy a punto de perder el control, así que reúno toda la fuerza de voluntad que me queda para apartarme de ella. Mi respiración es tan jadeante como la suya y por unos minutos se produce un duelo de miradas entre nosotros, más bien un duelo de voluntades, hasta que ella por fin aparta sus ojos de mí.

—No quiero empezar algo contigo que sé que no voy a poder acabar

en este momento, así que márchate —susurro—. Si no te importa, tengo que seguir trabajando.

—Por muy increíble que pueda parecerte, Urian el engreído, lo único que quiero de ti es un polvo. Si no puedes terminar un triste polvo... no sé para qué te sirve esa enorme polla que tienes.

Olivia se da la vuelta para marcharse y yo me vuelvo hacia los modelos, que me miran como si me hubiesen crecido cuernos y rabo porque no suelo dar este tipo de espectáculo.

—¡Vamos a trabajar de una puta vez! —protesto.

Veo por el rabillo del ojo que ella recoge sus cosas con muy malas pulgas y pasa por mi lado con la cabeza erguida. Me muero de ganas de ir tras ella para quedar por encima de ella y demostrarle que soy muy capaz de dejarla sin aliento mientras le echo el mejor polvo de su vida, pero sigo trabajando como si nada.

A los pocos minutos Martin se acerca y me toca el hombro, sobresaltándome.

—¡Tranquilo, joder, que solo soy yo! —exclama mi ayudante.

—Mierda, creí que era ella.

—Hace rato que se ha ido. ¿Me vas a explicar qué coño ha sido eso?

—Nada que te importe.

—Tienes razón, no me importa, pero has dado la nota delante de todo el mundo y has despertado mi curiosidad.

—La conocí la otra noche.

—O sea, que es uno de tus ligues.

—La verdad es que no. Tomamos unas copas —miento—, charlamos y la acompañé a su coche. Me invitó a su casa y rechacé la oferta. Fin de la historia.

—Eso no explica que le hayas comido la boca como un animal hace

un momento.

—Sí, bueno... la carne es débil y ella no ha parado de provocarme.

Mi ayudante parece quedarse satisfecho con esa respuesta, así que seguimos con el trabajo hasta que el cambio de luz nos impide seguir. Mañana terminaremos la sesión y me centraré en arreglar las fotos en casa, así que tras recoger el equipo me voy a mi apartamento. Pero no puedo quitarme de la mente el sabor de Olivia, ni el tacto de su piel, y el hambre vuelve con la fuerza de un huracán, dejándome doblado bajo el chorro de agua fría. Ni siquiera me había dado cuenta de que me he pasado todo el día tranquilo sin pensar en el sexo hasta que ella ha vuelto a aparecer.

Tras ponerme unos vaqueros y una camiseta me acerco al local de Iván, mi mejor amigo. No es humano... y mucho menos un ángel. Ivannus (que es su verdadero nombre) es un demonio que no actúa realmente como tal. En vez de ir por ahí torturando a la gente se dedica a disfrutar de su vida en La Tierra a base de drogas, mujeres y alcohol. Digamos que es un “demonio caído”, por llamarle de alguna manera, y los de abajo no están nada contentos con él. Solo Liss, su madre súcubo, viene a verle de vez en cuando, aunque no lo hace por su inmenso amor maternal, sino para intentar convencerle de que vuelva a su naturaleza demoníaca.

Iván es el dueño del local de BDSM más prestigioso y exclusivo de la ciudad. Aunque a mí no me va mucho el sexo duro propiamente dicho, suelo venir a tomarme una copa con él de vez en cuando. Le encuentro en su reservado, como siempre, y esta noche está acompañado por dos mujeres a quien tiene sentadas a sus pies.

—Marchaos, chicas —dice en cuanto me ve llegar.

—Siempre serás un capullo —contesto dándole un fuerte abrazo.

—Y tú, por desgracia, siempre serás un ángel.

Iván hace una seña a una camarera para que nos sirva dos copas y se

repantiga en el sofá.

—Hacía tiempo que no venías por aquí —comenta mirándome fijamente.

—He tenido mucho trabajo. El mes pasado tuve que viajar a Italia para una sesión.

—Vives mejor que quieres, cabrón.

—Tú también lo harías si quisieras.

—Este es mi negocio, Ury. No puedo desaparecer como si tal cosa. ¿Quién se encargaría de que todos respeten las normas si me voy?

—En eso tienes razón.

Doy un sorbo a mi copa y me quedo mirándola fijamente.

—¿Qué te ocurre? —pregunta mi amigo al ver mi estado ausente—
Tú no estás bien.

—Están pasando cosas que no entiendo, solo eso.

—¿Qué cosas?

—El otro día follé con una mujer y quedé completamente saciado hasta que volví a verla.

—Y eso no lo entiendes por...

—¿Tengo que recordarte cuál fue mi castigo?

—Bueno, ya lo sé, pero...

—Además, no es solo eso... también he sido capaz de entrar en sus sueños, aunque no podía hacer nada. Eso sin olvidar que logró ver mi marca en su cuello.

—Eso sí que es extraño. Recuperar los poderes así como así no tiene ningún sentido, y mucho menos que un mortal consiga ver la marca de un inmortal.

—Te lo dije.

—Puedo preguntarle a mi madre si quieres.

—El único que sabe de castigos divinos es Lucy, y no creo que esté muy contento contigo.

—Tienes razón, no lo está y si me ve aparecer por ahí abajo me despellejará como a un conejo indefenso, pero a Liss puede que se lo cuente, sobre todo si le dice que es por un ángel que ha jodido a Dios.

—Ya me las apañaré, en serio. Ahora solo quiero olvidarme de todo, olvidarme de esa mujer y seguir con mi vida como hasta ahora.

—Siempre puedes hacer uso del local, sabes que está a tu disposición.

—No me van tus prácticas sexuales y lo sabes. Prefiero ir a ver a Sarah.

—¿Y dónde has conocido a esa mujer?

—La salvé de las garras de Levy.

—¿Levy? —pregunta asombrado— ¡Maldito hijo de puta! ¡Le advertí que no volviera a aparecer por aquí!

—Parece que la paliza que le diste no ha servido de mucho. Tuve que marcarla para que la dejase en paz.

—¿Y te has parado a pensar que tal vez por eso estás tan unido a ella?

—No es la primera mujer que marco y lo sabes, Iván.

—Pero sí es a la primera que marcas para salvarla.

—No sé... tal vez.

—De todas formas hablaré con Liss a ver qué puede averiguar.

—Mi hermano también está indagando arriba por si puede descubrir algo.

—Dile a ese estúpido que deje de meterse donde no le llaman, terminará cayendo también.

—Se lo diré en cuanto vuelva a visitarme. Me voy —digo levantándome—, voy al local de Sarah.

—¡Vamos, quédate! Aquí puedes hacer lo mismo y te aseguro que

mis chicas son bastante buenas.

—No me va este rollo, Iván.

—Nadie dice que lo hagas a mi manera. Quédate, prueba a una de mis chicas y tú decides si quieres usar algo más que la cama.

—¿Sabes qué? Tienes razón. Tráeme a una pelirroja, Iván. No pienso ponerme a tu altura, pero una de tus mujeres es tan buena como cualquier otra.

Capítulo 4

No sé qué coño estoy haciendo, pero cuando veo aparecer a Iván con una pelirroja del brazo vestida con un conjunto de lencería de látex y atada como si fuese un perro, me arrepiento de no haberme ido al local de Sarah. La chica va mirando al suelo y cuando se detienen frente a mí Iván le levanta la cara y la besa en los labios.

—Alexandra, este es mi mejor amigo, Urian Lazard —susurra Iván—. Sé una buena chica y hazle disfrutar, ¿de acuerdo?

—Sí, amo.

Escucharla me hace dar un respingo. No termino de acostumbrarme, pero la joven aparta esos pensamientos de mi cabeza cuando se acerca y me coge de la mano.

—Vamos a un lugar más tranquilo —dice Alexandra mirando a Iván.

Mi amigo asiente satisfecho y nos precede hasta un dormitorio.

—Búscame luego en la barra —me dice—. Te invitaré a otra copa antes de marcharte.

Chasqueo la lengua en cuanto entro en el dormitorio. Estoy acostumbrado a la claridad de la habitación de Sarah, con paredes blancas y muebles de cerezo, pero esta... todo está forrado de terciopelo rojo, tanto el techo como las paredes, y las sábanas negras le dan un toque demasiado tétrico a todo esto. Pero todas esas cadenas, la cruz de San Andrés que hay

frente a la cama o la jaula que hay al fondo de la habitación me hacen pensar en una cárcel del siglo XVIII, así que me vuelvo hacia mi acompañante para dejar de pensar en ello.

Alexandra se ha colocado de rodillas en actitud sumisa, y la cojo de la mano para levantarla de inmediato del suelo.

—Yo no soy tu amo, Alexandra —digo—. No tienes que arrodillarte frente a mí.

—¿Dónde quiere que me ponga, señor? ¿Tal vez junto a la cruz?

—¿Qué tal si empiezo por besarte?

Ella asiente y levanta la cabeza para recibir el beso. Le acaricio el pelo despacio antes de bajar hasta su cuello y deshacerme del horrible collar que lleva puesto para tirarlo lejos de nosotros.

—Así está mucho mejor —susurro—. Quiero tener tu cuello despejado para poder besarlo dentro de un rato.

La suelto para acercarme a un enorme baúl de madera que lleva un buen rato llamando mi atención. Está repleto de fustas, esposas, *plugs* anales y un sinnúmero de juguetes sexuales.

—Creo que no vamos a necesitar nada de esto —digo cerrando la tapa.

—Sí, señor.

—¿No puedes llamarme simplemente Urian? No me gustan estas prácticas sexuales y no pienso empezar ahora.

—¿Entonces por qué estoy aquí?

—Necesito sexo, Alexandra, pero solo sexo vainilla. Tal vez algo rudo, pero nada de prácticas BDSM.

—¡Pero el amo me paga por eso!

—No tiene por qué enterarse, ¿verdad? Yo no pienso decirle nada.

Ella se acerca y se agarra a mi cuello para pegar su boca a mi oído.

—Hay cámaras —susurra.

Sonrío moviendo la cabeza al ver que el depravado de mi amigo tiene instaladas cuatro cámaras de vigilancia por toda la habitación y que tienen la luz encendida, señal de que están grabando. Me acerco al baúl y le lanzo a Alexandra un guiño de complicidad.

—Parece que sí vamos a utilizar algunas de estas cosas después de todo —bromeo.

Saco la cinta americana y pego un buen trozo de ella en cada cámara después de hacer en cada una de ellas un buen corte de manga, tapando por completo el objetivo.

—Ya está —digo sonriendo satisfecho—, ahora solo estamos tú y yo en la habitación.

—El amo se va a cabrear mucho contigo —contesta cruzándose de brazos.

—Créeme, cuento con ello.

Me acerco a ella y acaricio sus brazos arriba y abajo intentando ver en su cara algún signo de miedo, pero solo veo excitación.

—¿Tú haces esto porque realmente te gusta o porque no tienes opción? —pregunto.

—Soy madre soltera —explica—. En mi vida cotidiana tengo que controlarlo todo: la casa, el colegio, los deberes... este trabajo me proporciona dinero para mantener a mi hijo bastante bien y además me permite perder el control por completo.

—Entiendo.

—Necesito que de vez en cuando alguien lleve el control de la situación por mí, no sé si me explico. También me gusta el sexo vainilla, pero no es del todo lo mismo.

—Creo que podré estar a la altura con respecto a eso.

Sonrío y le sostengo las manos detrás de la espalda antes de avasallar su boca. Ella gime y pega su cintura a la mía, pero me retiro lo suficiente para que no pueda llegar a tocarme e introduzco un dedo bajo el látex de su sujetador para rozar un pezón con la yema del dedo, haciéndolo endurecerse casi al instante.

—¿Voy bien? —ronroneo.

—De maravilla —gime ella.

De un tirón le arranco el sujetador del cuerpo y sus pechos botan frente a mi garganta, y tras relamerme me meto uno entero en la boca. Son pechos pequeños de grandes pezones asalmonados, y su piel sabe a fresas con nata. Alexandra se retuerce intentando soltar sus manos, pero en vez de dejarla hacerlo la llevo hasta la cama y la dejo caer de espaldas en ella, cubriéndola con mi cuerpo. Estiro el tanga hasta convertirlo en una pequeña franja de tela y lo introduzco entre sus labios, humedeciéndolo con sus jugos. Instintivamente acerco la boca a su dulce coñito para saborearla y sus tacones de aguja me arañan la espalda cuando me aprisiona con sus piernas.

—¿No decías que quieres que lleve el control? —río.

—¡Joder, sigue!

—Pues creo que ahora no me apetece hacerlo...

Me deshago del resto de su ropa y la dejo desnuda sobre la cama. Abro el baúl para sacar de él un collar de perlas que he visto hace un rato, lo dejo caer sobre su pecho y me apoyo en uno de los postes a observarla. Las perlas ruedan por sus pequeños pechos y caen en la cama, pero Alexandra las vuelve a subir y las hacer rodar sobre sus pezones con las palmas de las manos gimiendo de placer. Me está poniendo cachondo, y tengo que cambiar de postura para no aplastármela dentro de los vaqueros.

—Ahora acaríciate ese dulce coñito, preciosa —susurro.

Ella clava los tacones en el colchón y abre las piernas al máximo.

Baja el collar por su estómago y lo pasa por sus labios húmedos, gimiendo cada vez que las perlas rozan su clítoris hinchado. Tengo que agarrarme la polla para no terminar corriéndome solo con verla y me deshago de mi ropa para sentarme con la espalda sobre el cabecero y ponerla frente a mí con las piernas abiertas.

Alexandra me mira traviesa e introduce las perlas una a una dentro de ella, echando la cabeza hacia atrás y disfrutando del placer que le provoca ese juego atrevido. Cuando solo quedan un par de ellas fuera, alargo la mano para sujetar el collar y tirar para sacarlo, con firmeza aunque tratando de no hacerle daño. Ella grita, se tensa y el orgasmo la recorre antes de caer desmadejada sobre la cama con un suspiro. Paso mis dedos por sus pliegues unas cuantas veces calmándola, y cuando introduzco un dedo dentro de ella Alexandra se retuerce para acercar su coñito a mi polla, pero me alejo con una sonrisa.

—Aún no, gatita. Ve al baúl y coge tu juguete preferido —ordenó.

Ella obedece, y tras rebuscar en él se decanta por un *plug* anal adornado con un enorme diamante rosado y un vibrador estriado con una protuberancia para el clítoris.

—He dicho uno —comento con una ceja arqueada.

—Lo sé, pero no me gusta el uno sin el otro.

Le hago una seña con la mano y se tumba de nuevo en la misma posición. Sus piernas quedan arqueadas sobre mis muslos y su sexo está a escasos centímetros de mi polla, que está dura, caliente y desesperada por enterrarse en él. En cuanto pone el vibrador a máxima frecuencia se lo mete dentro y aprieta sus pechos con fuerza, atrapando entre sus dedos sus pezones. Sus gemidos se convierten en gritos, y la observo fascinado acariciándome la verga con movimientos lentos, apretando cuando el orgasmo se acerca para alargar mucho más este momento.

Sus labios se enrojecen, se hinchan, y sus piernas se tensan cuando vuelve a recorrerla otro orgasmo, esta vez más intenso que el anterior. Yo estoy cachondo perdido, saco de un tirón el consolador de su coño y tiro de ella para sentarla a horcajadas sobre mi polla y clavarme en ella de una sola estocada.

—Esto está mejor —gimo.

El juguetito anal me proporciona una presión extra sobre la polla, y cada vez que me muevo siento cómo la parte más ancha acaricia mi glande como si fuesen sus dulces labios rojos. Ataco esos labios con furia, hundiendo mi lengua en su boca, chocando mis dientes con los suyos, dejándola sin aliento. Sus dedos se enredan en mi pelo y cuando estoy a punto de estallar la cabrona se aparta de mí, dejándome desamparado.

—Vuelve aquí —ordeno con los dientes apretados.

Ella ríe y se pone en cuclillas para poder botar mejor sobre mi polla. Siento los cachetes de su culo impactar sobre mis muslos, sus tetas rozarse con mi pecho y su aliento en mi oído cuando muerdo la suave piel de su cuello. Alexandra me coge del pelo, me aprieta contra su piel para apartarme un segundo después, y cuando siento el orgasmo subir por mi espalda aprieta los músculos de su vagina ahogándome, dejándome exhausto y sin aliento por la fuerza del orgasmo que me recorre.

Cierro los ojos unos minutos para recuperarme y cuando los abro veo que ella está apoyada sobre su mano mirándome divertida.

—¿Qué? —pregunto con una sonrisa.

—Eso no ha sido sexo vainilla.

—Tampoco ha sido BDSM.

—Tenemos que bautizarlo de alguna manera —contesta saltando de la cama para vestirse—. ¿Qué tal sexo violeta?

—¿Sexo violeta? —río— Vaya nombre más cursi.

—Vainilla también es cursi.

—En eso tienes razón.

Me acerco a ella y la beso con suavidad.

—Gracias por el sexo violeta, preciosa. Espero que repitamos algún día de estos.

—Ha sido un placer.

La veo salir de la habitación moviendo las caderas y me acerco a la barra del local, donde Iván me espera tomándose un whisky. Me siento a su lado y le pido una copa a la camarera sin mirarle.

—¿Y bien? —pregunta Iván ante mi silencio.

—¿Y bien qué? —Sé que está jodido porque no ha podido ver nada, cosa que me divierte.

—Me has tapado las cámaras, cabrón, y ese dedito podías metértelo por el culo.

—Odio tener público mientras follo, ¿sabes? Por muy amigo mío que seas no iba a permitirte que mirases.

—Estoy seguro de que no has usado nada de lo que hay en el cuarto.

—En realidad sí he usado algunas cosas —contesto sonriendo—. Entre ellas la cinta americana.

—No lo has hecho, ¿verdad?

—¿Lo que tú haces? No, no lo he hecho. Ya te he dicho muchas veces que no me va ese rollo, pero te aseguro que la chica ha estado a la altura de mis expectativas.

—Es buena, ¿verdad?

—Muy buena. Además, me sorprendió que fuese una mujer tan segura de sí misma. La verdad es que me ha gustado bastante la experiencia.

—Sabes que puedes repetir cuando quieras.

—Y tú sabes que no puedo hacerlo aunque te aseguro que me

encantaría.

—Alexandra es muy fuerte y no terminará cayendo.

—Sé que es fuerte, pero hablamos de un castigo del de arriba, no de una adicción común y corriente.

—Eso es cierto.

—Me marcho —digo levantándome—. Mañana tengo que trabajar.

—Te pasas el día rodeado de mujeres preciosas sin apenas ropa. No creo que a eso se le llame trabajar.

—Voy a hacer como que no te he oído, ¿vale? Adiós, capullo.

—Adiós, angelito.

Le hago un nuevo corte de manga y me voy a casa. Estoy cansado y el sexo violeta de Alexandra es suficiente para poder dormir medianamente bien toda la noche. En cuanto cierro la puerta a mi espalda el contraste del blanco y el negro que predomina en mi salón me da la bienvenida. Todo está immaculado, como siempre. Sue, la mujer que se encarga de la casa, me ha dejado sobre la encimera de la cocina un pastel de carne, así que lo meto en el microondas mientras me cambio de ropa. Estoy sentado comiendo cuando escucho a mi espalda el aleteo de mi hermano.

—Buenas noches, hijo.

Me quedo paralizado al escuchar la voz de mi padre. No nos vemos desde que me expulsaron de arriba, ni una sola vez se ha dignado a bajar para ver si estoy bien. Pero no es eso lo que más me duele, sino ver la vergüenza y el dolor reflejados en su rostro cuando supo lo que había hecho. Se avergonzó de su propio hijo y en vez de apoyarme salió de la habitación sin mirar atrás.

—¿Cómo es que te has dignado a bajar aquí, Gabriel? —pregunto con sorna mal fingida— Su alteza celestial es demasiado importante para rebajarse a hacer algo así.

—Sé que estás enfadado, pero...

—¿Enfadado? En absoluto. Me importa una mierda lo que pienses de mí, Gabriel.

—Deja de llamarme Gabriel.

—Es tu nombre, ¿no?

—¡Soy tu padre!

—¡No, no lo eres! ¡Dios me creó y me puso a tu cargo, pero no eres mi puñetero padre!

Ahí está otra vez esa mirada dolida que tanto detesto. Me levanto de la mesa y lanzo el plato al fregadero haciéndolo pedazos.

—¿A qué has venido? —pregunto sin mirarle.

—Raciel me ha contado lo que te está pasando.

—Cuando vea a Raciel voy a cortarle los huevos.

—Intenta ayudarte, Uriel, igual que yo.

—Uriel ya no existe, Gabriel. Ahora soy Urian.

—Siempre serás Uriel, hijo, por mucho que te pese.

—Créeme, a mí no me pesaba serlo, pero parece que a Él sí le pesó dejarme actuar a mi libre albedrío.

—Sigues sin aprender nada de todo esto, ¿verdad? —contesta mi padre con gesto cansado— Llevas siglos aquí abajo, ¿en serio que no sabes por qué te desterró?

—Sí, porque es un cabrón manipulador que quiere que todo se haga cómo y cuándo él dice.

—He estado investigando un poco. No hay precedentes de ángeles caídos que hayan recuperado sus poderes sin que Él se los haya restaurado.

—Alguno debe haber.

—Si lo hubo desde luego no está en los registros. Ten cuidado, hijo, no sé a lo que te estás enfrentando.

—Sé cuidarme solo, gracias.

—¿Quién es esa mujer? ¿Estás seguro de que no es un ángel?

—¡Pues claro que estoy seguro! He caído, no soy gilipollas.

—Seguiré investigando.

—No tienes por qué molestarte.

—Claro que tengo por qué. Mi hijo está en peligro y haré todo lo que esté en mi mano para salvarle.

—¡Vaya, ahora salvas a tu hijo! ¿Y por qué no lo hiciste el día que me condenaron? ¡Te marchaste! ¡Me dejaste sin mirar atrás!

—¡Era diferente! ¡No puedes oponerte a los designios de Dios!

—¿Eso quién lo dice? ¿Él?

—Creo que será mejor que me marche.

—Es la única cosa lógica que has dicho desde que has llegado.

—Algún día entenderás por qué lo hizo, Urian, te lo prometo.

—Ya sé por qué lo hizo, Gabriel, no te molestes en hacerme cambiar de opinión al respecto.

Gabriel desaparece ante mis ojos y me dejo caer en el sofá con un suspiro. ¡Mierda! ¿Por qué cojones dejo que me afecte tanto todo esto? Creí que lo tenía superado, pero ya veo que no. Sabía que mi hermano iba a consultarle, pero no me esperaba que eso desencadenara un encuentro entre nosotros, mucho menos tan repentino.

Salgo al balcón y me pongo los guantes para darle algunos golpes a mi saco de boxeo. Creí que tal vez eso me calmaría, pero llevo más de media hora haciéndolo y sigo igual de frustrado que antes. Me doy una ducha y me meto bajo las sábanas. La visita de mi padre me ha alterado y me cuesta un mundo dormirme, pero en cuanto lo hago vuelvo a conectar con los sueños de Olivia, solo que esta vez no tienen nada de pesadillas.

Capítulo 5

Me he pasado toda la noche follándome a Olivia... mentalmente, por desgracia. Es como si esa maldita mujer tuviese un oscuro poder sobre mí y eso no me gusta ni un pelo, la verdad. Es demasiado peligrosa para mi desgracia, y lo mejor que puede pasar es que no vuelva a verla en mi vida... pero no voy a tener tanta suerte.

Llego a la playa a las ocho en punto de la mañana para preparar el equipo antes de que lleguen las modelos y en lo primero que reparo es en la silueta de mi pequeño tormento dibujada frente al sol de la mañana. Maldigo en silencio cuando la veo levantarse para acercarse, pero hago como si no la hubiese visto hasta que me toca el hombro, provocándome un escalofrío.

—Buenos días —dice bastante risueña.

—¿Sabes que el acoso es delito? —protesto.

—¿Perdona?

Se nota que está ofendida, y mucho. Mejor, a ver si así deja de darme el coñazo de una puta vez y la pierdo de vista.

—Que dejes de seguirme, preciosa —contesto.

—¿Siguiéndote, yo a ti? —protesta— ¡Lo que me faltaba! Eres tú quien está invadiendo mi espacio, ¿sabes?

—La playa es pública.

—Sí, pero este es mi rincón especial para pensar y llevas dos días

invadiéndolo con tus modelos de revista.

—¡Perdone la intromisión, su alteza real! —digo haciendo una reverencia.

—¡Eres un borde! ¡No sé ni cómo pude plantearme echar un polvo contigo!

Sonrío al ver que sus ojos se desvían irremediabilmente hacia el bulto de mi polla, que aprieta los vaqueros en un intento de escapar.

—¿Es que tú siempre estás empalmado? —protesta.

—¿Qué más te da? Acabas de decir que no sabes cómo pudiste pensar en follar conmigo.

—Y es cierto, ya no me interesa en absoluto hacerlo, te lo aseguro.

El temblor de su voz la delata, así que me acerco a su espalda y aparto el pelo de su cuello para acariciar su piel con mi aliento caliente.

—Sé que sigues interesada, dulzura —susurro—. No puedes ocultar el temblor de tu voz, ni el escalofrío que te está recorriendo ahora mismo solo de imaginarme encima de ti follándote a pelo.

—Tengo frío, engreído —se defiende.

—Mentirosa... Seguro que me has imaginado un montón de veces desnudo en tu cama a punto de meterte la polla. —Ella se muerde el labio y suspira, pero no me mira—. Tal vez en tu imaginación me has follado tú a mí, cabalgándome, pero te aseguro que aunque esa postura en concreto me vuelva loco prefiero ser yo quien lleve la voz cantante.

—Por muy extraño que te parezca no he pensado en ti ni una sola vez.

—¿Quieres que te demuestre que mientes? Solo tienes que pedirlo de nuevo, Olivia, y esta vez te aseguro que no te diré que no.

—Sigue soñando, Urian. La próxima vez que te pida que me eches un polvo será porque se ha congelado el Infierno.

—¿Y quién dice que no lo está? ¿Acaso has estado ya en él?

Me alejo con un guiño y sigo preparando el material sin prestarle atención. Tras unos segundos ella empieza a protestar en voz baja y vuelve a su lugar en el espigón, donde se sienta a leer. Sé que la he puesto cachonda y ahora estará intentando calmarse en un vano intento de quitarme la razón.

La llegada del resto del equipo me evita seguir pensando en ella. Hoy es el turno de posar de Ivanna, la modelo estrella de la colección. Hace tiempo tuvimos un rollo de un par de noches y desde entonces cada vez que nos vemos se insinúa para probar suerte a ver si esta vez repetimos, y la verdad es que hoy no tengo muchas ganas de resistirme a la tentación.

—Buenos días, Urian —ronronea pasando su mano de manicura francesa sobre mi camiseta de *Nike*—. Cada día estás más guapo.

—Y tú cada día me pones más —susurro pegando mi boca a su garganta.

—Eres tú quien no quiere que repitamos...

—Creo que voy a cambiar drásticamente de opinión.

—Es la mejor idea que has tenido en meses.

—¿Qué te parece si nos escapamos dentro de un rato?

—¡Ah, no! ¡Ni hablar! No quiero un aquí te pillo, aquí te mato. Mejor nos vemos esta noche en mi casa.

—Qué aburrida.

—De aburrida nada, guapo. Soy práctica. Si follamos en mi casa no será un polvo de cinco minutos... que a ti hay que sacarte el máximo partido posible porque nunca se sabe cuándo vas a decidirte a repetir.

Su comentario me arranca una carcajada y ella me mira traviesa antes de dirigirse hasta los vestuarios improvisados que hemos hecho con unas cuantas sombrillas y varias sábanas. Miro hacia Olivia y la descubro mirándome fijamente. Si las miradas matasen, fijo que ahora mismo estaría muerto y enterrado a dos metros bajo tierra. Contesto a esa mirada lanzándole

un beso y me doy la vuelta para seguir trabajando, aunque he de reconocer que me siento hinchado como un pavo debido a esos celos mal disimulados.

La sesión de fotos es un éxito, y cuando llego a casa me dedico a pasarlas al ordenador para retocarlas y mandárselas al cliente. Entre cientos de fotos de modelos despampanantes aparece una de Olivia. ¿Cómo coño ha llegado ahí? ¿La he hecho yo? Está sentada en las piedras abrazándose las rodillas con los brazos. Su falda larga ondea mecida por el viento y sus pies descalzos asoman por el borde con gracia. Está mirando al horizonte, perdida en sus pensamientos, y pienso que jamás he visto a una mujer más guapa en toda mi vida... y mira que es larga.

Me paso cerca de media hora observando la foto, corrigiendo pequeños fallos y dejándola perfecta, y la imprimo para sujetarla con una chincheta en mi pizarra de corcho.

—Eres demasiado peligrosa para mí, dulzura —susurro antes de apagar el ordenador y meterme en la ducha.

Ivanna me recibe con una especie de vestido playero de colores que me deja ver perfectamente sus braguitas blancas de encaje... y sus perfectos pezones rosados. En cuanto cierra la puerta me sirve una copa de vino y me lleva de la mano hasta su habitación, dejándome caer en la cama.

—¿Tienes prisa? —pregunto dando un sorbo a la copa de vino.

—Tal vez.

Ivanna se sienta a horcajadas sobre mis piernas y une sus labios a los míos en un beso tentador... muy tentador. Sus delicadas caricias me vuelven loco, pero me aparto de ella para poder mojarme los labios y aprovechar para calmarme un poco.

—Veo que estás sediento —ronronea.

—Un poco.

Ella me sonrío y me quita la copa de las manos para verter el líquido

sobre sus pechos, mojando por completo la camisola y dejándome ver su nuevo tatuaje... un pequeño delfín justo al lado del pezón izquierdo.

—Mmm... has sido traviesa —susurro.

Le saco el vestido por la cabeza y acerco mi lengua a su piel para lamer el vino, y ella echa la cabeza hacia atrás con un suspiro cuando mi lengua entra en contacto con su pezón. Tras lamerla unos minutos vuelvo a besarla, esta vez con más decisión. Mi lengua entra en su boca y recorre cada rincón, mis labios pellizcan los suyos y mis dientes atrapan su lengua cuando ella intenta meterla dentro de mi boca.

De un solo movimiento Ivanna se echa hacia atrás, quedando casi colgando sobre mis piernas. Su cabeza casi toca la alfombra y aprovecho para acariciar con la palma de mi mano su piel, desde sus pechos hasta su ombligo. Sus manos imitan los movimientos de las mías, y aprieta sus tetas cuando entierro mi dedo entre sus pliegues para acariciar su clítoris hinchado.

—¡Oh, Dios! ¡Sí! —gime cuando el orgasmo se acerca.

—Vamos, gatita, enséñame como ronroneas...

Hundo mi dedo en su canal, que está húmedo y listo para mí, y lo muevo en círculos hasta que ella se tensa y se convulsiona entre espasmos de placer. La levanto de esa postura tan incómoda y me dejo caer hacia atrás para que ella quede sobre mí. Ivanna me mete un pezón en la boca y yo obedezco mordiéndolo, lamiéndolo con rápidas pasadas, y luego me ofrece el otro para que haga lo mismo con él.

Después ella serpentea por mi cuerpo hasta quedar de rodillas entre mis piernas y desabrocha mis vaqueros para quitármelos de un tirón. Acaricia mi polla a través de la tela de mis bóxers, mirándola con deseo, relamiéndose despacio al pensar en lo que va a hacer a continuación. No se hace de rogar y aparta la tela para metérsela entera en la boca, haciéndome jadear. Su mano amasa mis huevos mientras su preciosa lengua recorre mi polla lentamente

para apoderarse de mi glande con sus jugosos labios rojos. ¡Joder, qué bien lo hace! Está comiéndome la polla justo como me gusta: despacio, pero con firmeza. Mi verga está dura, a punto de estallar, pero ella se detiene para cambiar de postura y tumbarse sobre mí, ofreciéndome su delicioso y húmedo coñito.

Abrazo sus caderas para enterrar mi lengua entre sus pliegues. Su sabor almizclado me transporta de pronto a otro momento igual de íntimo pero infinitamente más placentero: mi noche con Olivia. Cierro los ojos para ver en mi imaginación a mi tormento pelirrojo y casi puedo sentir su suave vello acariciando mi nariz. Sus gemidos reverberan en la piel de mi glande, y en varias ocasiones Ivanna se detiene porque el placer la deja jadeante.

Ya no puedo más, así que me levanto llevándola en brazos, la apoyo contra la cómoda y me abro paso entre sus pliegues para follármela de espaldas, para poder ver en mi imaginación a la mujer que me trae por la calle de la amargura y no a esta belleza perfecta que no despierta en mí ningún interés. Sus nudillos se ponen blancos de la fuerza con la que se agarra a la madera y mis investidas consiguen que sus tetas resbalen por la superficie esmaltada, estimulándolos y haciéndola gritar de placer. Sus músculos se contraen a mi alrededor ordeñándome, y salgo de ella para correrme sobre su espalda con un grito sordo.

Me aparto de Ivanna y me visto a toda prisa sin dedicarle ni una triste mirada. Ella coge un camisón del cajón y se lo pone antes de meterse en el cuarto de baño, como cada vez que nos vemos. No sé por qué coño he repetido con ella, pero como hace mucho tiempo desde que me la follé por primera vez no creo que haya ningún problema. Me marcho como la vez anterior, sin despedirme, y el aire fresco de la noche aclara mis ideas. No me ha gustado ni un pelo pensar en Olivia mientras me la follaba, pero últimamente soy incapaz de controlar nada de lo que pasa en mi vida. Como

ahora, que iba en dirección a mi casa y me encuentro frente a la suya.

La luz de su habitación está encendida y subo hasta el balcón para poder observarla un poco antes de irme a dormir. Lleva un camisón de florecitas que no se la levantaría ni a un muerto... pero que a mí me parece de lo más excitante. Está peinándose mientras tararea una canción y me hace reír de tanto como desafina. De repente ella me mira fijamente a través del cristal y tras soltar un grito ahogado corre hacia el teléfono. ¡Mierda! Aprovecho ese momento para largarme de allí a toda prisa, y no me detengo hasta que he llegado a mi casa. ¿Pero qué coño me pasa? ¡Ahora soy yo el puto acosador! Tiro el móvil sobre el sofá sin mucha ceremonia y me doy una ducha bien fría, porque verla con ese camisón me ha puesto cachondo de nuevo, y tras comer algo me meto en la cama.

No quiero cerrar los ojos, no quiero ver de nuevo lo que ella está soñando, porque si en ese sueño vuelvo a salir yo voy a irme a su casa a toda prisa para hacer sus puñeteros sueños realidad, así que pongo la tele para ver alguna película.

—¿Ury? —me llega la voz de mi hermano desde el salón.

—¡En la habitación!

Veo a mi hermano entrar en el cuarto algo avergonzado. Teme que me haya enfadado por lo de mi padre, lo sé, así que le hago una seña para que se siente a mi lado.

—No estoy enfadado contigo —aclaro.

—Papá me ha dicho que habéis discutido.

—¿Y qué esperabas, Ray? ¿Un encuentro con lágrimas y abrazos?

—Solo pretende ayudarte.

—Ya lo sé.

—Aún no hemos encontrado nada que nos pueda dar una pista sobre lo que te pasa.

—No creo que lo encontréis.

—Tal vez podríamos preguntarle a Él...

Le miro con una ceja arqueada y el escepticismo dibujado en la cara.
¿Cómo puede ser mi hermano tan iluso?

—¡Joder, Ury, es que no se me ocurre nada más!

—Iván también está investigando.

—¿El demonio?

—¡No le llames así!

—¡Es que lo es aunque no se comporte como tal!

—Va a hablar con su madre a ver qué puede averiguar.

—Tal vez deberías acercarte a la chica para intentar averiguar qué ocurre.

—¿Que me acerque a ella?

—No digo que te la folles, simplemente que os hagáis amigos.

—Estaría empalmado todo el tiempo, ¿sabes?

—Sigues siendo un ángel... contrólalo.

—Esta mañana me he burlado de ella para alejarla de mí y ahora me pides que me haga su amigo.

—¿Quién te manda a hacer esa gilipollez?

—Todo lo relacionado con ella es muy raro —protesto—. No quería arriesgarme.

—Pero si te alejas de ella no podrás averiguar qué tiene de especial.

—Ahora me va a tocar pedirle disculpas, gilipollas.

Mi hermano se encoge de hombros y se marcha. Me paso horas sin pegar ojo pensando en lo que acaba de decirme. Tal vez tenga razón... si me hago amigo de ella quizás pueda averiguar qué tiene de especial para que yo pueda entrar en su cabeza y me sea imposible apartarla de la mía...

Capítulo 6

Al día siguiente vuelvo a la playa, aunque ya he terminado con la sesión de fotos, con la intención de ver a Olivia. Allí está, sentada como siempre sobre una toalla al final del espigón. Me acerco a ella lentamente, pensando en qué demonios voy a decirle, y cuando le toco el hombro ella se vuelve con una sonrisa que muere en sus labios al verme.

—Ah, eres tú... —dice volviendo a su lectura.

—¿Es que esperabas a alguien?

—Pues no, pero te aseguro que cualquier persona sería mucha mejor compañía que tú.

—¿Puedo sentarme?

—Como dejaste claro ayer, la playa no es mía, así que...

Me siento a su lado y espero a que me mire, pero ella sigue empecinada en la lectura de su novela así que se la arranco de las manos y tras doblarle una esquina a la página pongo el libro a su lado.

—¿Pero se puede saber qué coño haces? —protesta cogiendo el libro para alisar la página dañada— ¡Esto es como torturar a un libro! Existen los marcapáginas, ¿sabes?

—Quiero hablar contigo y no puedo hacerlo si no despegas la nariz del puñetero libro.

—Quizás es que no quiero escucharte.

—Olivia... lo siento mucho, de verdad.

Ella me mira como si me hubiesen crecido cuernos y rabo y suelta el libro de nuevo sobre la toalla.

—Muy bien, habla —ordena.

—Me he estado comportando estos dos días como un auténtico gilipollas y lo siento.

—Es cierto, lo has sido.

—En mi defensa solo puedo decir que estaba trabajando y que me revienta que me interrumpen cuando lo hago —miento.

¿Qué puedo decir? ¿Que lo he hecho porque estoy maldito pero por alguna razón ella es capaz de calmar esa maldición? Llamaría al siquiátrico en menos que canta un gallo.

—¿En serio? —ironiza— No me había dado cuenta, fíjate.

—¿Firmamos una tregua?

—Es que, verás... da la puñetera casualidad de que a mí me revienta que estropeen mis libros para llamar mi atención, así que no, no hay tregua que valga.

Olivia se levanta con intención de marcharse pero la agarro del dobladillo de su jersey de lana para mirarla con arrepentimiento.

—Vamos, Oly... por favor...

—¿Y quién me asegura a mí que no volverás a comportarte como un capullo en el futuro?

—Posiblemente volveré a hacerlo alguna vez, pero al menos sabes que soy muy capaz de pedir perdón.

Ella sonrío, una sonrisa sincera que me llena de esperanza, y con un suspiro se sienta de nuevo a mi lado.

—¿Hoy no trabajas con las supermodelos? —pregunta.

—Hoy trabajo desde casa, así que puedo permitirme empezar algo

más tarde. ¿Qué te parece si te invito a un café? Conozco un sitio muy tranquilo justo aquí al lado.

Ella asiente y la llevo a una pequeña cafetería de estilo inglés que conozco a unos metros de la playa. En cuanto pedimos nuestras bebidas ella se cruza de brazos y me mira interrogante.

—¿Qué? —pregunto sin poder evitar reírme.

—Te estoy analizando. No entiendo tu cambio de actitud y no me creo esa trola que me has contado antes.

—Pues es la verdad. Era un trabajo difícil y el cliente lo quería lo antes posible. Estaba un poco de los nervios y lo pagué contigo.

Creo que en mi vida he dicho tantas mentiras a una misma persona, y si pudiese morir creo que iría de cabeza al Infierno.

—Haré como que me lo creo —contesta al fin.

—Nunca te he preguntado en qué trabajas —digo para cambiar de tema.

—Soy recepcionista de hotel. Es un hotel pequeñito en las afueras. Tranquilo y sin mucho estrés.

—¿Y por qué no pruebas suerte en uno que no esté en una zona tan peligrosa?

—Lo he intentado, pero huí de un hotel de cinco estrellas porque tuve un problema de salud grave debido al estrés.

Se queda callada un momento abrazando con sus pequeñas manos su taza de café.

—Urian... —susurra— respecto a lo que pasó aquella noche...

Me pongo en tensión al momento. No, nena... no me hagas hablar de lo que pasó. No quiero tener que mentirte y mucho menos contarte la verdad respecto a Levy.

—No te preocupes más por aquello, ¿de acuerdo? —contesto

cogiéndole las manos— Se terminó, estás a salvo y no volverá a ocurrir.

—Ese tío... Levy. Era muy peligroso, ¿verdad?

—Mucho.

—¿Es narco o algo así?

¿De dónde saca esas ideas? Seguro que es adicta al CSI.

—No... no. Es solo que no suele tratar demasiado bien a las mujeres, como pudiste comprobar. Le conozco desde hace mucho tiempo y no me gusta que ande por ahí asustando a las chicas.

—Pues llegué a pensar que tú eras poli y que le estabas siguiendo la pista.

—Ves mucho CSI, me parece.

—Reconozco que me gustan mucho las series policíacas. Disfruto mucho intentando averiguar quién es el malo antes de que le atrapen.

—Pues siento desilusionarte, pero soy un simple fotógrafo.

—Tú eres cualquier cosa menos simple, Urian.

Se acaricia inconscientemente mi marca, y un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Tú hoy no trabajas? —pregunto para distraer su atención.

—No, es mi día libre. Cada dos turnos de noche mi jefe nos da un día libre para que podamos dormir, aunque la verdad es que soy incapaz de conciliar el sueño hasta después de comer.

—Pues yo me temo que tengo que irme a trabajar —digo levantándome — ¿Me das tu número? Podemos quedar otro día que descanses para ir a tomar algo, si quieres.

—¿Intentas ligar conmigo, grandullón? —bromea.

—Totalmente.

Ella apunta su número en una servilleta y me la entrega con una sonrisa.

—Como en los viejos tiempos —añade.

—¿No tienes móvil? —pregunto sorprendido.

—Pues claro que tengo, pero prefiero hacer las cosas como antiguamente.

—Joder, yo ni siquiera tengo teléfono fijo —contesto mirando el trozo de papel.

—Te has modernizado más de la cuenta. Te pierdes las maravillas de hablar de fijo a fijo.

Sonrío y tras despedirme de ella salgo a la calle. Ha empezado a llover, cosa nada extraña dado las fechas en las que estamos, así que corro hasta mi coche para no terminar chorreando y pongo rumbo a casa. Paso toda la mañana trabajando, y después de comer me siento en el sofá con la servilleta entre las manos. Casi sin pensarlo doy un salto y me encamino a los grandes almacenes para hacerme con un teléfono fijo para conectarlo a mi red. Tengo línea porque va incluida con el contrato de Internet, pero jamás se me ocurrió poner un teléfono en casa.

Cuando vuelvo a mi apartamento me encuentro a mi hermano sentado en el sofá viendo los deportes.

—¿Otra vez aquí? —pregunto dejando la caja sobre la mesa para leer las instrucciones.

—Vengo a ver si has hablado con esa chica.

—Sí, lo he hecho. Incluso la he invitado a café.

—¿Y bien?

—Hemos empezado de nuevo —contesto mostrando la servilleta—. Me ha dado su teléfono.

—¿Y a qué esperas para llamarla?

—A montar esto.

Me centro en montar el teléfono y colocarlo en una pequeña mesa en la

que antes tenía un jarrón con flores de plástico.

—¿Es que no tienes un móvil? —resopla mi hermano cansado de mirarme.

—Claro que tengo, pero ella dice que así es más divertido.

—¡Te gusta! —exclama Ray saltando del sofá— ¡Esa chica te gusta!

—No digas tonterías, acabo de conocerla.

—Mierda, Ury... dime que no es ella.

—¿Qué? ¡Pues claro que no! Si lo fuera yo lo sabría.

—Ten cuidado, hermano. Ten mucho cuidado.

—Ayer me animaste a ser su amigo, ¿y ahora me dices que tenga cuidado?

—Hacía mucho tiempo que no te veía así, tío. Desde Lailah.

Oír de nuevo su nombre hace que el dolor por su pérdida regrese, aunque ahora es apenas un leve escozor.

—Tal vez porque es la primera vez que tengo una amiga de verdad desde que ella murió, Ray —contesto tras un carraspeo.

—Sarah también es tu amiga, y creo recordar que Raguel...

—Lárgate —le interrumpo—, que tengo que hablar con ella.

—Muy bien, pero luego no digas que no te lo advertí.

Le hago un corte de manga y me tumbo en el sofá con el teléfono en el pecho. Marco su número y espero a que conteste, pero tras cuatro tonos salta el buzón de voz.

—Mierda —susurro levantándome.

Me preparo algo de cenar para hacer tiempo e intento mantener la calma viendo una de las series que suelo ver en la tele, pero cuando termina el primer capítulo vuelvo a marcar su número.

—¿Dígame?

Su voz es sexy... jodidamente sexy, y consigue que mi parte seductora

salga a la luz.

—Buenas noches, preciosa. ¿Me echabas de menos?

—¿Al Urian capullo? Ni un poquito. ¿Al de esta mañana? Reconozco que algo sí.

Un calor extraño sube por mi estómago hasta mi pecho y sonrío recordando su sonrisa.

—¿Qué tal tu día? —pregunto.

—Bueno... después de comer me eché a dormir un rato y acabo de levantarme, así que creo que no he tenido día. ¿Y el tuyo?

—He entregado un par de trabajos que tenía terminados, he ido a los grandes almacenes y me he comprado un teléfono fijo.

—¡No! ¿En serio? —Ríe—. Estás como una auténtica cabra, Urian.

—Tal vez... pero tenías razón, es mucho más divertido así.

—¿Lo ves? Si es que soy muy divertida.

—Apuesto a que estás haciendo rizos con el cable...

—Porque tú también lo estás haciendo —ríe.

—Lo reconozco —suspiro—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Ahora mismo aburrirme, aunque si tuviese con quién me pondría a jugar al parchís, fíjate.

—¿No deberías seguir durmiendo?

—Llevo haciéndolo todo el día. Ahora lo que quiero es hacer algo divertido.

—Si quieres, puedo ir a recogerte —me ofrezco.

Sé que es una muy mala idea, pero no puedo evitar tener ganas de pasar más tiempo con ella, aunque sea jugando al parchís.

—¿Y dónde piensas llevarme? —pregunta.

—Es una sorpresa.

—Pero tengo que saber qué ponerme, Urian.

—Ponte ropa cómoda. No vamos a salir de fiesta.

—No irás a violarme y a descuartizarme para después meterme en salsa, ¿verdad?

—¿Eso crees? —pregunto riendo.

—Entiéndeme, no te conozco demasiado y esas cosas...

—Si tenemos en cuenta que te salvé la vida hace unos días...

—Eso es jugar sucio y lo sabes.

—Has dicho que quieres jugar al parchís, ¿no?

—Muy bien, pero espero que esta vez llames a la puerta y no escales hasta mi balcón.

—No te prometo nada, me gusta mucho hacer el mono.

Cuelgo el teléfono dejando atrás su risa y me visto para ir a recogerla. Hace bastante frío, pero estoy seguro de que le gustará lo que quiero enseñarle. Me echo a reír cuando la veo aparecer con un chándal de felpa rosa chicle y ella me golpea con una sonrisa al subirse al coche.

—Tengo frío —aclara.

—Ya lo veo.

—¿Quieres dejar de reírte?

—No me estoy riendo —contesto mordiéndome el labio—. Pero veo que te gusta mucho el rosa, ¿verdad?

La llevo hasta mi lugar favorito, una zona de montaña desde donde se ve toda la ciudad, y aparco el coche antes de salir de él para abrirle la puerta y tenderle la mano.

—¿Y ahora vas a matarme? —pregunta mirándome traviesa.

—Lo haré si no dejas de protestar.

Olivia acepta mi mano y la llevo hasta una zona de picnic cercana. Se queda alucinada admirando las vistas y aprovecho para sacar del maletero un par de cervezas, un parchís y una bolsa de patatas fritas.

—Dijiste el parchís, ¿no? —bromeo sentándome a su lado.

—Me reitero, estás como una cabra.

Me quito el abrigo y lo dejo sobre sus hombros al ver que tiembla, y ella me recompensa con otra de sus preciosas sonrisas.

—Este sitio es alucinante, Urian —suspira.

—Lo descubrí cuando llegué a esta ciudad hace unos años. Es muy tranquilo y me escapo a menudo para poder pensar.

—¿Demasiadas cosas en la cabeza?

—Últimamente más que de costumbre —confieso.

—¿Qué te preocupa? Si puedo ayudarte...

—No voy a aburrirte con mis problemas, Oly. Te he traído aquí para jugar al parchís.

—¡Pero si apenas hay luz! Además, hace mucho frío.

—No creí que fueras tan blanda...

De pronto el ambiente se carga. La piel se me eriza y me levanto del banco alerta.

—Haz lo que yo te diga —ordeno mirando hacia los árboles.

—¿Qué pasa? —contesta abrazándose a mi espalda.

—Levy.

El aludido sale de su escondite tras los árboles con esa sonrisa diabólica que tanto asco me da.

—Mira a quién tenemos aquí... —exclama.

—¿Qué coño haces todavía en la ciudad? —pregunto abrazando fuerte a Olivia— Iván te dijo que no volvieras.

—Iván se cree el dueño del mundo y es hora de que le baje esos humos que tiene. ¿Quién es? ¿La chica de la otra noche? ¡Pero qué monos sois! ¿Estáis jugando al parchís?

—Lárgate, Levy. Lo que yo haga con ella no es asunto tuyo.

—No sé, Urian... la marcaste después de que yo la encontrara y creo que eso es trampa.

Siento cómo tiembla Olivia y le acaricio la espalda en un vano intento de calmarla.

—Ya te dije que es mía y sabes de sobra no me gusta que toquen lo que es mío. No creo que quieras ponerme a prueba, ¿verdad?

—La verdad es que no te he visto tocarla, Urian...podrías estar actuando.

Sonríó antes de estampar el puño contra su nariz. El demonio aúlla de dolor agarrándose la cara un minuto.

—¿Te has vuelto loco? —grita— ¡Me has partido la nariz!

—Lárgate de una vez si no quiere que te rompa las piernas.

Tras mirarme con reproche se aleja silbando esa estúpida canción, y cuando lo he perdido de vista me vuelvo hacia Olivia. Está aterrada, mirando hacia el camino sin poder parar de temblar. La abrazo con fuerza intentando calmarla y ella reacciona rompiendo a llorar.

—Shh... Ya está, ya está... se ha ido.

Me parte el alma verla tan deshecha y de buena gana iría detrás de ese desgraciado para cumplir mi promesa, pero me limito a susurrarle palabras en mi lengua para conseguir tranquilizarla.

—¿Qué idioma es ese? —pregunta tras un momento.

¿Cómo? ¿También puede oírme? ¿Pero qué coño está pasando?

—Eslovaco —improviso—. Es una canción que mi madre nos cantaba para que pudiéramos dormirnos.

—¿Eres de Eslovenia? —pregunta sorprendida.

—Mi madre lo era. Yo soy estadounidense.

Joder, si me pagasen por cada mentira que le estoy diciendo me haría de oro.

—La mancha no se ha ido de mi cuello, Urian —dice de pronto— y Levy la ha vuelto a mencionar.

—No te preocupes por eso, ¿de acuerdo?

—Dime qué es.

—No puedo —reconozco—. Tendrás que confiar en mí.

—¿Cómo hacerlo si acabo de conocerte?

—¿Qué te dice tu corazón, Oly?

Ella me mira un momento y luego asiente. Suspiro aliviado y la dejo en el coche antes de acercarme de nuevo a la mesa y recoger el juego y las cervezas.

—Será mejor que te lleve a casa —digo sentándome al volante.

—Yo también lo creo. Ese cabrón me ha fastidiado la diversión.

Capítulo 7

En cuanto llegamos a su casa, apago el motor del coche y me quedo mirándola fijamente. Ella se mira las manos, que no paran quietas ni un momento, así que pongo una de las mías sobre ellas para impedir que siga haciéndolo.

—¿Estás bien, Oly? —pregunto.

—La verdad es que no —suspira—. Ese hombre me da mucho miedo, Urian.

—Se ha ido, estás en casa.

—Lo sé, pero ya se coló en ella una vez y puede volver a hacerlo.

—No creo que se atreva.

—¿Y si te equivocas?

—¿Quieres que entre a echar un vistazo?

—Por favor... no sabes cuánto te lo agradezco.

Salgo del coche y en cuanto me pongo a su altura ella se agarra a mi brazo con fuerza. Intento respirar, que su cercanía no me afecte, pero nada de lo que hago sirve para calmar el hambre que siento cuando me toca. Me muerdo el labio por dentro con fuerza para controlarme y no terminar empotrándola contra la pared para follármela. En cuanto entramos en su casa le hago señas para que se quede junto a la puerta y subo a inspeccionar la planta de arriba. Sé que lo que hago es inútil porque el demonio puede entrar

incluso con la casa cerrada a cal y canto, pero tengo que alejarme de ella para poder protegerla.

Cuando entro en su cuarto entono la puerta y llamo a mi hermano. Raciel aparece unos segundos después con otro de sus modelitos estrafalarios y se queda un poco descolocado al ver que no estamos en mi piso. Yo me quedo mirándole con una ceja arqueada, porque la faldita escocesa con esa camiseta playera de tirantes no pega ni con cola.

—¿Se puede saber qué coño llevas puesto? —pregunto.

—Ropa, ¿qué voy a llevar?

—A eso no se le puede llamar ropa, Ray. Pareces un adefesio.

—Así puedo cabrearle aún más —contesta moviendo las cejas.

—Haz el favor de no volver a venir a verme con esas pintas. Me duelen los ojos solo de verte.

—Vamos, hermano... ¡Si hasta uso el kilt como los antiguos escoceses!

—dice levantándose la falda.

—¿Quieres taparte esa cosa? Es repugnante.

—Pues tú tienes una igual...

—Te aseguro que la mía no es tan asquerosa.

Mi hermano me saca el dedo y mira a su alrededor inspeccionando la habitación con curiosidad.

—¿Dónde estamos, Ury? ¿Te has cambiado de piso y yo no me he enterado?

—Es la casa de Olivia.

—¡Así que se llama Olivia! —dice alzando la voz.

—¿Quieres bajar la voz? —susurro— ¡Te va a oír!

—¿Estamos de incógnito en casa de Olivia? ¿Por qué?

—Levy no deja de intentar hacerle daño y no puedo irme sabiendo que ese desgraciado puede entrar aquí en cualquier momento.

—¿Pero no la habías marcado?

—Lo hice, pero esta vez Levy no piensa cumplir el trato.

—Pues mávalo y ya está.

—¡No puedo matarlo, Ray! ¿Recuerdas que ya no soy un ángel?

—Pues dale una paliza. Será divertido ver cómo le pateas el culo.

—¿Quieres centrarte de una vez? Necesito que protejas esta casa contra él.

—¿Se te ha ido la olla? ¡Ese es el poder de papá, no el mío!

—¡Inténtalo, Ray! Le has visto hacerlo tantas veces como yo, y si yo podía hacerlo tú también podrás.

—No es buena idea, hermano, me voy a meter en un buen lío si nos pillan.

—Por eso tienes que hacerlo lo antes posible. Para que nadie se entere. Además, ¿qué puedes perder? Si terminas cayendo estarás conmigo todo el tiempo.

—No eres un gran premio de consolación, ¿sabes?

—Por favor, Ray, necesito que hagas esto por mí.

Mi hermano suspira y abre sus alas para coger una de sus plumas antes de mirarme fijamente.

—Necesito algún objeto personal de la chica.

—¿Su cama no es lo suficientemente personal para ti?

—No va a funcionar y nos van a pillar...

—Cierra el pico y hazlo de una puñetera vez.

Raciel cierra los ojos para decir unas palabras en nuestra lengua mientras dibuja algunos símbolos en las ventanas y deposita la pluma con suavidad sobre la cama.

—Ya está —susurra observando cómo desaparece—. Espero que funcione.

—Funcionará. Y ahora márchate, debo volver con ella.

—¿Todo bien?

—Excepto por el pequeño detalle de Levy... todo perfecto.

Bajo al salón y compruebo que todas las ventanas estén cerradas antes de acercarme de nuevo a Olivia.

—Ya está —digo—. He cerrado todas las ventanas con cerrojo, así que estarás a salvo.

—Gracias, Urian, de verdad.

—Cierra bien la puerta cuando salga, ¿de acuerdo?

Ella asiente y cojo mi cazadora de la percha para ponérmela.

—Que descanses —digo.

—Tú también.

—Te llamaré mañana, ¿de acuerdo?

Olivia asiente y me doy la vuelta para marcharme, pero me sujeta del brazo para impedirlo.

—Urian —susurra—, no te he dado las gracias por haberme salvado... otra vez.

—No tienes que darlas.

Se acerca lentamente y posa sus pequeñas manos sobre mi pecho. No se atreve a mirarme, pero acaricia despacio mis pectorales haciéndome estremecer. Cuando levanta la cabeza sus ojos están cargados de algo que no soy capaz de descifrar y acerca su boca a la mía lentamente hasta terminar uniendo nuestros labios. Soy incapaz de apartarme, su sabor me está volviendo completamente loco y casi sin darme cuenta estoy respondiéndole al beso. Ella gime, rodea mi cuello con los brazos y pega su cuerpo al mío haciendo que mi sangre empiece a bullir. Rodeo su cintura con los brazos, la levanto en peso y restriego mi polla contra su ingle, deseando que la ropa no exista, deseando poder enterrarme en ella y no volver a salir nunca más. Pero

tengo que ser fuerte, volver a la realidad y apartarme de ella antes de cometer una estupidez.

—Creo que será mejor que me vaya —susurro.

Ella me mira con sorpresa, pero asiente agachando la cabeza y dando un paso atrás. En este momento la veo tan vulnerable como a un pequeño cervatillo asustado, así que me acerco a ella y la abrazo depositando un beso en su frente.

—Estás a salvo, te lo prometo —digo.

—Podrías quedarte. El sofá es muy cómodo y así no me sentiré tan asustada.

—Nadie va a hacerte daño en casa, Oly, te lo juro.

—¿Y cómo puedes saberlo? No estarás aquí para asegurarte de ello.

Con un suspiro salgo a la calle para acercarme al maletero de mi coche y sacar el dichoso parchís. Después vuelvo a la casa y cuelgo mi chaqueta en la percha antes de dejarme caer en el sofá.

—Ya que no hemos podido jugar esa partida antes... —digo con un guiño.

Ella sonrío y se va a la cocina a preparar unos sándwiches para cenar. Nos pasamos gran parte de la noche jugando, es la mujer más tramposa de la tierra y no tiene vergüenza a la hora de sacar alguna ficha de la casa a mis espaldas, y cada vez que la pillo terminamos empezando el juego otra vez. No sé si lo hace porque no le gusta perder o porque no quiere que me vaya, pero a las cuatro de la mañana doy por terminada la partida de una buena vez.

—Se acabó —sentencio dejando caer los dados sobre el tablero—, no se puede ser más tramposa.

—¿Pero qué dices? Yo no he hecho trampas.

—Menos mal que no... por eso hemos tenido que empezar el juego cuatro veces.

—Reconoce que te has divertido.

—Es cierto, pero ahora quiero dormir.

Ella suspira y sube las escaleras para bajar cargada con un par de mantas.

—Si tienes frío con esas puedo traerte alguna más —me ofrece.

—Debería marcharme a casa.

—No digas tonterías, es muy tarde. ¿Necesitas algo más?

—Con esto es suficiente, de verdad.

—Muy bien... buenas noches.

—Buenas noches.

La veo desaparecer de nuevo por las escaleras. A pesar del chándal estrafalario mi polla crece cuando veo sus caderas moverse y tengo que apretar la mandíbula para no subir detrás de ella. Cierro los ojos y espero a que sus sueños lleguen a mí, aunque esta noche tardan más que de costumbre. Subo a su cuarto para tumbarme a su lado y susurrarle unas palabras para que no tenga pesadillas, pero en vez de eso aparto su pelo revuelto de su mejilla y deposito un beso sobre sus dulces y carnosos labios.

—Urian —susurra ella en sueños.

Sonrío sin poder evitarlo y tras cubrirla bien con las mantas hago lo que he venido a hacer. En cuanto se relaja me siento en la cama para levantarme, pero algo en su tocador atrae mi atención. Me acerco lentamente atraído por el brillo de un pequeño colgante plateado que yo conozco muy bien. Tengo uno idéntico guardado en el cajón de mi mesita de noche, es un colgante que ningún humano debería tener. Miguel me entregó el mío al finalizar mi entrenamiento... es el colgante de un arcángel.

Estoy jodido... muy jodido. ¿Por qué coño lo tiene ella? ¿Acaso también es un puto ángel caído? Me alejo a toda velocidad de su casa y en cuanto entro a la mía llamo a mi hermano a gritos.

—¿Pero qué pasa? —pregunta apareciendo con una simple toalla de ducha.

—¿Y ahora de qué vas disfrazado? —protesto.

—¡Eh, que solo estaba disfrutando de los placeres de una ducha!

—¡Si nosotros no tenemos que ducharnos! Tú al menos no, desde luego.

—Me gusta ducharme aunque no necesite hacerlo.

—¿Y no podrías vestirte de una vez? Das un asco acojonante.

Con un giro de muñeca Raciél cambia la minúscula toalla por unos vaqueros y una camiseta más o menos decente y se sienta en el sofá mirándome con una ceja arqueada.

—He descubierto algo sobre Olivia —digo mirando por la ventana.

—Es ella, ¿verdad?

—Peor que eso.

Voy a mi cuarto a coger mi colgante y se lo enseño a mi hermano esperando una reacción.

—Muy mono, pero paso —contesta.

—Ella tiene uno igual.

Ahora sí que he conseguido que alucine en colores. Se levanta y sostiene el colgante para ver mi nombre imperceptiblemente gravado en nuestra lengua en la superficie.

—Puede ser una falsificación —dice Ray.

—No, no lo es. No he podido ver la inscripción porque está rayada, pero está ahí.

—Solo uno de nosotros podría hacer algo así.

—Exactamente.

—Voy a hablar con papá —contesta mi hermano levantándose—. Debemos averiguar quién coño es esa mujer.

—¿Y yo qué hago mientras tanto?

—Sigue como hasta ahora. Queda con ella y sé su amigo, pero por lo que más quieras, Ury, no se te ocurra follártela.

—Para ti es muy fácil decirlo.

—Para ti también lo será si te convences de que si lo haces terminarás estallando en pedacitos de no más de un centímetro.

Veo cómo mi hermano desaparece y me dejo caer en el sofá con un suspiro. ¿Qué coño me está pasando? ¡Mi vida estaba siendo bastante tranquila, joder! Me doy una ducha y me meto bajo las mantas de mi cama para intentar dormir, pero al cerrar los ojos vuelven a asaltarme los sueños de Olivia. Está sentada sobre el espigón de la playa leyendo una novela, y la brisa de la mañana hace volar su pelo alrededor de su cara. Lleva puesto un vestido de flores y a su lado ha dejado un sombrero de paja adornado con flores de colores.

Olivia levanta la vista y mira en mi dirección. Me ve... sé que me está viendo, y se levanta para acercarse a mí con paso decidido. Abro los ojos de golpe con la respiración acelerada y el sudor corriendo por mi espalda. ¿Qué demonios acaba de pasar?

Capítulo 8

No he podido pegar ojo en lo poco que me quedaba de noche. He terminado levantándome a las ocho de la mañana para salir a correr a ver si así lograba cansarme lo suficiente para poder dormir algo, pero en vez de eso estoy en un Starbucks tomándome un puto café. Mi mente vuelve de nuevo hacia Olivia aunque no quiera, y pido un café con leche y un trozo de tarta de zanahoria para llevarle. En cuanto llamo a la puerta ella me abre algo nerviosa.

—¿Qué pasa? —pregunto entrando a toda prisa— ¿Levy está aquí?

—No... no pasa nada. Me he despertado y no estabas, eso es todo.

—Lo siento, he ido a darme una ducha y a comprar algo para desayunar —miento una vez más—. Debería habértelo dicho pero no quería despertarte.

—No tienes que ser mi guardián, Urian, seguro que tienes muchas cosas que hacer.

—Sí, tengo que volver al trabajo. ¿Estarás bien?

—Sí, tranquilo. Voy a ir a casa de mi hermana a hacerle una visita y así aprovecho para desconectar. No entro a trabajar hasta mañana por la mañana, así que puede que me quede allí todo el día.

—No vuelvas demasiado tarde, Oly. No quiero que Levy te pille sola en la calle.

—No te preocupes, no pienso hacerlo.

Se acerca y se pone de puntillas para besarme en la cara antes de abrirme la puerta con una sonrisa.

—Gracias por quedarte anoche, Urian. Eres un gran amigo.

Asiento y me alejo de su casa pensando en lo que acaba de decirme. Así que ahora soy un gran amigo... Debería sentirme orgulloso por haber logrado lo que mi hermano me sugirió, pero no sé por qué me jode que me haya colocado de un plumazo en la *friendzone*. Tengo que alejarme un poco de ella o al final voy a terminar enamorándome, y entonces sí que estaré bien jodido. No sé si será la mujer que Él ha puesto en mi camino o si solo es una casualidad, pero no pienso arriesgarme a que todo esto se me vaya de las manos.

Me paso toda la mañana trabajando y por suerte logro apartarla de mis pensamientos un buen rato. Hoy me toca hacer fotos para la publicidad del zoológico, así que disfruto mucho con los animales. No me sorprende en absoluto al ver a Raguel, uno de los muchos ángeles caídos, dentro del recinto del leopardo. El animal, lejos de atacarla, se comporta con ella como si fuese un pequeño gatito asustado y ronronea cuando Raguel acaricia sonriendo la parte de detrás de su oreja.

—Buena chica, *Timba* —canturrea.

—Al final terminarás siendo su cena —bromeo para llamar su atención.

Ella me mira con una sonrisa y se apresura a salir del hábitat para darme un caluroso abrazo.

—¡Cuánto tiempo sin verte, Urian! —exclama mirándome atentamente
— Te veo muy bien.

—No estoy nada mal, la verdad. Veo que has encontrado un trabajo acorde con tu anterior poder.

Raquel era la guardiana de los animales, se encargaba de impedir que las especies se extinguieran. Cuando cayó hace diez años sufrió mucho por

no poder seguir relacionándose con ellos, pero en vez de hundirse estudió veterinaria y ahora trabaja en el zoo.

—Me ha costado mucho esfuerzo conseguir mi título de veterinaria, Ury... ¡Pero al fin lo tengo!

—¿Cuánto llevas trabajando aquí?

—Un par de meses, pero parece que el dueño del zoológico está muy contento con mi trabajo.

—Me alegro de que todo te vaya bien al fin.

—No voy a negarte que aún me cuesta adaptarme, pero al menos ahora tengo a mis animales. ¿Y tú qué haces por aquí?

—Estoy haciendo un reportaje para la publicidad del recinto. ¿Te importa que te haga una foto junto a tu pequeño amigo?

—En absoluto.

Raquel entra en el recinto nuevamente y se sienta en el suelo con las piernas cruzadas. El leopardo se levanta inmediatamente de su sitio sobre la rama de un árbol y se acerca a ella para tumbarse a sus pies con un enorme bostezo. Acercó el zoom de la cámara para captar ese momento tan perfecto, tan mágico con mi objetivo. Tras un par de fotos más le sonrío a Raquel y repaso las fotos.

—Ya está, esta foto se ve fantástica —digo sin apartar la mirada de la foto que tengo en la pantalla.

—Tienes que mandármela —contesta mirando por encima de mi hombro—. Me gusta guardar fotos con mis animales y seguro que las tuyas son espectaculares.

—Eso está hecho.

—Debería volver al trabajo. Tengo un par de animales más a los que visitar.

—Sí, yo también tengo que seguir trabajando. ¿Te apetece que nos

tomemos un café algún día? —pregunto de repente.

—Estaría bien.

—Entonces necesitaré tu teléfono.

Tras intercambiar nuestros números me centro de nuevo en el trabajo. Llego a casa bastante tarde y lanzo el móvil al cajón de la mesita de noche antes de meterme en la ducha. He logrado controlar el hambre durante todo el día, pero la cercanía de Olivia la noche pasada me lo ha puesto demasiado difícil, así que decido ir a ver a Sarah.

Mi amiga me recibe con una sonrisa y me dejo caer en el sofá de su despacho con un suspiro.

—Tienes mala cara, Urian —protesta—. ¿Qué está pasando?

—Demasiadas cosas sin explicación, Sarah. Creo que Olivia es la próxima chica y debería alejarme de ella, pero hay cosas que impiden que lo haga.

Por primera vez dejo salir las palabras que llevan royéndome las tripas todo el día. Debería alejarme de Olivia, pero... ¿Cómo hacerlo cuando hay tantas cosas que no puedo explicar? Tal vez ella sea la clave para terminar con mi castigo... o quizás es mi nueva condena. No lo sé, pero debo quedarme cerca para averiguarlo.

—¿Cuáles son esas cosas? —pregunta Sarah rompiendo mi silencio.

—Puedo entrar en sus sueños, como ya te conté, pero además de eso hay mucho más. Es capaz de ver mi marca y de oírme cuando hablo en mi lengua. Y además de eso...

—¿Aún hay más?

—¿Recuerdas el colgante que Amenadiel y yo tenemos? El que nos dieron al ascender a arcángeles.

—Claro que lo recuerdo. ¿Por qué?

—Porque ella tiene uno igual en su tocador.

—Eso es imposible, tal vez sea una joya que se parece o...

—Es el mismo. El nombre del ángel a quien le fue entregado está borrado, pero tiene los símbolos que solo los ángeles podemos ver.

—¿Le has preguntado?

—No me he atrevido, la verdad. No sé si quiero oír la respuesta.

—¿Pero por qué? Tal vez esa sea la respuesta a todo lo demás, Urian.
¿Y si ella es un ángel caído?

—No lo es, te lo aseguro. Si lo fuese yo lo sabría.

—¿Le has preguntado a tu padre?

—Mi hermano se encarga de eso.

—Pues si ahora no puedes hacer nada más deja de preocuparte.

—Tienes razón, Sarah. No he venido aquí a contarte mis problemas, sino a calmarme.

—¿Cómo vas con eso?

—Fatal. Anoche tuve un problema con Levy y tuve que pasar gran parte de la noche con Olivia para que pudiese descansar, así que...

—Te traeré a Monique.

Asiento y me voy a mi habitación. Me desnudo en cuanto cierro la puerta y me meto entre las sábanas. Hoy va a ser todo muy rápido... al menos la primera vez. Monique es una despampanante mujer de cabellos rizados de color miel y unas tetas increíbles...sean operadas o no. Se acerca contoneando las caderas y se detiene a los pies de la cama para deshacerse del sujetador de encaje y de las braguitas antes de gatear por ella hasta mí.

—¿Me echabas de menos? —ronronea acercando su boca a la mía para apartarla en cuanto intento besarla.

—A ti no... a tu cuerpo —contesto.

—Mmm... eso me encanta.

Monique se sienta a horcajadas sobre mí y comienza a devorar mi boca,

y la aprisiono contra mi pecho para sentir sus pezones rozar mi piel. Su sexo acaricia mi polla cada vez que ella se mueve y consigue ponerla dura como una piedra. Ella roza apenas mis labios para apartarse después con una sonrisa, y yo me centro en morder sus pezones y dejarlos escapar muy lentamente de entre mis dientes sin apartar mi mirada de la suya.

—Veo que hoy estás traviesa... —susurro.

—Hoy quiero jugar.

Me agarra de la nuca y me mete uno de sus enormes pechos en la boca, casi ahogándome, mientras hace círculos con su coñito sobre mi polla. Estoy cachondo y apenas puedo respirar, pero la dejo que siga con su pequeño juego de seducción un poco más. Sus uñas recorren mi cuello haciéndome estremecer y los gemidos escapan levemente de sus labios cuando entierro una mano entre sus pliegues para acariciar con el dedo corazón su hinchado clítoris.

—¡Joder, sí! —gime apretando más mi cara contra sus tetas.

Me entretengo en sus pezones un poco más, lamiendo, mordiendo su tierna carne y logrando enrojecerla mientras mi dedo sigue creando círculos sobre su pequeño botón, que empieza a crecer poco a poco.

—Creo que esto está un poco seco... —ronroneo.

Me meto el dedo en la boca mirándola fijamente a los ojos y lo humedezco antes de acercarlo de nuevo a su sexo. En cuanto comienza a resbalar por sus labios su carne se vuelve tierna, maleable para mí, y me muero de ganas de sustituir el dedo por mi lengua. Monique se aparta de repente y gatea bajando por mi pecho con su lengua hasta encontrar mi glándula, que engulle con avaricia. Sus labios rodean mi polla con una dulce presión que a punto está de hacerme perder el control, pero inspiro con fuerza y acaricio su pelo mientras ella me hace una de las mejores mamadas de mi vida. Sus dientes rozan mi carne peligrosamente, pero confío en ella lo

suficiente como para no alarmarme por su caricia y empiezo a mover las caderas para follarme su boca despacio.

—Me vuelves loco, nena —susurro pasando mi mano por su espalda hasta encontrarme con su culo.

Aprieto su carne cuando el orgasmo sube por mi estómago y termino corriéndome en su boca con un gemido sordo. Ella me mira lasciva y se pasa la lengua por los labios antes de subir de nuevo por mi cuerpo y besarme. Puedo sentir mi sabor amargo en su boca, pero en vez de apartarla aprieto sus tetas con mis manos y las amaso atrapando sus pezones entre mis dedos.

—Ahora voy a follarte —digo tumbándola de lado sobre la cama.

Me coloco a su espalda y recorro con mi polla unas cuantas veces sus labios mojados. La penetro lentamente, centímetro a centímetro, hasta que mis huevos chocan contra su culo. Tengo que morderme el labio para no terminar eyaculando de nuevo y empiezo a moverme muy despacio, apenas saliendo de ella para incrustarme en su interior poco después. Mis embestidas son enloquecedoras y de nuevo aparece Olivia en mi mente sin poder evitarlo. Monique desaparece para dar paso a mi preciosa mujer pelirroja con su preciosa sonrisa y su destructiva mirada, y paso de follármela a hacerle el amor.

Le doy la vuelta para tenerla cara a cara, para poder acariciar su rostro mientras me muevo dentro de ella. Sus ojos almendrados están fijos en los míos y sus labios sonrosados se entreabren para poder coger aire. Mi boca se posa sobre la suya y la beso con ternura, una ternura que había olvidado que poseía, y pego mi frente a la de ella para dejar de pensar. Ahora ya no hay nada más que Olivia y yo en esta ecuación, y con cada embestida termino rozando el cielo con las manos, ese cielo que tanto me dolió perder pero que ahora me es indiferente.

—Dios, Olivia, me vuelves loco.

Las palabras salen de mis labios sin poder controlarlo, pero Monique sabe hacer su trabajo a la perfección y solo sonrío. El orgasmo sube por mi espalda cuando la veo arquearse recorrida por el placer y me corro con un gemido dentro de ella, como si hubiese sido Olivia quien está debajo de mí. Me aparto de Monique sin mirarla, me visto a toda prisa y salgo del local sin despedirme siquiera de Sarah. Ahora mismo no puedo respirar, me siento tan culpable por lo que ha pasado que lo único en lo que puedo pensar es en ir a su casa a disculparme, aunque ella no tenga ni puta idea de por qué lo hago. En vez de eso me dirijo a mi apartamento y tras darme una ducha caliente me tumbo en el sofá con la mirada fija en el techo, reconociendo lo que ya sabía: me he enamorado de Olivia y no tengo ni puta idea de cómo deshacer este jodido lío.

Capítulo 9

Al abrir los ojos a la mañana siguiente me encuentro a mi padre mirándome fijamente apoyado en la pared junto a la ventana. Le veo preocupado, por lo que salto de la cama para ponerme los vaqueros a toda prisa.

—¿Qué pasa? —pregunto— ¿Qué le han hecho a Ray?

—Tu hermano está bien. He venido por ti.

—¡Mierda, Gabriel, me has dado un susto de muerte! ¡Creía que le habían descubierto!

—Soy tu padre, no me llames Gabriel.

—Te llamaré papá cuando me decida a perdonarte. ¿Has descubierto algo?

—No, no he descubierto nada.

—¿Entonces qué pasa?

—¿No te parece demasiado raro que yo no haya averiguado nada? —bufa sentándose en un sillón— Soy uno de los favoritos de Dios y en cuanto intento hablar con alguien sobre ti la persona en cuestión desaparece. Han desaparecido algunos libros de la biblioteca sin explicación aparente y por si eso no fuera suficiente Él siempre está demasiado ocupado para verme.

—Tal vez se ha enterado de que has bajado a verme y está pensando en tu castigo.

—Yo no tengo prohibido venir a verte, solo tu hermano.

Me quedo mirándole con la boca abierta. ¿Él ha podido venir a verme todo este tiempo y no se ha dignado a hacerlo? Cojonudo, papá... estás ganando cada vez más puntos para que te perdone.

—Gracias por todas esas visitas que no me has hecho, papá —digo con sorna—. Han sido de lo más enriquecedoras para mí.

—Que no me lo hubiesen prohibido no significa que pudiera hacerlo y lo sabes. Debía dar ejemplo y mostrar a todos que estaba agradecido porque no corrieses la misma suerte que Lailah.

—Lo que sea.

—Volviendo a lo que nos incumbe, me están ocultando información y no tengo ni idea de por qué.

—Sabes que me estás ayudando, Gabriel, es obvio. Lo mejor es que te quedes al margen.

—No puedo hacer eso, no pienso seguir dejando de lado a mi hijo.

—No vas a conseguir averiguar nada de todas formas, así que...

—En cuanto a lo del colgante de esa chica... necesito verlo para saber de quién es.

—¿Es que tú conoces el colgante de todos los arcángeles?

—Cada colgante tiene una piedra única, si sé de qué piedra se trata sabré qué arcángel está detrás de todo esto.

—Pues no sé cómo voy a poder ayudarte... meterme en su cama definitivamente ha dejado de ser una opción. Y si entro en su dormitorio te aseguro que es donde terminaré.

—¿Hay algo que yo no sepa? —pregunta con una ceja arqueada.

—Es ella.

—¡Maldita sea! No lo hagas, Urian. Por más que te puedan las ganas, no te acuestes con ella. No sabemos qué puede pasar si lo haces.

—Créeme, no pienso hacerlo, pero tampoco puedo apartarme de ella sin más.

—Es cierto, debes hacer que confíe en ti. Tal vez así te cuente lo que necesitamos saber.

Mi padre se levanta y estira sus perfectas alas blancas. Las mías eran como las suyas, espesas y tan suaves y brillantes como un rayo de luna.

—Debo irme —dice—, voy a ver si puedo averiguar algo más hablando con algunos amigos de aquí abajo.

—¿Tienes amigos aquí abajo? —pregunto muy sorprendido.

—No eres el único ángel a quien he visto caer, Urian. La experiencia me ha hecho saber cuándo debo mantenerme al margen de estas cosas. No intervine porque tenía miedo de agravar tu castigo con mis actos, no porque no me doliera lo que te hicieron.

Dicho esto, mi padre desaparece y me voy a darme una ducha. Sus palabras permanecen en mi mente durante toda la mañana a pesar de estar muy ocupado con el reportaje del zoológico. Hoy no veo a Raquel, cosa que agradezco porque no tengo ganas de hablar con nadie. A las seis me encuentro parado frente a la puerta de Olivia, inspirando hondo para poder lidiar con mi adicción en su compañía. Se sorprende al verme, desde luego, y sonrío enseñándole la bolsa del supermercado.

—He pensado que tal vez te apetecería ver alguna película —digo sonriendo.

—Acabo de llegar del hotel, pasa —contesta apartándose de la puerta—. Me doy una ducha y estoy contigo.

—Muy bien.

—Dime que traes algo de comer en esa bolsa...

—Algunos *snacks* y refrescos, pero si quieres puedo pedir unas pizzas mientras de das esa ducha.

—Eres mi héroe —suspira—. No tardo nada.

Me dejo caer en el sofá y hago el pedido de las pizzas antes de acercarme a la cocina a guardar las cosas que he comprado. El sonido del agua al caer sobre su cuerpo llega hasta mí tan nítidamente que inspiro con fuerza para evitar ir tras él, pero termino igualmente parado en la puerta del cuarto de baño viendo la silueta de Olivia a través de la mampara de la ducha. Tiene el cuello arqueado para enjuagarse bien el pelo, y puedo ver cómo los mechones mojados acarician su precioso culo respingón. Sus pechos despuntan perfectos, con sus pequeños pezones erectos, y tengo que agarrarme con fuerza al pomo de la puerta para no terminar metido bajo el chorro de agua con ella.

Disfruto viéndola así, translúcida, hasta que cierra el grifo y salgo corriendo del baño para sentarme en el sofá con la televisión encendida. Ya tengo conectado el canal de pago y estoy ojeando las películas cuando ella aparece de nuevo en el salón con un pijama de florecitas rosas y azules y el pelo recogido en una trenza.

—¿Todos tus pijamas son así de cursis? —digo riendo.

—¿Y a ti que más te da? Somos amigos, así que tienes que ver mi faceta mala de vez en cuando.

—Cariño, es que ese pijama es horroroso. Voy a tener que regalarte alguno un poco más sexy.

Veo cómo ella se acaricia el labio con la lengua, y carraspeo poniendo de nuevo mi atención en la televisión.

—Tardarán diez minutos más en traer la cena —comento—, así que podemos ir eligiendo la película mientras tanto.

—Mientras no sea romántica...

—¿No te gustan las películas románticas? —pregunto alucinado.

—No por ser mujer tienen que gustarme, ¿sabes? Me gustan más las de

acción.

—Muy bien, elige.

Después de seis vistazos a la cartelera del canal se decanta por una película de policías que pinta bastante bien, la verdad. En ese momento llegan las pizzas y nos sentamos a comer viendo la película. Su cercanía me afecta, me hace sentirme mareado pero hago de tripas corazón para seguir con esta farsa. No puedo preguntarle por el colgante porque descubriría que he entrado a su cuarto sin permiso, y como nunca lo lleva puesto no sé cómo demonios sacar la conversación.

—¿Qué tal te fue con tu hermana ayer? —pregunto.

—La verdad que muy bien. Echaba mucho de menos a mis sobrinos y pasé todo el día jugando con ellos.

—¿Cuántos sobrinos tienes?

—Tres. ¿Tú tienes hermanos?

—Sí, tengo un hermano menor.

—¿Y está casado?

—No, es un soltero empedernido como yo.

—Vaya... así que no te gusta el compromiso.

—No es que no me guste, es que soy incapaz de llevarlo a cabo. Mi trabajo me obliga a viajar mucho y eso no hay relación que lo soporte.

—¿Y de qué conoces a ese tal Levy?

¡Mierda! ¿Otra vez con lo mismo? ¿No piensa dejar el tema de Levy y de la señal nunca o qué? Doy un mordisco a mi porción de pizza para tener algo de tiempo para pensar una mentira.

—Estudiamos juntos —digo al fin.

—Así que la rivalidad entre vosotros viene del instituto... ¿Qué pasó? ¿Él era el *quarterback* que se llevaba a todas las chicas y tú el cerebritito de la clase que no se comía un rosco?

—Más bien al revés —sonríó—. No sé si ofenderme o sentirme halagado por lo que acabas de decir.

—A mí me gustaban más los cerebritos, que conste.

—Entonces te aseguro que yo no te habría gustado nada.

—Las cosas cambian.

Me quedo mirándola sonriendo, porque sé que intenta provocarme de forma descarada. No puedo entrar en su juego aunque me encantaría hacerlo, es refrescante poder bromear con alguien que no sea el friki con alas de mi hermano.

—Así que ahora te gusto... —me oigo decir.

—Yo no diría tanto, grandullón, que aún no te conozco lo suficiente. Pero podrías llegar a gustarme.

—¿Y qué tengo que hacer para gustarte? —pregunto pasando mi brazo por el respaldo del sillón.

—Por lo pronto dejar de hacer lo que sea que intentas con ese brazo disimulado. No me gustan los ligones de tercera.

—¿De tercera? —bufo— Soy un ligón de primera categoría, nena. Que aún no hayas visto mis artimañas no quiere decir que sean de tercera.

—Si tú lo dices...

—Además, creo recordar que no hace mucho me dijiste que estabas interesada en echar un polvo conmigo —me jacto.

—Y después de eso fuiste un auténtico capullo y dejó de interesarme.

—*Touché*, preciosa. En mi defensa diré que ese trabajo me tenía muy cabreado ese día, tratar con muchos modelos es agotador. Normalmente todas quieren destacar para ganar popularidad y me toca a mí hacer de moderador cuando hay pelea de gatas.

—Qué machista ha sonado eso.

—No lo digo por machismo, Oly, sino porque más de una vez he vuelto

a casa literalmente arañado por meterme en alguna trifulca.

—¡Pobre Urian! ¡Que lo maltratan las modelos! —se burla.

—Ríete todo lo que quieras, pero te aseguro que es agotador.

—Hablando de agotador... debería irme a la cama, que me toca turno de mañana.

—Será mejor que me marche entonces —contesto levantándome—. Que descanses.

—Tú también... y ten cuidado con las gatitas esta noche, no vaya a ser que salgas escaldado.

—Muy graciosa...

Me agacho a darle un beso en la mejilla, pero en el mismo momento ella vuelve la cabeza y mis labios terminan sobre los suyos. Al principio Olivia se queda quieta, muy sorprendida, pero en cuanto la aprieto entre mis brazos ella responde echándome los suyos al cuello y pegando su pelvis a mis caderas. No debería besarla de esta manera, pero no puedo evitar enterrar la lengua entre sus labios y recorrer toda su cavidad lentamente, saboreándola, aprendiendo cada rincón para poder recordarlo en mis sueños más tarde. En cuanto Olivia gime con un suspiro me aparto de ella lo suficiente para recuperar por completo el control.

—Lo siento, no debería haberlo hecho —susurro.

—No, tranquilo... está bien, ha sido solo un accidente.

—Hasta mañana, Olivia.

—Hasta mañana.

Me quedo parado en la acera hasta que escucho cerrarse las dos cerraduras y me subo en mi coche con el pulso latiéndome a mil por hora. Un sudor frío perla mi frente y hasta me tiembla el pulso, algo que solo me pasó una vez: cuando dejé marchar a la anterior mujer de mi vida. Marco el número de Raquel sin pensármelo dos veces, pero al sexto tono de llamada

cuelgo y lanzo el teléfono sobre el asiento trasero del coche. ¡Maldita sea! ¡Necesito sexo de nuevo! Tengo que ir al local de Sarah aunque después de follar me sienta como una mierda por haber imaginado a Olivia en el lugar de la chica que ella me ofrezca esta noche.

Tras mucho pensarlo me acerco al local de Iván. Tal vez emborracharme me haga el mismo efecto que un buen polvo, y ese maldito demonio es el mejor logrando hacerme perder la consciencia. Aparco mi coche en la plaza reservada a los clientes *vips* y entro en el local a toda prisa. En cuanto Iván me ve aparecer sabe que algo no anda bien, así que sin mediar palabra me coge del brazo y me lleva a su despacho.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —pregunta— ¡Joder, mírate! Estás sudando y tienes temblores.

—Necesito alcohol, Iván. Mucho alcohol.

—Esa no es la solución y lo sabes. Puedo llamar a una de mis chicas...

—¿Has averiguado algo? —le interrumpo.

—No, Lucifer no ha querido decirle nada a mi madre si yo no volvía al redil, así que no.

—Cojonudo. Mi padre tampoco ha averiguado nada y mientras tanto yo me estoy consumiendo por completo.

—Voy a llamar a Alexandra —dice Iván levantándose.

—¡No! ¿Me oyes? —grito agarrándole del brazo— No pienso acostarme con ninguna mujer para después sentirme culpable porque no sea ella. El alcohol lo solucionará.

—¿Y qué pasa si no es así?

—Que no tendré más cojones que claudicar. Pero no pienso rendirme sin luchar contra esta maldición.

Iván asiente, deja delante de mí una botella de whisky y me deja solo. Ni siquiera sé cuánto tiempo me paso en esa habitación bebiendo y pensando

en Olivia y en todo lo que me hace sentir, lo único que sé es que ahora mismo estoy completamente borracho. Enfoco un poco la vista para ver a una despampanante rubia contonear sus caderas sobre mis piernas, y la tira blanca del tanga que lleva puesto está llena de billetes de un dólar. Restriega su enorme culo sobre mi polla, que está fuera de mis pantalones, y la veo apartar sus bragas para empalarme dentro de ella. La aparto de un empujón e intento levantarme, pero todo me da vueltas y termino cayendo sobre el sofá una vez más.

—Mierda —farfullo.

La chica vuelve a sentarse sobre mis piernas y me agarra la cabeza para meterme la lengua en la boca, pero la aparto de un empujón para impedirselo.

—¡Suéltame, joder! —protesto.

Me levanto con dificultad y consigo llegar a la puerta, pero tras un par de pasos más tengo que detenerme para volver a enfocar bien mi visión, que ahora mismo es un auténtico caos sin control.

—Creo que has bebido demasiado, Urian —dice Iván acercándose a mí—. No deberías salir así.

—Estoy bien... solo quiero irme a casa.

—No puedes conducir en ese estado, tío. Será mejor que te quedas a dormir en una de las habitaciones.

—No... me voy a mi casa.

Vuelvo a levantarme, y sosteniéndome a la pared logro dar unos cuantos pasos, pero la cortina de perlas negras de la estancia me ataca como si fuese un pulpo gigante a punto de engullirme y termino repantigado en el suelo una vez más. Escucho el resoplido de Iván antes de que me levante del suelo y me sirva de apoyo, pero en vez de llevarme a mi casa me conduce hasta los reservados.

—¿Dónde me llevas? —balbuceo.

—A dormir la mona, no estás en condiciones de irte solo a casa.

Aparto sus manos de un manotazo y me dirijo con paso inestable hasta la puerta del local. El aire fresco de la noche logra aliviar la angustia que siento, y levanto la mano esperando que pare el primer taxi en pasar por esta zona de la ciudad. Cierro un momento los ojos al dejarme caer sobre el asiento y cuando los abro estoy parado delante de la puerta de mi casa y mi hermano se acerca con gesto preocupado.

—¿Cómo sabías dónde vivo? —pregunto con un hipido al taxista.

—Tu amigo el del bar me lo dijo, y creo que ha llamado a alguien para que te ayude a llegar a la cama.

—¿Es que te has vuelto loco? —Es lo primero que me dice mi hermano al abrir la puerta del taxi.

—Necesitaba olvidarla.

—Emborracharte no es la solución.

—Ya lo sé, Ray... porque ahora está en toda mi jodida cabeza.

Capítulo 10

El alcohol causó anoche estragos en mi lucidez, pero no sirvió de nada a la hora de ahogar las ganas de follarme a Olivia. Para lo que sí ha servido es para levantarme esta mañana con un dolor de cabeza insoportable y unas terribles ganas de vomitar. Tras llamar a Martin para decirle que estoy enfermo me tumbo en el sofá con un cubo al lado por lo que pueda pasar, pero el capullo de mi hermano irrumpe en mi casa como si fuese la suya.

—Hoy no, Ray —protesto.

—Debería dejarte sufrir por gilipollas. Vaya nohecita me has dado.

No recuerdo absolutamente nada... pero por lo que parece Ray ha pagado las consecuencias de mis actos. Mi hermano se arrodilla a mi lado y pone sus manos sobre mi pecho, pero se las aparto de un manotazo.

—¿Estás loco? —protesto— ¡No puedes curarme!

—¿Por qué no? Ese es mi poder, ¿no? Curar a los humanos y tú lo eres.

—Te recuerdo que soy un puto ángel caído, y por si eso fuera poco Dios me tiene en el punto de mira. Si me curas Él lo sabrá y descubrirá que vienes a verme.

—Joder, no lo había pensado.

—¿Por qué no me sorprende? —Suspiro y me paso el brazo por los ojos para impedir que la luz del sol que entra por la ventana me moleste—. ¿Qué pasó anoche?

—Cogiste una borrachera de campeonato y no quisiste quedarte a dormir en el local de Iván, así que te mandó a casa en un taxi y me llamó. Ni siquiera podías ponerte de pie, capullo. Que no se vuelva a repetir o te juro que te dejaré tirado donde estés.

—Lo siento, Ray, pero necesitaba olvidarla.

—Cosa que no lograste, dicho sea de paso, y me tocó a mí escuchar todas sus jodidas perfecciones.

Sonríó al imaginarme a mi hermano escucharme hablar durante horas sobre Olivia. Jódete, capullo, te la debía y me la cobré con creces.

—Busca en Internet un remedio para la resaca —pido—, que eso sí puedes hacerlo.

—Aquí dice que el mejor remedio es no beber alcohol —ríe mi hermano al cabo de un rato frente a la pantalla—. Se supone que si se busca un remedio es porque ya lo has bebido, ¿no?

—Sigue buscado.

—No hay milagros caseros, Ury, ya deberías saberlo. Aquí pone que la vitamina C y comer plátanos ayuda. Voy a hacerte un batido de naranja y plátano a ver.

—Vomitareé.

—Es una opción.

—Sigue buscando otra cosa.

—Ya te he dicho que no hay milagros caseros. Es más, ni siquiera puedes tomar ibuprofeno porque aquí dice que puedes tener problemas hepáticos.

—Soy inmortal —protesto.

—¿Quieres vivir una eternidad padeciendo dolores abdominales, vomitando y con fatiga crónica?

—Muy bien, hazme ese batido milagroso. Pero si vomito lo limpiarás

tú.

—Si vomitas te joderás y lo limpiarás tú solito, que para eso es tuyo.

Veo a mi hermano trastear en la cocina y al cabo de un rato y el ruido infernal de la batidora me trae el dichoso batido. Su color parduzco y su espesor me revuelven el estómago, pero me lo tomo a pequeños sorbos hasta que por fin Ray me quita el vaso de la mano.

—Ahora date una ducha templada y métete en la cama —ordena—, no creo que hoy vayas a poder hacer mucho más que eso.

—Tengo muchas cosas que hacer.

—Ya le has dicho a tu ayudante que no vas a trabajar, ¿qué más tienes que hacer?

Le miro con una ceja arqueada y suspira.

—¡Ah, claro... la chica! —exclama.

—Sí, Ray, la chica. Tengo que averiguar quién es y por qué tiene ese colgante, ¿recuerdas?

—Tampoco es que se vaya a terminar el mundo porque esperes un día más para averiguarlo, ¿sabes?

—Pero cuanto antes lo haga antes terminará todo esto.

—Entonces yo me encargo.

—¿Tú cómo te vas a encargar? No deberías acercarte a ella. Si conoce a los ángeles sabrá qué eres y estaremos jodidos.

—Pues vas a tener que joderte y esperar, tío. Y hazme un pequeño favor, ¿quieres? No vuelvas a beber, que te pones insoportable cuando tienes resaca.

Mi hermano se marcha dejándome solo de una maldita vez. Me levanto del sofá y me doy una ducha para quitarme el hedor de la borrachera antes de hacerle caso y meterme en la cama. Cuando me despierto ya es noche cerrada y veo que la luz de las llamadas en mi móvil está encendida. Me sorprende

ver un número que no conozco, pero al abrir el whatsapp se me hieló la sangre al descubrir que ese mismo número me ha mandado una foto de Olivia desnuda en la ducha. Me levanto a toda prisa y llamo a mi hermano a gritos mientras me pongo los vaqueros y salgo a correr. En cuanto mi hermano me intercepta en la carrera solo tengo que decirle su nombre para que desaparezca y vaya en su ayuda.

Cuando llego a casa de Olivia veo a Raciél disfrazado de policía tomándole declaración. Está tan pálido como un fantasma y le tiembla todo el cuerpo, pero está sana y salva. En cuanto me ve se quita la manta que tiene sobre los hombros y se lanza a mis brazos sollozando.

—¿Qué coño ha pasado aquí? —pregunto a mi hermano.

—Un chico se ha colado en el domicilio de la señorita —contesta muy metido en su papel—. Ya ha sido puesto a disposición judicial.

No tengo que preguntar dónde está el muchacho. Raciél lo tendrá retenido en alguna parte para poder interrogarle después, así que abrazo a Olivia con fuerza.

—He pasado mucho miedo, Urián —susurra—. Creí haber cerrado la puerta del balcón, pero...

—Deberías quitar esa maldita reja del lateral de la casa —digo—. Da demasiadas facilidades para entrar.

—Mañana mismo contrataré a alguien que lo haga.

—Puedo ayudarte yo, si quieres.

—Claro, gracias.

Se aparta de mí y se pone bien la ropa antes de volverse hacia Raciél.

—Gracias por todo, agente. Si tengo que hacer declaración...

—No creo que sea necesario, señorita. A fin de cuentas solo era un chaval con ganas de hacer trastadas, creo que podremos enderezarle.

Mi hermano se marcha y acompaña a Olivia a la casa. La dejo sentada

en el sofá y tras subir un poco la calefacción le preparo una infusión que la ayude a dormir esta noche.

—Bébetelo esto —ordeno—. Te ayudará a dormir mejor.

—¿Te quedarás?

—Me quedaré. No sé por qué me da que todo esto es una treta tuya para que me quede a dormir contigo todas las noches... —bromeo.

Consigo lo que buscaba, que una tímida sonrisa asome a sus labios, y permanecemos en silencio hasta que Olivia se toma la infusión.

—Vamos, a la cama —sugiero.

Me levanto y la ayudo a ponerse de pie para acompañarla a su habitación. Aprovecho que ella se mete en el cuarto de baño para buscar el dichoso colgante, pero ha desaparecido.

—¡Mierda!

Olivia sale en ese momento ataviada con un pijama demasiado infantil para mi gusto y me mira con curiosidad.

—¿Qué ocurre? —pregunta.

—Que el gilipollas que ha intentado entrar ha roto la cerradura de la puerta del balcón —disimulo mirando el picaporte—. Mañana tendré que cambiarlo también.

—Gracias por todo, Urian, de verdad. Siempre estás ahí cuando más te necesito.

Olivia se acerca y tras apoyar sus pequeñas manos sobre mi pecho se pone de puntillas para pegar sus labios a los míos. Intento resistirme y no devolverle el beso, pero es demasiado difícil hacerlo cuando todo mi cuerpo está gritando por hacerle el amor. Sin embargo, permanezco quieto, y aunque el sudor corre por mi espalda debido al esfuerzo titánico que estoy haciendo me limito a rozar sus labios un par de veces antes de apartarme.

—Debería irme abajo —susurro.

—Sí, creo que será lo mejor —contesta apartándose.

—¿Estarás bien?

—Sí, no te preocupes. Buenas noches.

—Buenas noches.

Bajo las escaleras aún mareado y me dejo caer en el sofá junto a mi hermano, que vuelve a vestir con su estrafalaria ropa de siempre.

—¿Cómo está? —pregunta.

—Más calmada.

—Pero veo que tú no.

—Me ha besado otra vez, Ray, y estoy a un pelo de follármela.

—Sabes que no puedes hacerlo.

—¿Y crees que por saberlo contenerme es más fácil?

—Ve al local de Sarah, me quedaré con ella mientras tanto si quieres.

—¿Y si se despierta?

—No lo hará.

—¿Qué has averiguado del muchacho?

—No recordaba nada. Es un joven ejemplar, con buenas notas y un expediente académico impoluto. Tal vez tomó algún tipo de droga y sus amigos le animaron a hacerlo. No creo que tenga ninguna relación con nosotros.

—¿Y por qué me mandó a mí la foto?

—No tengo ni idea. Quizás cogió el teléfono de Olivia y pensó que eras su novio. Te tiene como contacto de emergencia, ¿sabes?

—No tenía ni idea —reconozco.

—De todas formas lo mantendré vigilado. Tal vez logremos sacar algo en claro de todo esto por la mañana.

—Muy bien —digo levantándome—. Entonces te tomaré la palabra. Llámame si ocurre algo, ¿de acuerdo? Sea lo que sea.

—Vete tranquilo, no se despertará.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque papá debe estar con ella ahora mismo.

Asiento y cojo mi cazadora para marcharme. Joder, es lo último que quiero hacer, pero necesito follar de inmediato o creo que voy a volverme completamente loco. En cuanto llego al local, Sarah me mira con una sonrisa.

—¡Pero mira quién ha vuelto! —exclama abrazándome— Te he echado de menos.

—Yo también a ti.

—¿Cómo van las cosas con la chica?

—Complicadas, muy complicadas.

—Es por todo lo que está pasando con ella, ¿verdad?

—Lo es. Todo el misterio que hay a su alrededor no me pone nada fácil dormir por las noches.

—Solo te queda esperar, Urian.

—Eso me temo, y ya sabes que yo soy un hombre de acción.

—Pues puedes empezar por calmar esa adicción para empezar. ¿Es que no te has mirado últimamente en un espejo, Urian? Estás hecho un asco.

Me miro en el espejo del despacho para comprobar que tiene razón. Tengo unas ojeras que casi me llegan a los huevos y me hace falta un buen afeitado y un corte de pelo.

—Joder, doy asco —susurro.

—Un poco, sí. Vamos, ven a mi habitación, allí podré adecentarte un poco.

Sigo a mi amiga por los corredores hasta una zona apartada del local. Se trata de una habitación con sala de estar y cuarto de baño, bastante amplia y muy diferente del resto. En cuanto Sarah cierra la puerta tras de sí me hace sentarme en una silla y me pasa una toalla alrededor de los hombros.

—Echa la cabeza hacia atrás —ordena.

Obedezco sin rechistar y dejo que me corte el pelo. Cierro los ojos con un suspiro porque hacía mucho tiempo que nadie se preocupaba así por mí, y la verdad es que lo echaba de menos. Una hora después parece que mi aspecto ha mejorado bastante, y Sarah me mira con satisfacción antes de quitar la toalla de mis hombros.

—Esto está mejor —susurra—. Ahora no pareces un vagabundo.

—¿Un vagabundo, en serio? —protesto.

—Con esa barba y ese pelo podrías haberte infiltrado muy bien en un albergue.

—Prometo no volver a dejar tanto mi aspecto, ¿contenta?

—Lo estaré cuando me cuentes por qué no has vuelto desde hace días.

—Sabes que no tienes el único prostíbulo de la ciudad, ¿verdad?

—También sé que en todo el tiempo que llevamos conociéndonos jamás has ido a otro local que no sea el mío.

—He ido alguna vez al local de Iván...

—Dudo que hayas terminado satisfecho.

—¿Por qué coño me conoces tan bien, Sarah?

—Porque soy tu amiga, por eso. Y ahora confiesa.

—Es cierto que llevo un par de días sin sexo, pero me acosté la otra noche con una de las modelos con las que trabajo. Hace tiempo que nos conocemos y es una mujer tan fría que dudo mucho que termine cayendo en la adicción.

—¿Estás seguro de eso?

—Monique tiene un témpano de hielo donde debería tener el corazón, Sarah, no te preocupes.

—Muy bien, no pregunto más. ¿Te preparo una chica?

—¿Sabes? Creo que esta noche me conformo con la sesión de belleza

—contesto levantándome y besándola en la mejilla.

—¿Estás seguro? Nunca te había visto contenerme así.

—Nunca me habías visto enamorado. Nos vemos otro día, preciosa —
susurro besándola en la mejilla.

—Ten cuidado, Urian. Resistirse a los designios de Dios puede ser muy
peligroso.

—No es la primera vez que lo hago.

—Pero sí es la primera vez que a ella la rodea tanto misterio.

Capítulo 11

Me ha sido imposible pegar ojo esta noche. No he podido apartar de mi cabeza la sensación de peligro que me acecha desde hace unos días. Tal vez sea por Levy, pero algo me dice que el peligro es mucho más grande que el de ese ridículo demonio de pelo engominado y espantoso gusto musical. Anoche decidí dejarle una nota a Olivia disculpándome por haberme tenido que ir temprano, pero no tenía fuerzas ni ganas de pensar en una excusa creíble a mi cambio de look repentino.

Después de contratar a un hombre que se ocupe de deshacerse de la dichosa enredadera de pared a primera hora, mis pies me han llevado esta mañana al zoológico, a ver si los animales logran calmar un poco las taquicardias debidas a la abstinencia. La zona de los pájaros es relajante y me siento en uno de los bancos que hay junto a la jaula de los colibríes con los ojos cerrados.

—Veo que necesitas concentración.

Sonríó al oír la voz de Raquel y abro un ojo para mirarla antes de volver a cerrarlo.

—Ahora mismo necesito mucha paz, la verdad —contesto.

Mi amiga se sienta a mi lado y permanecemos un rato así, en un confortable silencio compartido roto únicamente por el trino de los pájaros.

—¿Vas a contarme de una vez qué te pasa? —pregunta Raquel al cabo de un rato.

—Intento controlar la abstinencia.

—Creo recordar que no es la primera vez que lo intentas y siempre ha sido en vano.

—Lo sé, pero tal vez esta vez sea distinto.

—¿Y por qué iba a serlo?

—Intento ganarle.

—¡Vamos Urian! Sabes de sobra que eso es imposible.

—Lo es si no lo intento.

—¿A qué viene todo esto? Es porque has conocido ya a la nueva chica, ¿verdad?

—¿Es que todos lo sabéis?

—Las noticias vuelan. También sé que esta vez ella es especial.

—¿Te lo ha dicho mi hermano?

—No, me lo ha dicho Iván.

—¿Conoces a Iván? —pregunto sorprendido.

—Desde hace tiempo. Tuvimos un pequeño lío cuando yo aún era un ángel y... bueno, ya conoces las consecuencias.

—Así que fue por eso... Nunca me lo habías contado.

—Tampoco es que hayas preguntado el motivo.

—Tienes razón —reconozco un poco avergonzado.

—Si quieres puedo ir a conocer a esa chica tan interesante. Tal vez sea capaz de reconocer el colgante.

—Dudo mucho que lo hagas, mi padre está investigando y aún no ha encontrado nada sobre ello.

—¿Tu padre te está ayudando? —pregunta sorprendida.

—Increíble, ¿eh? Resulta que ahora sí quiere ayudar a su hijo.

—Entonces la cosa debe ser mucho más grave de lo que aparenta.

—Tiene un colgante de arcángel, puedo entrar en sus sueños, aunque no pueda modificarlos, y una vez logró verme dentro de uno de ellos.

—Espera, ¿qué? Eso es imposible, Ury.

—Puede que lo sea, pero lo hizo. Me miró fijamente y me desperté.

—Quizás era tu propio sueño, ¿te lo has planteado?

—Mil veces, y es la explicación más lógica, te lo aseguro. Pero con Olivia nada es lógico.

Siento la mano de mi amiga resbalar por mi mejilla hasta el cuello y abro los ojos interrogante.

—Tienes fiebre y estás sudando —contesta mostrándome un pañuelo empapado—. Será mejor que eches un polvo, Ury, o vas a terminar muy mal.

—Quizás termine muerto después de todo.

—¿Eso es lo que crees? ¿Que te va a dejar morir así porque sí?

—No, supongo que no —contesto levantándome—. Pero no pienso volver a acostarme con una mujer, Raquel. Está decidido.

—¿Pero por qué?

—Cuando lo he intentado he terminado imaginándola a ella. No creo que eso sea justo para ninguna de las partes implicadas.

—Quizás puedas barajar la posibilidad de hacerlo con un ángel. Al menos así sabrás que no va a terminar como una puta cabra.

—Acostarme con un ángel me llevó a este lío.

—Pero ahora eres un ángel caído, ¿verdad? No es lo mismo.

—¿Te estás ofreciendo voluntaria? —pregunto con una sonrisa.

—Puede.

Tiro de ella hasta pegarla a mi cuerpo y uno mis labios a los suyos. No me había dado cuenta de lo mucho que arde mi cuerpo, de las ganas que tengo de follarme a una mujer, del ritmo errático de mi corazón desbocado.

Raquel me lleva de la mano hasta una puerta que hay tras una de las jaulas y me conduce por unos pasadizos hasta sus dominios. En la esquina más apartada de la clínica hay un sofá algo destartalado en el que me deja caer antes de sentarse a horcajadas sobre mí.

—Quiero preguntarte algo antes de seguir —digo apartándola de mi cuello.

—¿Justo ahora?

—Justo ahora.

Ella asiente y deja su ataque para mirarme con evidente impaciencia.

—¿Por qué te acostaste con Iván?

—Porque sentía curiosidad.

—¿Solo curiosidad?

—¡Pues claro! Era un ángel con mucho tiempo libre que había escuchado infinidad de veces la historia de los dos amantes que habían pecado.

—¿Y aun así decidiste hacer una gilipollez como esa?

—Qué quieres que te diga... me gusta más La Tierra que el cielo...

Sonrío y vuelvo a atacar su boca, esta vez sin contenerme en absoluto. Cabía la posibilidad de que lo hubiese hecho porque estaba enamorada de mi amigo, en cuyo paso habríamos cambiado los planes de sexo por otros mucho menos divertidos. Las manos de Raquel están por todo mi cuerpo, o al menos eso es lo que me parece en este preciso momento. Las mías suben por sus costillas hasta encontrar el cierre de su sujetador y de un solo movimiento dejo sus tetas al aire. No son como las de Olivia, grandes y suaves, sino mucho más pequeñas, y me meto una de ellas por completo en la boca para jugar con su pequeño pezón.

Raquel echa la cabeza hacia atrás con un suspiro y tira de mi pelo, pero continúo con mi ataque hasta que la pequeña perla rosada florece como por

arte de magia.

—Mmm... mira lo que tenemos aquí... —susurro.

Atrapo el pezón entre los dientes y lo muerdo despacio, consiguiendo que un gemido escape de su garganta. Raquel se retuerce intentando que mi polla roce su clítoris a través de mis vaqueros y sus mallas, y siento que voy a explotar de un momento a otro si no para.

Me giro hasta tenerla sentada a ella en el sofá y me deshago de sus pantalones y sus bragas, dejando su pequeño coñito depilado al descubierto. Mi aliento entra en contacto con sus labios un segundo antes de que mi lengua lo haga y Raquel se tensa a la espera de más. Cierro los ojos para no pensar en Olivia, en lo maravilloso que sería hacer esto con ella y en lo culpable que me siento ahora mismo por acostarme con Raquel, pero todo es inútil.

Raquel me aparta al ver mi incomodidad y se sienta con las piernas cruzadas a mirarme.

—Lo siento —digo realmente avergonzado.

—No lo sientas, es una chica con suerte. ¿Y qué vas a hacer ahora?

—No tengo ni idea. Supongo que intentar aguantar el tipo todo lo que pueda antes de suplicar clemencia.

—Tú no eres de los que suplican, Ury. Nunca lo has sido.

—Tienes razón, pero te aseguro que por ella merece la pena el esfuerzo.

Salgo de la clínica dejando a una Raquel pensativa y me voy al local de Iván a tomarme una copa. Al menos lo poco que he hecho me ha servido para calmarme lo suficiente como para poder seguir adelante, y tal vez con un par de copas consiga dormir hasta mañana. Mi amigo se sorprende al verme aquí tan temprano y se acerca de inmediato apartando a las dos chicas que intentan acaparar su atención.

—¿Qué ha pasado? —pregunta nada más verme.

—Querrás decir qué coño no ha pasado... no he podido follarme a una mujer, Iván. Estoy muy jodido.

—¿Cómo que no has podido? ¿Has tenido un gatillazo?

Le miro con una ceja arqueada y él rompe en carcajadas.

—¡Oye, que a los humanos les pasa! —se defiende.

—¿Tengo que recordarte que yo no lo soy?

—¿Entonces por qué coño no has podido?

—No podía quitarme a Olivia de la cabeza.

—¡Vamos, no me jodas, Urian! Eres como un vampiro que solo puede seguir vivo si se alimenta de sexo. Debes hacerlo, no es algo que puedas elegir y lo sabes.

—¿Acabas de compararme con un vampiro?

—¡Sí, porque eso es exactamente lo que eres! ¿Crees que a los vampiros de Crónicas Vampíricas les hacía gracia beberse la sangre de sus amigos humanos? Pues no, pero si no lo hacían se morían.

—¡Joder, qué friki eres! —bufo— Y yo no me voy a morir por no follar.

—No lo sabes, nunca has estado demasiado tiempo sin hacerlo.

—¡No puedo quitarme la sensación de que estoy siéndole infiel!

La cara de asombro de mi amigo casi me hace echarme a reír... casi.

—¿Estás saliendo con ella y me lo he perdido? —pregunta.

—No, pero...

—Pero nada. Tú no le debes nada a ella, ni ella a ti, ya que estamos. Eres completamente libre de hacer lo que te dé la gana y si tienes que echar un polvo con una desconocida para poder sobrevivir lo haces.

—Pero solo la veo a ella.

—¿Y qué? tampoco le debes nada a la mujer con la que lo hagas,

¿verdad? Las mujeres de Sarah son putas, Urian. Cobran por hacer feliz a los clientes, y tú eres uno de esos clientes.

—Mira, la adicción al sexo es una enfermedad y puede tratarse.

—Sí, en humanos y cuando no viene de la mano de Dios.

—Tal vez si me trato con un especialista pueda controlarlo, Iván.

—¿Eso crees? ¿Que un sicólogo mortal va a ser más poderoso que el mismísimo Dios?

—Claro que no, pero al menos debo intentarlo.

Apuro mi copa y vuelvo al zoo para disculparme con Raquel por lo que ha pasado hace unas horas. La encuentro en el hábitat de la serpiente, sentada junto a un árbol observando cómo una enorme pitón albina trepa por su pierna desnuda.

—¿No te da miedo? —pregunto— Dicen que es la aliada de Satán.

—Son solo habladurías —contesta levantándose—. Todos los animales son extraordinarias criaturas de Dios.

Raquel besa a la serpiente en la cabeza antes de colgarla en la rama más cercana y dirigirse a la puerta de la jaula.

—Así que has vuelto... —dice mirándome con curiosidad.

—Sí, vengo a pedirte perdón por lo de antes.

—No tienes que hacerlo, entiendo perfectamente lo que ocurrió.

—He estado hablando con Iván y me ha hecho pensar.

—¿En serio? ¿Y qué te ha dicho ese degenerado?

—Bueno... me ha dicho algo así como que soy un vampiro cursi y que debo alimentarme para sobrevivir.

—Él y sus excentricidades.

—El caso es que he pensado que tal vez un profesional pueda ayudarme.

—¿Un profesional?

—Los humanos se curan de su adicción al sexo, ¿no?

—Sí, pero lo tuyo es mucho más complicado que eso.

—No digo que yo vaya a curarme, Raquel, pero tal vez pueda controlar la adicción lo suficiente como para poder resistirme a ella.

—¿Y qué ganarás con eso?

—Evitar que Olivia me odie por lo que soy.

Capítulo 12

Hace un par de días que no veo a Olivia y me va a estallar la cabeza. Literalmente. El dolor empieza a ser insoportable y tengo horribles pesadillas que me impiden descansar como debería, mucho menos pensar con claridad. Por suerte dentro de un par de horas tengo cita con el doctor Ayton para empezar a tratarme. Con un poco de suerte en pocos días podré interactuar con ella aparentando normalidad.

El batir de las alas de mi hermano interrumpe el sonido de la cafetera, que desprende un delicioso y humeante aroma a café recién hecho. Ignoro a Ray para entrar en la cocina y servirme una taza antes de sentarme en la mesa del salón con el periódico.

—¿Te pasa algo? —pregunta mi hermano dejándose caer a mi lado.

—Me duele la cabeza.

—Te ayudaría, pero hay unos analgésicos infalibles para eso.

—¿Estás aquí por algo en particular?

—La verdad es que no. Solo he venido para ver cómo estás.

—Pues estoy bien y a punto de salir, así que...

—¿Sigues con esa estúpida idea de ir a ver a un sicólogo?

—¿Me has estado espiando?

—Es difícil no oírte dentro de mi cabeza, ¿sabes?

—Es tan fácil como desconectarte de la mía, Ray.

—Si lo hago no sabré cuándo estás en peligro.

—No necesito que me defiendas de nada. Sé cuidarme yo solo.

—Con estas gilipolleces que se te ocurren últimamente dudo mucho que seas capaz de hacerlo, sobre todo cuando pierdas el control.

—No voy a perder el puto control.

—¿No? Mírate. Aunque intentas aparentar serenidad estás sudando. Te tiembla el pulso hasta el punto que dudo mucho que puedas leer ese periódico, y por si eso fuera poco la cabeza va a estallarte en cualquier momento.

—No estoy tan mal.

—Sí lo estás. Y si sigues así terminarás por tener fiebre y delirios, y entonces no serás capaz de contenerte y tal vez termines por hacer algo de lo que luego te arrepientas.

—No seas melodramático, Ray.

—No lo estoy siendo, solo te advierto. Tu estúpida decisión de no acostarte con nadie va a terminar por costarte la vida.

—Al menos así lograré morirme de una puta vez.

No veo venir el puño de mi hermano que se estampa de lleno contra mi boca.

—¿Pero tú de qué coño vas? —pregunto pasándome la mano por el labio ensangrentado.

—Como vuelvas a decir eso no me conformaré con partirte la boca.

—¡Es preferible la muerte a seguir viviendo así, joder! ¿Crees que es fácil depender por completo de las ganas de follar? ¿Crees que se vive de puta madre follando a cada momento? ¡Pues te equivocas, es una auténtica pesadilla!

—¿Y por qué coño te acostaste con Lailah?

—Porque era joven y estúpido, por eso. Creía que yo tenía razón y que él se equivocaba.

—¿Y ahora?

—Ahora pienso las cosas antes de hacerlas.

Mi hermano parece convencido con mi respuesta y se sienta en el sofá a ver los deportes. Yo me levanto de mi sitio y me pongo la cazadora para salir.

—No te dejes la puta televisión encendida cuando te vayas, Ray. Ya me cuesta bastante pagar las putas facturas.

La consulta del doctor Ayton está situada cerca de *Ritchmond Hill*, en *Queens*. El edificio se alza en medio de una plaza rodeada de árboles bastante transitada, y aunque me siento un poco estúpido por estar aquí con la esperanza de controlar mi adicción me dirijo con paso decidido a la entrada. En cuanto llego a la séptima planta la recepcionista me mira con una sonrisa.

—Buenas tardes. ¿Me dice su nombre, por favor?

—Lazard —contesto—. Urian Lazard.

—Muy bien, señor Lazard, espere en la sala de espera, en seguida le harán pasar a la consulta.

Entro en la habitación y me siento junto a la ventana. Aparte de mí hay un par de mujeres y un hombre, todos entretenidos leyendo las revistas pasadas de fecha que suele haber en estos sitios. Estoy algo nervioso y no puedo dejar de mover la pierna de manera impulsiva, y los minutos pasan en el reloj a una velocidad desesperantemente lenta. Cuando estoy a punto de levantarme y mandarlo todo a la mierda sale una mujer vestida de enfermera y dice mi nombre, así que suspiro y entro en la consulta.

Martin me aconsejó esta consulta, pero se le olvidó contarme que la sicóloga es una preciosa mujer de no más de treinta años con un cuerpo de infarto y una sonrisa preciosa. Maldigo en silencio pero me siento frente a su escritorio sin decir ni una palabra hasta que ella deja el bolígrafo sobre el informe que está redactando.

—Soy la doctora Sloan Ayton. Usted debe ser el señor Lazard.

—Por favor, llámeme Urian.

—Muy bien, Urian, ponte cómodo en el sofá —dice levantándose de su asiento.

Obedezco y permanezco con las piernas cruzadas mirando por la ventana hasta que ella se aparta del mueble en el que lleva un rato trasteando y se sienta en un pequeño sofá frente a mí.

—Cuéntame qué te ocurre.

—No es fácil hablar de esto...

—Si no me dices lo que te pasa no podré ayudarte, Urian.

—Soy adicto al sexo.

Ella permanece mirándome por encima de sus gafas plateadas y escribe algo en su blog antes de dejarlo a un lado y mirarme fijamente.

—¿Te ha vito algún otro especialista antes que yo?

—Eh... no, claro que no.

—Entonces déjame a mí el diagnóstico. Averiguaremos lo que te pasa, pero por ahora solo quiero que me cuentes cómo te sientes al respecto.

—Siento la necesidad urgente de acostarme con una mujer y cuando lo hago no consigo saciarme. Siempre estoy pensando en el sexo, y si paso más de un día sin practicarlo siento como si estuviese sufriendo el síndrome de abstinencia. Sudor frío, temblores, dolor de cabeza...

—Entiendo. Pero verás, solo se considera una auténtica adicción cuando ese deseo irrefrenable interfiere en la vida cotidiana, es decir, cuando no se puede llevar una vida normal, y creo que ese no es el caso.

—No, es cierto. Me cuesta mucho, pero logro seguir con mi vida a pesar de ello.

—Tu trastorno puede deberse a muchas causas, debemos descartar algunas para dar con el motivo definitivo.

Yo ya sé el motivo, pero no creo que ella esté preparada para

enfrentarse a algo como “verá, doctora, el motivo es una sentencia divina, así que no le servirán ninguna de sus causas”, por lo que permanezco en silencio mientras ella toma notas.

—¿Tomas medicamentos para el *Parkinson*?

—No, por supuesto que no.

—Existen casos de enfermedad temprana, no te sorprendas tanto. ¿Has sufrido alguna lesión cerebral por la que tengas que medicarte?

—No.

—En ese caso descartaremos las causas farmacológicas. Verás, Urian, la dopamina es un neurotransmisor implicado en el placer y el esfuerzo; nuestro organismo la segrega cuando comemos, cuando consumimos algunas sustancias o cuando tenemos un orgasmo.

La miro atentamente intentando no pensar en las ganas que tengo de tumbarla en la alfombra, levantarle esa estúpida falda de tubo y follármela hasta perder la cabeza.

—Cuando una persona se vuelve adicta a una conducta o estímulo, adquiere una dependencia y desarrolla también tolerancia al objeto de adicción —continúa—; esto significa que para obtener el mismo efecto fisiológico requiere una dosis cada vez mayor. Es por eso que no te sientes satisfecho tras el acto sexual, porque necesitas más cantidad de dopamina cada vez.

Asiento sin apartar la vista de sus ojos. Ella toma algunas notas antes de volver a fijarse en mí.

—Hay varios tratamientos, pero empezaremos por una terapia cognitivo-conductual.

—¿Y eso en qué consiste?

—Consiste entrenar a la persona para que sea capaz de reflexionar acerca de su propia manera de pensar y plantearse qué puntos son

conflictivos y cuáles no lo son.

—¿Y crees que eso servirá?

—Bueno, lo sabremos si tras unas cuantas sesiones dejas de mirarme como si quisieras tumbarme sobre el escritorio —contesta con una sonrisa.

—En realidad es sobre la alfombra —digo algo avergonzado.

—Si esta terapia no funciona buscaremos otra que sí lo haga, Urian. — Alarga su brazo y me aprieta la mano—. No te preocupes, te ayudaré a terminar con tu problema, te lo prometo.

Salgo de la consulta animado, aunque eso no implique que me sienta mucho mejor que esta mañana. Decido volver a casa andando para que el frío de invierno que domina la ciudad logre calmar el ardor, pero pasadas un par de manzanas me detengo en seco al ver a Olivia a través del escaparate de una cafetería. Está sentada con un hombre de unos treinta años que se la está comiendo con la mirada, y de pronto crece en mí un sentimiento de posesión tan primitivo que casi termina por ahogarme. <<Mía>> grita mi mente enfermiza. Antes siquiera de pensarlo estoy entrando en la cafetería y acercándome a ellos con paso decidido.

Cuando Olivia me ve me dedica una sonrisa de oreja a oreja que me tranquiliza un poco, pero no es ella quien me preocupa, sino el gilipollas que está sentado junto a ella, que claramente me ve como a un rival a derrotar. En cuanto estoy junto a su mesa beso a Olivia en la mejilla, un beso que nada tiene de inocente y sí mucho de intencionado, y tras coger una silla de la mesa de al lado la planto deliberadamente entre ellos y me siento con aire despreocupado.

—¿Qué haces por aquí? —pregunta Olivia apoyándose en los codos.

—He pasado por la puerta y te he visto, así que he decidido entrar a saludar.

—Déjame que te presente a Braith, un compañero del trabajo. Braith, él

es Urian, un buen amigo.

Le tiendo la mano sin apartar la mirada de él. Hay que reconocer que el tío tiene cojones, porque me reta con la mirada, pero al cabo de un rato aparta la vista dedicándole una sonrisa a Olivia que de buena gana le borraría a puñetazos.

—Él es quien me salvó del tipo ese que me acosó al salir del trabajo hace un par de meses —aclara Olivia.

—Así que eres a quien tenemos que darte las gracias por salvar a la chica más bonita del hotel —contesta Braith sin dejar de mirarla.

—Fui afortunado de encontrarme con ella —contesto acariciando levemente la mejilla de Olivia—. Tengo la sensación de que va a ser mi salvación.

Lo he dicho para fardar, pero algo en mi interior me dice que esa afirmación es completamente cierta. Quizás Sarah tenga razón, quizás ella sea quien me salve de mi propia condena, y aunque me cueste la vida voy a respetarla como si realmente fuese mía. Porque no sería capaz de ver en sus ojos la decepción si llegase a enterarse de que a pesar de lo que hay entre nosotros voy por ahí follándome a la primera que se me pone por delante. Porque es innegable que hay algo entre nosotros y ella lo sabe tan bien como yo aunque yo me haga el loco.

Tras unos minutos Olivia se levanta y me besa en la mejilla para despedirse de mí.

—Debo irme, necesito llegar a casa y darme una ducha antes de dormir hasta mañana —dice poniéndose el abrigo.

—Te acompaño —se ofrece el gilipollas.

—No hace falta —contesto levantándome también—. Yo vivo cerca y también voy para allá.

Tengo que aguantarme las ganas de sonreír con superioridad cuando el

gilipollas aprieta la mandíbula e inspira con fuerza. Chaval, soy unos cientos de años mayor que tú y me conozco todas las tretas que se puedan usar para llevarse a una mujer a la cama, y te aseguro que a la mía no te la vas a llevar... porque sería lo último que hicieras en tu puñetera vida.

Capítulo 13

Olivia no ha dicho ni media palabra en todo el camino hasta su casa, y no sé si es porque le he jodido el plan con el gilipollas ese o porque se ha dado cuenta de mi ataque de celos. No deja de acariciarse la trenza con la mano y me están dando ganas de sentir esa misma trenza por todo mi cuerpo... mientras me la follo como un animal. Carraspeo para apartar esa imagen de mi cabeza, pero ella me mira con una sonrisa que consigue adentrarme aún más en esa perfecta fantasía infernal.

—No sabías que vivías por la zona —dice ella de repente.

—A un par de manzanas de aquí, en realidad. Por eso suelo correr frente a tu casa algunas veces.

—¿Y qué has estado haciendo últimamente? Llevo varios días sin verte.

—He estado muy ocupado con el trabajo —miento—. He estado fuera de la ciudad por una sesión de fotos.

—¿Y todo ha salido bien?

—Muy bien, por suerte.

Joder... ¿Por qué hablamos como si fuésemos dos auténticos desconocidos? Hasta donde yo recuerdo éramos amigos, ¿qué coño ha cambiado?

—¿Qué te ocurre? —pregunto— Te noto distante.

—Desapareciste sin más, Urian. Después de besarte la última vez no has vuelto a dar señales de vida, ¿y ahora vienes a marcar el territorio como si fueras un puñetero macho alfa?

—Yo no he hecho tal cosa. Ninguna de las dos, de hecho. Acabo de decirte que he estado fuera de la ciudad por mi trabajo, y...

—Y no me lo creo —interrumpe—. Ya me había quedado claro que no querías nada conmigo la primera vez que intenté besarte, pero fui una estúpida y pensé que después de todo el tiempo que habíamos pasado juntos las cosas habían cambiado. Lo siento, ¿vale? Debía haberme quedado quieta y dejarte en paz, pero no puedo luchar contra mis sentimientos si actúas de forma tan contradictoria.

Sus palabras me dejan inmóvil en el sitio. No, Olivia... no me digas que me quieres porque entonces ambos estaremos condenados...

—Me gustas mucho —continúa—, y sé que yo también te gusto a ti, pero por alguna razón no quieres tener una relación conmigo y lo respeto. No volveré a intentar besarte, ¿de acuerdo? Pero, por favor, no me confundas más de lo que ya lo estoy.

—Es complicado, Oly...

—Todo en esta vida es complicado. Pero si tú y yo vamos a ser solo amigos no tienes derecho a inmiscuirte cuando estoy con otro chico como si yo fuera de tu propiedad.

Inspiro con fuerza porque sé que tiene razón. No puedo pretender que ella permanezca esperándome cuando sé perfectamente que es imposible que podamos estar juntos, y aunque se me revuelvan las tripas cuando la vea con otro tío debo dejarla marchar.

—Muy bien, no volveré a hacerlo —me rindo—. Siento haberme metido donde no me llamaban.

—Acepto tus disculpas —contesta agarrándose de mi brazo—. Y ahora

invítame a cenar para resarcirte. En tu casa.

—¿En mi casa?

—Ya estoy cansada de tanto secretismo, señor Lazard. Es hora de que conozca el hogar de mi nuevo amigo.

Aunque reticente, asiento y la llevo a mi casa. En cuanto entra se dedica a observarlo todo con curiosidad, pero la distraigo quitándole la chaqueta y ofreciéndole una copa de vino.

—Tienes una casa muy bonita —dice dejándose caer en el sofá.

—No está mal.

—Pero no veo fotos de familia, y me resulta algo extraño siendo fotógrafo.

—No estamos demasiado unidos —contesto, y en el fondo es la verdad—. ¿Qué te apetece cenar? Porque ni por un momento pienses que me voy a meter en la cocina.

Ella se ríe, esa risa armoniosa que tanto me gusta, y coge de una fuente que tengo sobre la mesa los folletos de los restaurantes de la zona.

—¿Ury, recuerdas al tipo ese que entró en casa de tu amiga...

Mi hermano se detiene en seco al verla sentada en el sofá, y a mí se me hiela la sangre cuando ella vuelve la cabeza lentamente para mirar a mi hermano. ¡Joder, Ray! ¿Por qué coño tienes que aparecer de improvisto?

—¿Qué coño está pasando aquí? —pregunta Olivia levantándose sin apartar la mirada de mi hermano— Yo te conozco. Eres el policía que vino a mi casa cuando el tipo ese se coló por mi ventana.

—Rian Lazard, a tu servicio.

Respiro aliviado al ver que mi hermano ha reaccionado de inmediato a la situación y ha tomado las riendas, porque no tengo ni puta idea de cómo salir de esta.

—¿Por qué no me dijiste que él era tu hermano, Ury?

—Estabas demasiado alterada para hablarte de tonterías. Y después...

—Y después te besé, claro. Pues encantada de conocerte oficialmente, Rian. ¿Te quedas a cenar y nos cuentas lo que has descubierto de ese tipo?

—No puede quedarse —intervengo—. Tiene que irse.

—Es cierto, estoy de guardia —contesta mi hermano.

—¿Con esas pintas? —ríe Olivia.

—Estoy de incógnito —improvisa Ray—, y creo que será mejor que me marche ya.

—Espera —le detiene ella— ¿Qué decías del tipo que se coló en mi casa? ¿Saben ya por qué?

Mi hermano me mira interrogante, y asiento para que comience a hablar. Confío en que será capaz de decir las cosas sin que ella se entere de lo que realmente importa.

—Levy le pagó para que lo hiciera —contesta mi hermano sin apartar los ojos de mí.

Lo que significa que le sugestionó para que hiciera lo que a él le diera la gana sin acordarse más tarde. Muy inteligente, Levy... pero te aseguro que me voy a ocupar de que Iván se entere de todo y te mande a hacer puñetas.

—¿Pero a ese tío qué coño le pasa? —protesta ella paseándose por la habitación— Es increíble el trabajo que le cuesta aceptar un no por respuesta.

—Yo me ocuparé de él —contesto.

—¿Sabes qué? Que ahora mismo voy a ir a ponerle una denuncia a ese gilipollas —dice Olivia—. Ya se ha acabado que le tenga miedo a ese sinvergüenza.

—Oly, mírame —susurro agarrándola de los brazos—. Confía en mí, yo me ocuparé de él. No quiero que te acerques a Levy, es muy peligroso y no quiero terminar en tu funeral.

Sé que mis palabras son duras, pero no puedo permitir que se acerque

al demonio creyendo que es inofensivo.

—Mi hermano tiene razón, Olivia —interviene mi hermano—. La policía lleva años detrás de él debido a varios delitos de violencia machista y es escurridizo como una serpiente. No es conveniente que te acerques a él.

—¿Y qué voy a hacer? —protesta ella cruzándose de brazos—¿Dejar que irrumpa en mi casa cuando le venga en gana?

—Dejármelo a mí —insisto.

—Creo que esta noche sería conveniente que te quedaras a dormir con mi hermano —sugiere Ray—. Sabe que le he estado investigando y no sé de lo que será capaz.

¿Pero es que ha perdido la cabeza? ¿Cómo piensa que voy a dormir con Olivia después de días de abstinencia sexual? Le miro con reproche y él solo me hace una señal para que sepa que volverá más tarde para explicármelo todo antes de salir de mi casa como si no hubiera roto un plato.

—Muy bien, creo que me decanto por italiano —dice Olivia dejándose caer de nuevo en el sofá.

—¿Qué? —pregunto sin comprender, porque ahora mismo creo que me va a estallar la cabeza... y la polla.

—La cena, que quiero comida italiana.

—Ah, bien. Voy a llamar al restaurante.

Me sorprende que lo haya dejado estar tan fácilmente, pero no digo nada. Después de la cena le muestro a Olivia mi dormitorio para que se vaya a la cama. Yo dormiré en el sofá, que por suerte es lo suficientemente grande como para hacerlo cómodamente, aunque ahora mismo de lo único que tengo ganas es de echar un buen polvo. Cierro los ojos y escucho la respiración de Olivia ralentizarse, y poco a poco me voy sumiendo en su mismo sueño. Ella está tumbada en mi cama ataviada únicamente con sus braguitas blancas de encaje y una de mis camisetas, y me mira con una sonrisa traviesa.

—Ray, como se te ocurra aparecer ahora te juro que te corto las alas — susurro bajándome el pantalón.

Que no pueda follar con Olivia no significa que no pueda fantasear con ella, ¿verdad? En cuanto vuelvo a cerrar los ojos la veo gateando por la cama hacia mí, y aparto los bóxers para dejar escapar la erección que lleva atormentándome toda la puta tarde. Olivia se pone de rodillas en la cama y pasa sus pequeñas manos por mi pecho relamiéndose los labios como si fuese una gatita frente a un plato de leche, y ataca mi cuello con pequeños y húmedos besos que me hacen estremecer.

Aprieto mi polla entre los dedos y comienzo a masturbarme despacio, disfrutando del sueño de Olivia e imaginándome que es real. En el sueño la he tumbado de nuevo en la cama y me he deshecho de su ropa interior, me he puesto de rodillas entre sus piernas y he enterrado la lengua en sus húmedos pliegues para lamerla con hambre voraz. Olivia grita, se retuerce, hunde sus dedos en mi pelo para anclarme a su cuerpo y siento brotar de mi glande una perla de semen que consigue humedecer mi carne encendida. Sus piernas tiemblan cuando el orgasmo se acerca, y las tensa para arquear la espalda y gritar de placer.

Ahora me veo gateando sobre su cuerpo completamente desnudo, rasgando la camiseta para dejar sus pechos al descubierto y hundirme en ella de una sola estocada. Mi dulce Olivia es tan ardiente en sus sueños como sé que será en realidad, y empiezo a mover la mano alrededor de mi polla como si me la estuviese follando a ella. Al principio despacio, provocándola, y después deprisa, fuerte, deseando llevarnos a ambos al orgasmo. Ni siquiera siento un leve alivio a pesar de haberme corrido. Masturbarme no ha servido de nada y sigo igual de hambriento que antes.

Maldigo en silencio mientras me dirijo al cuarto de baño a lavarme, y no me sorprende ver a mi hermano sentado en el sofá cuando vuelvo al salón.

—Eso ha sido asqueroso —protesta.

—No haber mirado.

—Créeme, es lo más desagradable que he hecho en mi vida pero tenía que hablar contigo cuanto antes sobre todo este asunto del demonio.

—¿Y bien? —pregunto al ver que se queda callado.

—Ese demonio se ha envalentonado. No sé qué lo ha desencadenado, pero se cree con poder de derrotarte y no parará hasta hacerse con Olivia a no ser que le pares los pies.

—Pero yo no puedo hacerlo. Aunque él no lo sepa no tengo mis poderes.

—Creo que lo sabe —contesta mi hermano—. Creo que lo ha averiguado y que por eso te desafía. No podrás morir, pero te aseguro que si intenta matarte te va a doler un huevo.

—Hablaré con Iván. Puede que yo no pueda hacerle ni un rasguño, pero cuento con la ayuda de alguien que sí podrá hacerlo.

—Será lo mejor.

—¿Y por qué coño has sugerido que Olivia se quede en mi casa? ¿Es que sabías que Levy iba a intentar atacarla de nuevo esta noche?

—No, pero reconoce que ha sido divertido ver tu cara cuando lo he hecho...

—¿Tú estás de mi lado o en mi contra? —protesto— Sabes de sobra que no puedo acostarme con ella aunque me muero de ganas.

—¿Se te ha ocurrido pensar que tal vez esa es la prueba que tienes que pasar?

—Ya me resistí una vez a la mujer de mi vida, ¿recuerdas?

—Sí, pero esa vez la alejaste de ti. No tuviste que soportar tu adicción para salvarla a ella.

Dicho esto, mi hermano se larga dejándome con un palmo de narices.

Estoy cachondo y cabreado, así que esta noche me toca olvidarme de dormir.
Créeme, Ray... me la voy a cobrar tarde o temprano.

Capítulo 14

Cómo odio que Sloan apunte cosas en esa estúpida libreta... Estoy aquí sentado mirando a mi terapeuta si decir nada y me siento como un auténtico gilipollas. Ya hace un par de semanas que sigo una terapia y la verdad es que parece estar funcionando, porque ya no pienso en empotrar a mi sicóloga contra la pared de la consulta. Claro que también hay que tener en cuenta que ahora aparece vestida como un adefesio siempre que tiene cita conmigo... Cuando termina de escribir deja la libreta y el bolígrafo a un lado y me mira con una sonrisa.

—¿Y bien, Urian?

—Ahora mismo no pienso en follarte, lo que es un gran logro. No sé si es por esa ropa que te pones últimamente o porque tu terapia funciona, la verdad.

—Estás haciendo algunos progresos y eso es muy bueno, pero lo importante es que los hagas cuando estés con Olivia, no conmigo.

Olivia... Esa mujer se está convirtiendo en mi infierno personal. No puedo evitar volver a verla una y otra vez, pero esos encuentros me cuestan la misma vida. Cada vez me cuesta más trabajo controlarme y en más de una ocasión he estado a punto de cometer una tontería... como anoche. Ni siquiera sé por qué fui a verla, solo sé que terminé en la puerta de su casa con dos entradas para el cine. Sabía que ella quería ver esa estúpida película de

acción, así que la llevé a verla, compré palomitas y me resigné a pasar un par de horas soportando la tortura de no poder tocarla. Pero fue un auténtico desastre.

Cuanto más tiempo pasaba junto a ella más cachondo me ponía. Ya estaba temblando y cubierto de sudor, pero aguanté como un campeón y no le toqué ni un pelo... hasta que ella se abrazó a mí llorando por algo que había pasado en la película. La rodeé con mis brazos intentando consolarla, ella levantó la cabeza... y la besé. Dios... ese beso me supo a pura ambrosía. Sus labios estaban calientes y húmedos por sus lágrimas y su sabor salado me embriagó. Saboreé su boca, su lengua, cada rincón de esa pecaminosa boca que va a ser mi perdición, y cuando ella gimió y me echó los brazos al cuello mi fuerza de voluntad desapareció.

No me la follé... pero casi. La monté sobre mi regazo y restregué mi polla contra su sexo cubierto solo por unas braguitas de encaje. Por suerte yo llevaba vaqueros, si no habría terminado dentro de ella en menos de un minuto. Bajé el escote del vestido y dejé sus tetas al descubierto solo para mis ojos, porque en la zona donde estábamos sentados apenas había gente y con la oscuridad dudo mucho que alcanzaran a ver mucho más que dos siluetas montándose su propia fiesta personal. Tuve que saborear sus pechos... no tenía otra opción. Introduje uno de sus pezones en mi boca y lo mordí suavemente, consiguiendo que ella echase la cabeza hacia atrás con un gemido y empezase a mover las caderas para rozarse conmigo.

Me demoré lo que parecieron horas saboreando sus tetas, amasándolas, aprisionando sus pezoncitos con mis dientes y arrancándole gemidos de placer, y terminé metiendo la mano dentro de sus bragas para enterrar mi dedo entre sus sedosos rizos y alcanzar sus hinchados labios. Recé porque ella se apartase, porque la vergüenza a ser descubierta fuese mayor que el placer, pero en vez de eso abrió más las piernas y empezó a pasar su mano

sobre mi polla como si fuese un cachorrito en busca de atención.

Terminamos medio tumbados en el suelo, entre las dos filas de asientos, masturbándonos mutuamente como si fuésemos dos adolescentes llenos de hormonas. Saboreé cada uno de sus gemidos, y cuando estuve a punto de correrme ella gateó por mi cuerpo hasta colocarse entre mis piernas y se bebió mi eyaculación mirándome con una sonrisa. Y en ese mismo momento supe que estaba completamente perdido, porque nunca seré capaz de vivir sin ella.

—Con ella voy de mal en peor —admito ante mi sicóloga.

—¿Qué ha pasado esta vez? —suspira ella volviendo a coger su maldita libreta.

—¿No puedes dejar eso? —protesto.

—No si quieres que te ayude.

—Muy bien. —Suspiro—. Anoche la llevé al cine y me comporté como un adolescente.

—Sabes que no es conveniente que estés con ella a solas en sitios tan íntimos, Urian. ¿Por qué lo hiciste?

—Porque a ella le hacía ilusión ver esa película.

—Pero no la vio, ¿no es cierto?

—No, no la dejé —contesto cruzándome de brazos—. Terminamos masturbándonos mutuamente tirados en el suelo entre los asientos.

—Eso ha mandado todo el trabajo que hemos hecho hasta ahora al traste. ¿Lo sabes?

—No me he acostado con ella —me defiendo.

—No eres adicto al acto de acostarte con ella, Urian, sino a la descarga de dopamina que se produce en el orgasmo. Ya hemos hablado de eso muchas veces. El cómo la consigas es irrelevante.

No puedo explicarle que no soy un adicto al sexo común y corriente,

pero ahora que lo dice sí que es extraño que no haya pasado nada después de hacerlo. Ya le preguntaré luego a mi hermano.

—Deberías dejar de verla un tiempo —sugiere.

—¡No! —exclamo de inmediato— No pienso dejar de verla. Esa no es una opción.

—Porque estás enamorado de ella, ¿verdad?

—Hasta la médula.

—Entonces habla con ella y explícale tu problema. Si ella también te quiere lo entenderá e intentará ayudarte.

—También cabe la posibilidad de que se aleje de mí.

—¿Qué le dijiste anoche después de lo que pasó?

—Nada. La acompañé a casa, la besé y me fui.

—Dándole a entender que eso era el principio de algo entre vosotros.

—No tiene por qué.

—¿Seguro que no? Te ha besado en varias ocasiones antes y la rechazaste, y ahora de repente no solo la besas, sino que termináis teniendo sexo. Porque la masturbación mutua se considera sexo aunque para ti no lo sea.

—Tendré que hablar con ella y explicarle...

—¿Explicarle que solo fue un momento de debilidad? Créeme, si le dices eso la perderás para siempre.

Me quedo mirando a Sloan derrotado. ¿Esas son mis únicas opciones? Ninguna de las dos me hace ni puta gracia. Me dirijo a mi casa con paso cansado, porque realmente estoy harto de todo esto. Estoy harto de buscar alivio en las mujeres, estoy harto de tener que vivir una farsa. Lo único que quiero es poder vivir una vida normal por una vez, poder estar con Olivia y olvidarme de todo lo demás. Pero eso es imposible.

Levanto la vista para descubrir que una vez más estoy parado frente a

su casa. Es ahora o nunca, machote. En cuanto llamo al timbre Olivia me abre la puerta y me mira sorprendida.

—¿Puedo pasar? —pregunto al ver que no se aparta de la puerta.

Tiene los ojos hinchados, como si hubiese estado llorando. ¿Qué coño le ha pasado esta vez? Levy ya no es un problema, Iván se ocupó de él hace unos días y ha abandonado la ciudad.

—¿Estás bien? —susurro levantándole la barbilla.

—Sí, solo es alergia.

Sé que está mintiéndome, pero asiento y me dejo caer en el sofá con un suspiro. No quiero que se avergüence por haber llorado, y si para eso tengo que fingir...

—No creí volver a verte —reconoce mientras sirve dos tazas de café.

—¿Por qué no ibas a verme más? —protesto.

—Por lo que pasó anoche.

—Por eso estoy aquí. Tenemos que hablar de eso.

Ella asiente y tras tenderme una taza se sienta en el sillón de al lado. No junto a mí, como acostumbra, y eso me revienta.

—Tú dirás —dice algo tensa.

—¿Puedes sentarte conmigo, por favor?

Mi tono suplicante la convence de hacerlo. En cuanto se sienta a mi lado arranco la taza de sus manos para poder entrelazar mis dedos con los suyos. Necesito su contacto, necesito sentir que ella me pertenece de la misma forma en la que yo le pertenezco a ella, aunque cabe la posibilidad de que después de confesarle mi problema ella se aleje de mí.

—Ni siquiera sé cómo empezar... —me lamento.

—Te lo pondré muy fácil, Urian. Fue increíble pero ha sido un gran error y lo mejor es que dejemos de vernos.

—¿Qué? ¡No! ¿En serio eso es lo que piensas que iba a decir?

—¿Qué si no? Cada vez que te he besado te has apartado de mí.

—Porque tenía que hacerlo, nena. ¿En serio crees que lo de ayer fue un error?

—Para mí no lo fue —reconoce.

—Para mí tampoco, aunque mi sicóloga discrepe sobre el asunto.

Inspiro con fuerza antes de empezar a hablar. Llegó la hora, campeón. Te la juegas ahora y pase lo que pase tendrás que apechugar.

—Crees que no quiero acostarme contigo —empiezo a decir—, que no quiero tener nada contigo, pero te aseguro que cada vez que te veo tengo que reprimir las ganas de llevarte a la cama.

—¿Y entonces por qué no lo haces?

—Porque no puedo hacerlo.

—Esa no es una excusa válida, Urian. Tienes que...

—Soy adicto al sexo.

Ella se queda mirándome fijamente, pero no dice nada y está empezando a ponerme nervioso.

—Mi sicóloga dice que no es exactamente eso —continúo—. Soy adicto a una de las sustancias que segrega el cuerpo humano cuando tiene un orgasmo, pero viene a ser lo mismo. Llevo varias semanas haciendo terapia y todo iba bien hasta que anoche... hicimos lo que hicimos.

—Has echado a perder el tratamiento por mi culpa —contesta ella apenada.

—Por mi culpa, no por la tuya. Tú no sabías lo que me pasa, no podías saberlo.

—¿Y qué podemos hacer?

Al incluirse en el problema el nudo que tenía en el estómago se deshace por completo, dejándome una sensación de alivio tan grande que consigue marearme.

—El problema es que no sé por qué contigo soy incapaz de controlarlo. Lo intento, te juro que lo intento, e incluso intenté mantenerme alejado de ti, pero no soy capaz de hacerlo.

—Por eso me rechazaste todas las veces que te besé.

—Y te aseguro que me costó la misma vida hacerlo.

Olivia acaricia mi mejilla con una sonrisa que me hace gemir, y se acerca a mí para besarme en los labios brevemente antes de abrazarme y apoyar la cabeza sobre mi hombro.

—Te ayudaré a superarlo, Urian —susurra—. Lo lograremos juntos, ya verás.

—Lo más sensato sería alejarme de ti el máximo posible.

—Pero no quieres hacerlo.

—Ni por todo el oro del mundo.

—Entonces lo haremos a mi manera. —Se incorpora para mirarme a los ojos—. Gracias por contármelo, significa mucho para mí que lo hayas hecho.

—Después de lo que pasó ayer no quería que pensaras que me aproveché de la situación y que después me quité del medio. Porque no es cierto.

—Quiero ir contigo a tu próxima sesión con la sicóloga —dice de pronto—. Quiero que ella me diga qué puedo hacer para ayudarte.

—Por lo pronto puedes ser menos deseable —contesto haciéndola reír—. Tal vez si te vistieses como un esperpento podría funcionar...

—Necesito saber una cosa, Urian. Ya sé que tú y yo no teníamos nada y que no tienes que darme explicaciones, pero... ¿Ha habido otras mujeres mientras nos estábamos conociendo?

—Sí —reconozco agachando la cabeza—. Un par de ellas, tal vez tres. Pero dejé de hacerlo mucho antes de empezar la terapia.

—¿Por mí?

—Porque no quería decepcionarte.

—¿Y cómo te has aliviado desde entonces?

—El cinco contra uno no me ha venido demasiado mal —contesto sonriendo.

Ella se pone roja como un tomate, arrancándome una carcajada. Tras darme un manotazo que no haría daño ni a una mosca se levanta y se mete en la cocina dispuesta a preparar la cena.

—¿Qué haces? —pregunto con curiosidad.

—Tengo entendido que comer puede dar tanto placer como el sexo. Si no puedo acostarme contigo, al menos te haré la cena.

Capítulo 15

Me despierto con una sensación horrible en todo el cuerpo. Estoy congelado a pesar de estar cubierto con el nórdico, y en cuanto intento levantar la cabeza de la almohada todo empieza a darme vueltas. ¿Qué coño me pasa? Me siento en la cama con esfuerzo y llamo a Olivia, porque anoche me quedé a dormir en su casa. No hicimos nada, simplemente la abracé mientras dormía, y aunque me costó un mundo contenerme logré quedarme dormido.

Ella aparece corriendo y en cuanto me ve se arrodilla a mis pies para levantarme la cabeza con preocupación.

—¿Qué pasa? —susurra— ¿Qué tienes?

—No lo sé, pero me encuentro muy mal. No puedo moverme.

Ella me pone la mano en la frente y la retira horrorizada.

—¡Urian, estás ardiendo! Debemos ir a un médico de inmediato.

—No, solo llévame a casa. Llamaré a mi hermano.

—¿Y qué demonios va a hacer tu hermano? ¡Es policía, no médico!

—Él sabrá qué hacer.

Olivia coge algo de ropa del armario y se marcha protestando al cuarto de baño para vestirse. Intento ponerme de pie, pero todo el esfuerzo es inútil y termino tirado de nuevo en la cama con un gemido. Llamo a mi hermano aunque no debería, pero estoy asustado y no sé qué hacer. Raciel aparece al

momento y me mira preocupado.

—Ella no puede verte —adviento.

—No lo hará. Aún tardará un par de minutos en salir, la he encerrado en el cuarto de baño. ¿Qué te pasa?

—No lo sé. No puedo moverme, estoy ardiendo y todo me da vueltas.

—Llamaré a papá.

—No... no quiero que Olivia descubra a más miembros de la familia.

Pregúntale y me llamas por teléfono.

—Insistirá en venir.

—Impídeselo. Olivia va a llevarme a casa, en cuanto se marche te llamaré de nuevo.

—¿En serio crees que esa mujer va a dejarte solo en tu casa?

—No tendrá más remedio, tiene que trabajar.

Mi hermano asiente y se dispone a marcharse, pero le retengo por la muñeca.

—Una cosa más... ayer tuve sexo con Olivia. No hubo penetración, es cierto, pero fue sexo al fin y al cabo. Necesito que averigües por qué no le ha afectado y sigue aquí.

Ray se marcha y al instante se escucha el cerrojo de la puerta del baño abrirse. Olivia llega bastante apurada y se acerca para ayudarme a vestirme.

—Tengo que cambiar esa cerradura. Es la cuarta vez que me quedo encerrada en el cuarto de baño en lo que va de mes.

—¿La cuarta? —pregunto sorprendido.

—En realidad lleva meses fallando, pero últimamente va de mal en peor.

Mejor que la cerradura no fuese bien de todas formas, así no sospechará nada sobre su encierro. Una vez ha conseguido vestirme, me ayuda a ponerme de pie y me sirve de apoyo hasta el asiento del copiloto de mi coche.

La miro con severidad cuando se pone al volante y mete la llave en la cerradura sin revisar siquiera los espejos.

—¿Qué? —pregunta cuando pongo mi mano sobre la suya en la palanca de cambios.

—¿No se te olvida algo?

—¿El qué?

—Ni asiento, ni espejos... No quiero morir antes de tiempo, nena.

—Estoy preocupada por ti. Llevarte al hospital es más importante.

—Estoy mucho mejor, así que llévame a casa. Y nada es más importante que tu seguridad.

—¿Y si empeoras?

—He hablado con mi hermano y va a llamar a un pariente que es médico. No me gustan los hospitales —miento.

—Pero Urian...

—Por favor, cariño... lo único que necesito es descansar. Seguro que es el síndrome de abstinencia, anoche me la jugué demasiado al dormir contigo y estoy pagando las consecuencias.

—Muy bien, pero si cuando salga de trabajar sigues igual de mal te llevaré al hospital aunque sea a rastras.

—Eres demasiado pequeña para poder conmigo —contesto riendo.

—No quieras ponerme a prueba.

Llegamos a mi casa y cuando Olivia está ayudándome a meterme en la cama aparece mi padre seguido de mi hermano. Cojonudo. ¿Cómo coño voy a explicarle que un hombre que parece diez años menor que yo es mi padre? Mi hermano me hace señas para explicarme que no ha podido detenerle, y cuando Gabriel se coloca a mi lado para curarme le sostengo de la muñeca señalándole a Olivia.

—Gabriel, estoy bien —digo para disimular.

Mi padre parece reaccionar en el acto y mira a Olivia con una de sus sonrisas azucaradas.

—Hola, debes ser Olivia. Soy Gabriel, el p...

—Primo —interviene mi hermano—. Gabriel es nuestro primo, pero es como un hermano para Urian y para mí.

—¿Tú eres el médico? —pregunta Olivia.

Mi padre la mira sin comprender, pero al final asiente y se sienta junto a mi cama.

—Ya nos ocupamos nosotros de mi hermano, Olivia —dice Ray—, sé que tienes que ir a trabajar. Gracias por haberlo cuidado tan bien.

—Cuando salga de trabajar vendré a verte —me amenaza mi pequeña valquiria—. Procura descansar.

Se arrodilla en la cama para besarme fugazmente en los labios, y cuando se aparta levanto la cabeza para buscar un beso más. En cuanto Olivia sale de la casa mi padre se apresura a posar sus manos sobre mi pecho y curarme, pero le cuesta más trabajo del que debería.

—Lo ha hecho —suspira—. Creí que era solo un farol, pero lo ha hecho.

—¿Qué ha hecho quién, papá? —pregunta Ray.

—Cuando ocurrió lo del cine Dios decidió que no alejaría a Olivia de ti hasta que no terminaseis haciendo el amor propiamente dicho, y hubo ángeles que protestaron, entre ellos Miguel. Es un radical y amenazó con tomarse la justicia por su mano, y aunque Él se lo prohibió parece que ha cumplido su palabra.

—¿Y a Miguel qué coño le importa lo que haga mi hermano? Urian sufre más así y todos lo sabemos —protesta Raciél.

—Él siempre ha estado enamorado de Lailah —aclara mi padre.

—Y ella murió por mi culpa —contesto amargamente.

—Ella era tan culpable como tú, hijo. Fue sexo consentido.

—Pero si yo no hubiese tenido la idea ella tal vez estaría viva.

—Deja de culparte por eso —protesta mi hermano—. Tenemos un problema aún mayor entre manos.

—Iré a hablar con Dios y le contaré lo que está pasando —propone mi padre—. Ya es hora de que interfiera por ti.

—¿Y qué hago yo mientras tanto? —pregunto— No puedo pasarme la vida como un inútil aquí tumbado.

—He logrado aplacar los síntomas que tenías, pero no sé si durará mucho tiempo. Tu hermano no puede quedarse si voy a removerlo todo o terminará cayendo también. Tendrás que aguantar esto solo hasta que vuelva esa chica y esperar a que yo pueda venir de nuevo.

Asiento y veo cómo mi padre y mi hermano se marchan. Paso casi toda la mañana en la cama, y aunque me siento como una mierda me levanto a mediodía para prepararme un vaso de caldo que caliente mis huesos helados. Como al menos no tengo fiebre paso el resto de la tarde conectando la televisión de mi cuarto a los canales de pago, porque no estoy dispuesto a pasarme todo el tiempo que esté en la cama viendo la televisión pública, que no puede ser más cutre. Sonrío al escuchar la llave en la cerradura un rato después y vuelvo la cabeza hacia la puerta justo cuando Olivia entra en mi habitación. Le tiendo los brazos y ella se apresura a acurrucarse a mi lado en la cama, y suspiro cuando su olor inunda mis fosas nasales.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta.

—Algo mejor. Mi primo me dio algo que me ha sentado bien.

—¿Has comido algo?

—Un vaso de caldo. No tengo hambre.

—Un vaso de caldo no es nada. Voy a prepararte una crema de verduras, que alimenta más.

—Si encuentras en mi frigorífico alguna verdura te doy un premio.

—Suerte que antes de venir he ido al supermercado, ¿verdad?

La miro con una sonrisa de oreja a oreja salir de la habitación y vuelvo a tumbarme con los ojos cerrados. Justo ahora, en este preciso momento, soy completamente feliz. Ojalá mi maldición terminase de una condenada vez y mi vida pudiera ser así, con Olivia. Estoy cansado de vagar por el mundo buscando una satisfacción que no encontraré con nadie que no sea ella, de dedicarme a ir al local de Sarah para saciarme aunque soy plenamente consciente de que eso es el eufemismo del siglo.

—Sé que la cagué —susurro—, y voy a cargar con el peso de la muerte de mi amiga en mi conciencia durante el resto de mi vida. Llevo siglos pagando mi castigo, pero ahora sé que el amor es algo mucho más complejo de lo que yo pensaba. Lo sé porque lo estoy sintiendo por Olivia. Y no se parece en nada a lo que sentí las veces anteriores, esto es algo infinitamente más intenso.

Inspiro profundamente recordando todos los buenos momentos que he pasado con Olivia. Hasta el más mínimo detalle me ha hecho feliz, hasta pasarme la noche entera jugando con ella a un juego que me parecía aburrido.

—Me da vértigo todo esto —continúo—, estoy muerto de miedo, pero si hay algo que tengo claro es que quiero pasar el resto de una vida mortal con ella a mi lado. Y si para hacerlo tengo que pasarme esa vida sin acostarme con ella te juro que lo haré.

No sé si Él me está escuchando o no, es la primera vez que rezo en toda mi vida y ni siquiera sé cómo funciona todo esto. Pero los humanos lo hacen y se sienten mejor con ellos mismos, así que no pierdo nada por intentarlo. Media hora después Olivia vuelve a la habitación con un tazón humeante. Intento quitárselo de las manos, pero ella me lo impide.

—Déjame a mí —protesto—. No estoy inválido.

—Pero yo disfruto cuidándote.

Resoplo pero le consiento que me dé de comer un par de cucharadas antes de arrebatarme el tazón de las manos. El puré está bueno, aunque no es algo que yo me comería por placer. En cuanto termino de comer me vuelvo a tumbar en la cama y Olivia se va a la cocina, supongo que a cenar ella también, y vuelve un rato después en pijama y se mete a mi lado en la cama.

—¿Te quedas? —pregunto como un gilipollas.

—Pues claro. No voy a dejarte solo como estás, ¿verdad? ¿Qué te ha dicho tu primo que tienes?

—Un virus —miento—. Me ha dado un analgésico y volverá a verme lo antes posible.

—¿No te ha prescrito ninguna medicación? —pregunta extrañada.

—No. Me ha dado unas pastillas para que me las tome y listo.

Si fuera Pinocho la nariz me llegaría hasta el edificio de enfrente, pero parece que Olivia se queda conforme con la mentira y se acurruca apoyando la cabeza en mi brazo dispuesta a cambiar de canal. Ahora mismo no podría importarme menos la televisión. Permanezco mirándola como un imbécil, saboreando la sensación de tenerla entre mis brazos, aprendiéndome de memoria todos sus rasgos por si lo que me ha hecho Miguel no tiene remedio y tengo que alejarme de ella.

Poco a poco ella cierra los ojos y se queda completamente dormida. Aparto el pelo de su mejilla para poder besarla, y ella se remueve y se aprieta contra mí para abrazarme con fuerza.

—Te quiero, Olivia —susurro cerca de su oído.

—Yo también te quiero —suspira ella entre sueños.

Me desierdo de madrugada con todo el cuerpo cubierto de sudor. Vuelvo a estar ardiendo y siento un dolor insoportable en todo el cuerpo. Levanto la vista para buscar a Olivia, que no está tumbada en la cama, y

distingo una silueta en la oscuridad de la noche. No puede ser ella, porque las alas de un ángel están desplegadas a ambos lados de la figura, pero tampoco son mi padre o mi hermano.

—¿Quién coño eres tú?

La forma se sobresalta, y al darse la vuelta veo brillar en su pecho un colgante que me es muy familiar. No puede ser... esto no puede estar pasando. Alargo el brazo para encender la luz de la mesita de noche y me quedo de piedra al ver que esa figura misteriosa no es otra que Olivia, que me mira con los ojos desencajados por el horror agarrando con fuerza su collar.

—¿Qué cojones está pasando aquí?

Capítulo 16

Ni siquiera sé cómo sentirme. Debería haberme dado cuenta de que ella es un puto arcángel, pero he estado tan ocupado intentando refrenar mi deseo que no he sido capaz de verlo. Estoy furioso, pero el sentimiento de traición es tan grande que apenas puedo respirar. Olivia, o quien quiera que sea, intenta acercarse a la cama, pero alargo la mano impidiéndole hacerlo.

—Déjame explicártelo todo, por favor... —suplica.

—¿Explicarme qué? ¿Que te has estado riendo de mí?

—¡No! ¿Cómo puedes pensar eso? ¡Solo estaba haciendo mi trabajo?

—¿Tu trabajo? ¿Lo nuestro ha sido para ti un puto trabajo?

—Dios me lo ordenó.

Me quedo mirándola con los ojos como platos, y cuando ella se sienta en el borde de la cama no digo nada. Apenas puedo moverme, estoy aturdido. Estoy es una horrible pesadilla y quiero despertar.

—Como te alejaste de la última mujer que Él puso en tu camino y no habías dado indicios de acercarte a ninguna otra me ordenó que me hiciera pasar por humana para seducirte.

—Ahora todo encaja. Que pudiese entrar en tus sueños, que desaparecieran libros de la biblioteca...

—Fui yo quien entré en tus sueños para darte alguna pista sobre mi identidad. Me enamoré de ti y necesitaba que supieras qué estaba pasando,

Urian...

—¡No me vengas con esas! Tú no sabes lo que es amar a una persona, como quiera que te llames. El amor se te queda demasiado grande.

—¡Te amo! También dejé el colgante a la vista aquella noche, para que lo descubrieras y empezases a investigar. Creí que conseguirías algo, pero al parecer nadie más tenía conocimiento de sus planes.

—¿Crees que por dejarme tu estúpido colgante a la vista voy a perdonarte? ¡Tendrías que habérmelo dicho!

—¡Tenía miedo! Tú eres hijo de Gabriel, pero yo soy un simple ángel menor. Este colgante lo conseguí por hacer el trabajo sucio. Si hubiese desobedecido mis órdenes habría terminado como mi hermana.

—¿Y qué tiene que ver tu hermana en todo esto?

—¡Lailah era mi hermana, Urian! Mi verdadero nombre es Laviah.

—Márchate —susurro—. Vete.

—Pero Urian...

—¡He dicho que te largues! —aúllo— No quiero volver a verte en mi puta vida, ¿me oyes? ¡Largo!

Cierro los ojos con fuerza, y cuando los abro Olivia ya se ha marchado. Llamo a mi padre a gritos, desesperado, y cuando él aparece me mira como si me hubieran crecido cuernos y rabo.

—¿Lo sabías? —espeto.

—¿Si sabía qué?

—¡Que Olivia es un puto arcángel!

—¿Cómo dices?

Su cara de asombro no me deja lugar a dudas: mi padre no tenía ni puta idea.

—Me he despertado y la he encontrado ahí, de pie, con las alas extendidas. Por eso tenía un colgante.

—No puede ser... ¡Conozco a todos los arcángeles!

—Es la hermana de Lailah, un ángel menor que acaba de ascender por hacer el trabajo sucio.

—Laviah...

—¿La conoces?

—No, pero he oído hablar de ella. Quedó destrozada cuando su hermana murió y juró que se vengaría.

—Pues ha cumplido su palabra —contesto con amargura—. No te molestes en interceder por mí, padre. No pienso seguir con el celibato.

—Urian, no creo que esa sea la solución.

—Es la única solución posible ahora.

Me visto sin volver a mirarle y salgo de mi casa. En cuanto me subo en el coche me inunda su olor a azahar, y abro las ventanillas para lograr que desaparezca de una vez por todas. En cuanto llego al local de Sarah entro en su despacho sin importarme que esté reunida con otra persona.

—Necesito una mujer —ordeno—. Ahora.

Sarah se levanta y me sujeta del brazo para llevarme hasta mi habitación.

—¡Por Dios, Urian! ¡Estás ardiendo! —exclama preocupada al darse cuenta de mi estado.

—Se me pasará en cuanto folle.

—¿Pero qué ha pasado? Tenía entendido que estabas con Olivia.

—Olivia es una puta que por mí puede arder en el mismo Infierno.

—¡No digas eso! Cuéntame qué ha ocurrido.

—Todo era una mentira, Sarah. Todo ha sido una puta mentira orquestada por Él.

—¿Por Dios?

—Ella es un ángel, es la hermana de Lailah. Prometió que se vengaría

de mí por la muerte de su hermana y ha cumplido su promesa.

—Mi pobre niño...

Sarah me abraza y aunque su abrazo me aporta un consuelo que realmente necesito no puedo evitar sentirme destrozado. ¿Por qué tengo que sentirme así? ¿Por qué tengo que seguir amándola aunque me haya traicionado?

—¿Cómo voy a seguir adelante, Sarah? —susurro— ¿Cómo voy a seguir con mi vida si no la concibo sin ella?

—Tal vez si la perdonaras... Ella te ama, Urian.

—¿Que me ama? Si me amara no habría seguido con su actuación. Si me amara me habría dicho la verdad.

—Tal vez no podía hacerlo. Tal vez su misión era hacerte aprender la dichosa lección que llevas siglos intentando aprender.

—Te aseguro que la he aprendido, Sarah. Y voy a pagarla con creces.

Me pongo de pie y cojo mi chaqueta del sofá.

—¿Te vas? —pregunta ella.

—Sí, no tiene sentido que siga con esto. Si esta es la única forma que tengo de morir, ya va siendo hora de hacerlo.

—No lo dices en serio...

—Llevo cuatro siglos vagando por la tierra, Sarah. Cuatro siglos sediento de sexo sin poder acercarme a ninguna mujer lo suficiente para amarla. Y las pocas veces que me he permitido el lujo de hacerlo he sido yo el que ha salido mal parado. Estoy harto de todo esto, estoy cansado de luchar por algo que nunca conseguiré. Es hora de parar.

Salgo del local con gesto cansado y conduzco hasta llegar a la playa. Aunque hace frío, el aire del mar siempre ha conseguido llenarme de paz, pero esta vez no consigo nada. Me quedo mirando al cielo estrellado, ese lugar que una vez fue mi hogar y al que no voy a volver ni aunque quisiera

hacerlo.

—Me rindo —susurro—. Estoy cansado de luchar contra ti. Todos creen que Lailah fue duramente castigada, pero mi castigo ha sido el peor de los dos. Sobre todo ahora que me has obligado a conocer a Olivia y me he enamorado de ella.

Una estrella fugaz cruza el firmamento y desaparece en el horizonte.

—Haz conmigo lo que quieras, no voy a luchar más.

Cierro los ojos un minuto, y cuando los abro estoy en una habitación blanca llena de muebles de diseño, muy parecidos a los que yo tengo en casa. Delante de mí se encuentra un hombre de unos sesenta años que no tiene nada que ver con la idea que todos tienen sobre el Creador. Permanezco en silencio esperando que hable, pero se limita a mirarme acariciándose la espesa barba plateada con una sonrisa.

—Laviah solo hacía su trabajo —dice al cabo de un rato.

—Puedes estar orgulloso, lo ha hecho a la perfección.

—Y tú te sientes dolido.

—La verdad es que ya no siento nada.

—No mientas, que sabes que conmigo no sirve de nada.

—En realidad tengo fiebre, me encuentro hecho una mierda y posiblemente termine muriendo un día de estos por culpa de tu querido Miguel.

—¿Miguel? ¿Qué tiene que ver él en todo esto?

—¿No has hablado con mi padre?

—Todavía no he podido hacerlo.

—Miguel te desobedeció y me hizo esto.

Él levanta la mano e inmediatamente el malestar desaparece... pero no la rabia ni el dolor de la traición.

—Gracias —susurro.

—Puedes que te sientas traicionado por Laviah, Uriel, pero ha logrado que entiendas por qué te castigué.

Dios se pone de pie y se dirige a los grandes ventanales que cubren la pared.

—No os castigué solo por desobedecerme. Teníais que aprender por qué estaba prohibido el sexo por diversión.

—¿Teníamos? —pregunto sin comprender.

—Lailah aprendió la lección mucho antes que tú. No pude devolverle sus alas por su desobediencia como tampoco puedo devolvértelas a ti, pero vivió una larga vida con el hombre al que amaba y murió siendo completamente feliz.

—¿No la mataste?

—¡Por supuesto que no! Yo amo por igual a todos mis hijos, Uriel, y jamás mataría a ninguno de ellos, ni siquiera a Lucifer. Pero debía hacerte creer que lo había hecho para que no terminases buscándola. Si lo hubieses hecho todo esto no habría servido para nada.

Siento cómo un enorme peso desaparece de mi pecho.

—Podrías habérselo dicho a ella.

—Laviah lo sabía cuando le ofrecí el trabajo. Ya no te culpaba por la muerte de su hermana.

Reconozco que eso me alivia... aunque solo un poco. Permanezco mirando la espalda de Dios hasta que se decide a volver a hablar. Él se vuelve para mirarme con una sonrisa y se sienta de nuevo frente a mí.

—Tú me has dado demasiados dolores de cabeza, Uriel. Eres demasiado cabezota para dar tu brazo a torcer y has estado desafiándome constantemente en vez de abrir tu mente y aprender el motivo de mi castigo. Muchas veces me he visto tentado de perdonarte, pero ¿qué sentido habría tenido todo entonces?

—Ninguno, porque hasta que no conocí a Olivia no supe realmente lo que era el amor.

—Siento que haya tenido que ser todo así, pero estaba desesperado por lograr que lo entendieras y dejases de sufrir.

—Me temo que aunque ahora lo entiendo sufro mucho más que antes.

—Laviah se ha enamorado realmente de ti, Uriel. Puso en peligro su vida dejando el colgante a la vista aquella noche y entrando en tus sueños sin permiso, pero aun así lo hizo para intentar que investigaras y descubrieras mi plan.

—No creo que pueda perdonarla.

—Te engañas a ti mismo si crees eso.

—Tampoco seré capaz de confiar de nuevo en ella, ¿y qué es el amor sin confianza?

Él suspira y saca del bolsillo de su chaqueta una caja de terciopelo blanco. Es la misma en la que yo tengo mi colgante, y me sorprende al ver dentro el de Olivia.

—¿Por qué me das esto? —pregunto.

—Ha renunciado esta mañana. Me ha pedido que la recompense por su trabajo convirtiéndola en humana para poder intentar recuperarte.

Le miro con los ojos como platos. ¿Acaso se ha vuelto loca de remate? ¿Qué ángel en su sano juicio renunciaría a sus alas sin más?

—Uno que te ama —contesta Él leyendo mi mente.

Se acerca a mí y posa su mano sobre mi cabeza. Inmediatamente surge una luz blanca de su palma y siento una paz por todo mi cuerpo que no había sentido desde que perdí mis alas.

—Bien, ya estás curado —suspira—. Como he dicho no puedo devolverte tus alas, pero sé que prefieres vivir en La Tierra.

—Así es. He hecho buenos amigos allí.

—Incluido ese demonio.

—Iván es un buen hombre aunque sus padres sean demonios —le defiende.

—Lo sé, no te he perdido de vista. Le recompensaría por todo lo que te ha ayudado, pero sé que es feliz tal cual es.

—Sí —sonríe—, le gusta mucho llevar de cabeza a Lucifer.

—Puedes volver a casa y seguir con tu vida, una vida con fecha de caducidad, como querías.

—Muchas gracias, de verdad.

—Piensa bien con quién quieres compartirla, hijo. De ti depende que Laviah haya perdido sus alas para nada.

—Ha sido ella quien ha renunciado a ellas por su cuenta, yo no le he pedido que lo haga —protesto.

—Es cierto, pero ¿serás tan estúpido como para vivir una vida humana sin el amor de tu vida?

—Hablando de eso... ¿Qué ha pasado con Amenadiel?

—Amenadiel mató a una mujer que cometió el error de descubrir su identidad, Uriel. Su castigo es permanente.

—¿Y qué pasa con Sarah?

—Créeme, tu amiga Sarah está mejor sin él. Pero su vida cambiará pronto, será recompensada por cuidar de mi hijo tan bien.

Capítulo 17

Vuelvo a estar en casa, en mi ático de Nueva York. Había olvidado por completo lo que se sentía al ser una persona normal, sin esa sensación de hambre y desesperación royéndome las entrañas. Me dejo caer en el sofá con un suspiro y cierro los ojos para disfrutar del silencio, pero un aleteo lo interrumpe y me arranca una sonrisa.

—Enhorabuena, hermano —dice Raciél dejándose caer a mi lado.

Abro los ojos y me sorprende verle vestido con un elegante traje de chaqueta verde oliva y no con esa ropa tan estrafalaria que suele llevar.

—¿Y eso? —pregunto.

—Es el nuevo uniforme. Por fin deja de obligarnos a ponernos esas ridículas túnicas que se pasaron de moda hace siglos.

—Parece que no soy el único que ha aprendido algo.

—No, y te aseguro que Miguel va a tener que aprender también.

—¿Le ha castigado?

—Para él, lo que Dios le ha ordenado hacer es mucho más que un castigo. Tiene una misión en La Tierra que va a durar unos cuantos años.

Suelto una carcajada al imaginarme al intocable Miguel viviendo como un humano corriente. Lleva milenios sin bajar a La Tierra por ser el lameculos de Dios, pero parece que gracias a su intervención va a pagar las consecuencias.

—Que se joda —contesto—. Por capullo.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Vivir, supongo. Ahora soy completamente humano, así que no sé si es correcto que estés aquí hablando conmigo...

—Dios me ha dado permiso para hacerlo. Al parecer estaba al tanto de mis muchas visitas y se ha hecho el tonto todo este tiempo.

—Alégrate de no haber terminado igual que yo.

—Al menos ahora podré venir siempre que quiera.

—Eso tendremos que discutirlo.

—¿Has decidido ya qué va a pasar con Olivia?

—No... todavía no.

—Fue muy valiente al renunciar a sus alas sin saber si la perdonarías.

—¿Eso también es de dominio público?

—Lo hizo delante de todos. Renunció públicamente.

Hacer eso es ser valiente de cojones. He oído de muchos que renunciaron a sus alas y después se arrepintieron... pero lo hicieron en el despacho de Dios a puerta cerrada. Así no puedes resarcirte, tienes que asumir las consecuencias aunque después cambies de idea.

—Estás enamorado de ella, Urian —dice mi hermano—. ¿Qué más da si estaba aquí por una misión? Intentó ayudarte a su manera, ¿no es verdad?

—Tendría que habérmelo dicho.

—Piensa en aquella vez que hiciste el amor con ella creyendo que estaba dormida. A pesar de tu castigo te sentiste saciado, tú mismo me lo dijiste.

—¿Qué tiene que ver...

—Imagina cómo te sentirás ahora que no tienes que contenerte.

Suena el timbre de la puerta y mi hermano desaparece en el acto con una sonrisa de satisfacción en los labios. ¿Qué coño está tramando? Me

quedo sin respiración al ver a Olivia de pie tras el umbral, tan frágil y vulnerable que estoy a punto de atraerla a mis brazos, pero no lo hago. Vuelvo a sentir un hambre voraz, pero ahora sé que es por ella, por todo lo que me hace sentir, no por una estúpida maldición. Me aparto para dejarla pasar, aunque ni siquiera sé por qué lo hago. Debería estar enfadado con ella, debería decirle que se marchara, pero sé que si lo hago seré infeliz el resto de mi vida.

—Gracias por recibirme —susurra.

—Al menos te debo eso. Has logrado que me quiten el castigo, así que...

—He renunciado a mis alas —confiesa.

—Eso he oído —contesto enseñándole su colgante, que permanecía guardado en mi bolsillo.

—Lo hice por ti, pero también por mí misma. No quiero que pienses que es culpa tuya, como lo de mi hermana.

—Tu hermana no murió.

—Lo sé. Cuando Dios me mandó llamar me confesó que mi hermana había tenido una vida humana plena y feliz. Siento haberte culpado por ello en el pasado.

—Yo también me culpé durante mucho tiempo —reconozco.

—Me gusta vivir aquí. Es un lugar maravilloso lleno de cosas por descubrir. Pero no tiene sentido si no estoy contigo.

Cierro los ojos con fuerza para intentar resistirme a ella, pero cuando Olivia se sienta a mi lado y acaricia mis manos con las suyas toda mi fuerza de voluntad se desvanece.

—Te quiero, Urian —confiesa—, y hacer el amor contigo fue lo más maravilloso que me ha pasado nunca.

—Así que estabas despierta...

—¿Cómo no estarlo? En mi vida me había sentido más completa que esa noche.

Sí, yo también me sentí así... la miro a los ojos y veo reflejado en ellos su arrepentimiento, su vulnerabilidad y su amor.

—Sé que estás enfadado y que te sientes traicionado —continúa—, pero Dios me dijo que si fallaba terminaría alejada de ti como mi hermana y me asusté muchísimo. No quería perderte, Urian. Quiero vivir una vida larga y plena contigo.

—¿Cómo puedo volver a confiar en ti? Después de lo que ha pasado...

—Piensa que solo es una chica que está enamorada de ti, capullo —contesta mi hermano, que acaba de aparecer—. Se ha disculpado, tío. ¿Qué más te hace falta para dejar de ser un imbécil y besarla?

—Debí imaginarme que tú estabas detrás de todo esto —bufa.

—Yo la creo —reconoce Ray—. Sabes que nadie sabía el destino real de Lailah, ni siquiera papá. ¿Qué habrías hecho tú en su lugar?

Inspiro profundamente al ver desaparecer a mi hermano, porque en el fondo sé que tiene razón. Lo que haya pasado ya no importa, ahora solo somos dos humanos con toda una vida por delante, ¿y qué mierda de vida sería la mía si no la tengo a ella conmigo?

—Ven aquí —susurro pasando mi brazo por sus hombros.

Ella se abraza a mí sollozando y le levanto la barbilla para besarla de una puta vez. Llevo queriendo hacerlo desde que entró por la puerta, pero mi orgullo me ha impedido hacerlo hasta ahora. Jamás podría olvidarme de su sabor aderezado con la sal de sus lágrimas. La levanto en peso para llevarla hasta mi dormitorio. Ahora puedo hacerle el amor hasta que me suplique que pare, y no tardo ni dos minutos en tenerla desnuda sobre mi cama. Comienzo un reguero de besos desde su tobillo hasta el muslo, y sigo subiendo por su estómago hasta encontrarme con su boca.

—Te quiero —susurro un segundo antes de besarla.

Mi lengua se adentra en su cavidad tanteándola, y ella me sale al encuentro con la suya titubeante, como si temiera ser rechazada. La aprieto con fuerza entre mis brazos para ahondar más el beso, para saborear todos sus rincones y disfrutar de la sensación que me provoca estar tumbado encima de ella. Me alejo entonces de su boca para sembrar diminutos besos por su cuello y su clavícula, y Olivia gime agarrándome del pelo con las manos para impedirme apartarme.

Bajo lentamente por su brazo y atrapo un pezón entre los dientes, apretando lo justo para no terminar haciéndole daño, y acto seguido lo acaricio lentamente con mi lengua caliente. Olivia levanta las caderas para que su sexo entre en contacto con el mío, pero me aparto con una risita y le dedico los mismos mimos a su otro pezón. Mi boca se desplaza ahora hasta su estómago y rodeo con la lengua su ombligo antes de seguir bajando hasta su precioso coñito.

Su olor me embriaga, me seduce, me hipnotiza. Aparto sus pliegues con los dedos para encontrar su pequeño clítoris ya hinchado y preparado para la caricia de mi lengua, que lo recorre en círculos una y otra vez hasta que Olivia se rompe y llega al orgasmo. No puedo esperar más, el ansia que siento por ella me urge a entrar de una vez dentro de su cuerpo, y me deshago de mi ropa todo lo deprisa que puedo dispuesto a hacerlo. Pero ella tiene otros planes y se arrodilla en la cama para atrapar mi polla entre sus dedos y llevársela a la boca.

—No, nena... —gimo— No voy a aguantar mucho más...

Ella simplemente sonrío y pasa su húmeda lengua por mi glande, lamiéndolo como si mi polla fuese un helado a punto de derretirse.

—¡Joder, nena! —suspiro— Me estás volviendo loco...

Estoy a punto de perder el equilibrio y me sujeto precariamente a su

cabeza. Una perla de semen brota de mi glande y ella se apresura a retirarla antes de darse la vuelta y arquear la espalda para ofrecermme su dulce coñito a cuatro patas... y yo tengo que apretar la mandíbula para no terminar corriéndome antes de acercarme a ella. No recordaba lo que sentí al entrar por primera vez en ella, no me acordaba de lo bien que me sentía cuando su carne me aprisionaba en su interior. Ahora estoy completamente seguro que este es mi paraíso en La Tierra, y empiezo a moverme lentamente con embestidas suaves, saliendo casi por completo de ella para volver a hundirme de nuevo hasta el fondo.

Los gemidos de Olivia quedan amortiguados por la sábana, y aunque esta postura me vuelve completamente loco quiero mirarla a los ojos cuando llegue al orgasmo, por lo que la pongo de espaldas y me tumbo sobre ella para volver a su interior.

—Mucho mejor así —dice con una sonrisa.

Acaricio su mejilla con adoración, porque la verdad es que adoro cada delicioso centímetro de su ser, y empiezo a moverme de nuevo, esta vez con más brío, procurando no perderme ningún detalle de sus gestos. Siento sus uñas clavarse en mi espalda, su cuerpo se arquea involuntariamente y sus músculos se convulsionan a mi alrededor cuando Olivia llega al orgasmo. Yo no puedo esperar más, estoy a punto de correrme, y ataco de nuevo su boca cuando el placer serpentea por mi espalda como una descarga eléctrica mortal.

Estoy completa y absolutamente satisfecho. Mi cuerpo no puede estar más relajado y yo no puedo ser más feliz. El sueño se apodera poco a poco de mi mente y lo último que escucho antes de caer en un profundo sueño me hace sonreír.

—Yo también te quiero.

Epílogo

Estoy tumbado bocabajo sobre el borde de la piscina. El sol calienta mi espalda y creo que estoy empezando a quemarme, pero estoy tan a gusto aquí tirado que no tengo intención de moverme. Un leve chapoteo a mi izquierda me dice que Olivia anda cerca y sonrío cuando me echa agua sobre la espalda y la extiende con la mano.

—Vas a achicharrarte —protesta.

—No me importa.

—Pero a mí sí. Hoy me toca ponerme encima, ¿recuerdas? Y si te quemas tendré que conformarme con que seas tú quien mande en la cama.

—Será que no te gusta que lo haga...

—Pues claro que me gusta, pero de vez en cuando también me gusta llevar la voz cantante, ¿sabes?

Me levanto de un salto y mi colgante de arcángel lanza un destello de luz directamente a los ojos de Olivia dejándola ciega por un instante, lo suficiente como para que me dé tiempo a llegar a ella y hundirla debajo del agua. Ella chilla, patatea, pero en cuanto le permito salir de nuevo a la superficie enreda las piernas en mi cintura y me lanza los brazos al cuello.

—Sabes que ponerte así no es buena idea, nena —ronroneo metiendo la mano dentro de su biquini y apretándole el culo—. Vas a terminar siendo follada.

—Tal vez quiero que lo hagas, nene. ¿No lo has pensado?

Suelto una carcajada antes de apartarme de ella y salir de la piscina. Por mucho que me tiente la idea de quitarle la parte de abajo del biquini para hundirme en ella no me gusta que me observen mientras lo hago, y la piscina del hotel está ahora mismo llena de gente. Le ofrezco la mano para hacerla salir del agua, nos envolvemos en una toalla y corremos hasta nuestra habitación. Inteligentemente llené el jacuzzi antes de bajar a desayunar, así que solo tengo que accionar las burbujas y meterme dentro con ella. En cuanto la tengo a horcajadas sobre mis piernas aparto el triángulo del biquini de uno de sus pechos y me lo meto en la boca.

—Mucho mejor aquí, ¿verdad? —susurro.

—Infinitamente mejor —suspira ella.

Mucho más tarde, después de haberle hecho el amor dos veces, permanezco tumbado a su lado en la cama observándola dormir. El anillo en su dedo me arranca una sonrisa. Fue divertido verla convencerme de casarnos, sobre todo porque no creo que un cura bendijera nuestra unión mejor que el mismísimo Dios, pero a ella le hacía ilusión vestirse de blanco, así que accedí. Después de una ceremonia repleta de ángeles disfrazados decidimos darnos un capricho e irnos de luna de miel, que es donde nos encontramos ahora.

Olivia se remueve en la cama e instintivamente me busca en sueños para abrazarse a mí. Desde que soy completamente humano no he vuelto a meterme en sus sueños, pero sé a ciencia cierta lo que está soñando en este preciso momento. Me tumbo a su lado para devolverle el abrazo y cierro los ojos, cansado pero satisfecho. Muchos creen que volverme humano fue un castigo, pero estando con ella, os aseguro que es toda una bendición.

Fin